



**Casa
palabras**
REVISTA CULTURAL DE LA CCE



Distribución gratuita

ROQUE DALTON, Poesía • PEDRO HERRERA ORDÓÑEZ, *El eterno retorno y la espera*
FERNANDO TINAJERO, *De obras, autores y algo más* • RUBEM FONSECA, *Corazones solitarios*

Librería de la Casa

PRÓXIMAS PUBLICACIONES



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 110
www.casadelacultura.gob.ec

Inti Raymi

Que este día y siempre, los hombres y mujeres del planeta abracemos a la naturaleza como madre de la vida, fuente espiritual de todos los pueblos y generadora de los frutos que generosamente nos ofrece.

Que la humanidad, en este día de la luz perpendicular sobre el mundo, con el respeto profundo que merece la Pacha Mama, con los conocimientos y saberes ancestrales guardados desde lo recóndito de los tiempos, construya en pensamiento, arte y cultura, un mundo de justicia y solidaridad, en el que se perfile el hombre nuevo, levantado tras el ocaso de la noche más larga del año.

Universidades y Casa de la Cultura, juntas en su rol histórico de suscitar y de vivir la pluriculturalidad en el rito sincrético que marca la fusión de las culturas, para proyectarla como punto de partida del origen y destino común imborrable de nuestros pueblos, en el devenir circular del tiempo.

Que esta Fiesta del Sol y de la Tierra, del hombre y de los ríos, cual cascada de luz nos alumbré para caminar dejando huella de respeto, gratitud y ternura colgada para siempre en el violín del viento.



Camilo Restrepo Guzmán



NÚMERO CUARENTA Y CINCO · JUNIO 2020

PRESIDENTE

Camilo Restrepo Guzmán

DIRECTOR

Patricio Herrera Crespo

EDITOR

Patricio Viteri Paredes

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

Jorge Basilago, Hans Behr Martínez, Jeovanny Benavides, John F. Galindo, Liliana Heker, Miguel Molina Díaz, Humberto Montero, Patricia Noriega, Dalton Osorno, Ingrid Rojas Contreras, Luis Sigüenza, Fernando Tinajero

EDICIÓN DE TEXTOS

Katya Ariueda

DISEÑO

Tania Dávila L.

PORTADA

Pedro Herrera

Al filo del delirio, resina.



Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones

Avs. 6 de Diciembre 116-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 463
gestion.publicaciones@casadelacultura.gob.ec
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

#Casapalabras



@casapalabras.cce



casapalabras_cce



www.issuu.com



casapalabras.cce.ec@gmail.com



12

03 Poemas de Roque Dalton, poeta y revolucionario salvadoreño que murió hace 45 años.

12 *Corazones solitarios*, cuento del gran escritor brasileño Rubem Fonseca, fallecido hace poco en Río de Janeiro.

22 Fragmento de la novela *Firmamento*, de Hans Behr Martínez, ganadora del Premio La Linares de Novela Breve 2020.

28 Capítulo de la novela *Crónica para jaibas y cangrejos*, de Dalton Osorno, Premio La Linares de Novela Breve 2020.

32 Poemas del escritor colombiano John F. Galindo.

36 *El entierro*, relato de la reconocida escritora mexicana Amparo Dávila, que murió en abril de este año en Ciudad de México.



52



32

46 Selección de poemas inéditos de la escritora ecuatoriana Patricia Noriega.

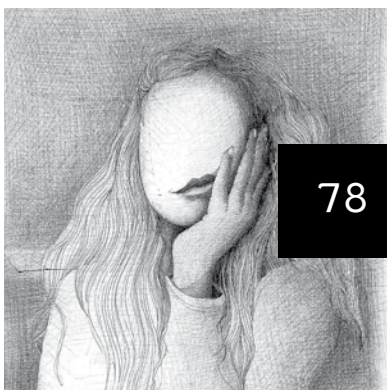
52 Fragmento de la novela *La fruta del borrachero*, de la escritora colombiana Ingrid Rojas Contreras, radicada en Estados Unidos.

60 El periodista y escritor ecuatoriano Miguel Molina Díaz nos da su visión sobre la belleza de la ciudad de Roma.

64 *La llave*, relato de la escritora argentina Liliana Heker.

72 Capítulo de la novela *Pilares de la noche vana*, ganadora del Premio de Literatura Miguel Riofrío 2019, del escritor ecuatoriano Jeovanny Benavides.

78 Humberto Montero analiza la obra de Miguel Varea, gran artista plástico ecuatoriano fallecido en abril de 2020.



78



46

84 Fernando Tinajero expone el valor de las obras literarias y la ideología en la literatura.

88 Patricio Herrera Crespo estudia la exposición *El eterno retorno y la espera*, del artista Pedro Herrera Ordóñez.

98 Jorge Basilago interpreta la vida y obra de la poeta uruguaya Idea Vilariño, a cien años de su nacimiento.

104 El papel de los museos en época de coronavirus y cuarentena, conversatorio narrado por Juan Luis Sigüenza.

108 Sonia Manzano rinde homenaje a la escultora guayaquileña Yela Lofredo, quien falleció en Guayaquil en mayo del presente año.



98



Roque Dalton
(1935 – 1975)

El compromiso
con la poesía
y la revolución
hasta el final
de sus días.

ROQUE DALTON

Poesía e insurgencia a 45 años de su muerte

Poema de amor

Los que ampliaron el Canal de Panamá
(y fueron clasificados como «silver roll» y no como «gold roll»),
los que repararon la flota del Pacífico
en las bases de California,
los que se pudrieron en la cárceles de Guatemala,
México, Honduras, Nicaragua,
por ladrones, por contrabandistas, por estafadores,
por hambrientos,
los siempre sospechosos de todo
(«me permito remitirle al interfecto
por esquinero sospechoso
y con el agravante de ser salvadoreño»),
las que llenaron los bares y los burdeles
de todos los puertos y las capitales de la zona
(«La gruta azul», «El calzoncito», «Happyland»),
los sembradores de maíz en plena selva extranjera,
los reyes de la página roja,
los que nunca sabe nadie de dónde son,
los mejores artesanos del mundo,
los que fueron cosidos a balazos al cruzar la frontera,
los que murieron de paludismo
o de las picadas del escorpión o de la barba amarilla
en el infierno de las bananeras,
los que lloraran borrachos por el himno nacional
bajo el ciclón del Pacífico o la nieve del norte,
los arrimados, los mendigos, los marihuaneros,
los guanacos hijos de la gran puta,
los que apenas pudieron regresar,
los que tuvieron un poco más de suerte,
los eternos indocumentados,
los hacelotodo, los vendelotodo, los comelotodo,
los primeros en sacar el cuchillo,
los tristes más tristes del mundo,
mis compatriotas,
mis hermanos.

Como tú

Yo como tú
amo el amor,
la vida,
el dulce encanto de las cosas
el paisaje celeste de los días de enero.

También mi sangre bulle
y río por los ojos
que han conocido el brote de las lágrimas.
Creo que el mundo es bello,
que la poesía es como el pan,
de todos.

Y que mis venas no terminan en mí,
sino en la sangre unánime
de los que luchan por la vida,
el amor,
las cosas,
el paisaje y el pan,
la poesía de todos.

Hablando para mí

Como un ángel social de alto velamen,
lejano de la angustia y capitán
de nueva clorofila,
como una flor indomeñable
que falta haríale al maíz en la coronación de su
significado,
como un lejano caracol que huyó del pecho rojo,
caminaré desde hoy
gritando que conozco,
aunque resulte herida
mi bondad y mi sangre.

Porque cual repentino rayo de raíces secretas
uno cae en la cuenta que no respira solo,
que hay hermanos dormidos,
cortadas ramas retoñables,
pianos de primer piso, dulces
rosas descoloridas sin morir.

Además, es este siglo obligatorio
que en airada espesura nos reúne,
el que regala al ojo la cumbre y el camino,
el que pregunta al alma por sus puños finales,
el que deja vibrando la fiel liquidación de las preguntas.
El panorama es un cuchillo rudo: uno nace entre
todos

los hombres y los árboles,
pariendo el junco responsable que el huracán
penetra:
posee uno la lámpara que con su luz idéntica
descubre donde nace la lágrima
digna de ser borrada en lo que nos rodea.

Hora de la ceniza

Finaliza septiembre. Es hora de decirte
lo difícil que ha sido no morir.

Por ejemplo, esta tarde
tengo en las manos grises
libros hermosos que no entiendo,
no podría cantar aunque ha cesado ya la lluvia
y me cae sin motivo el recuerdo
del primer perro a quien amé cuando niño.

Desde ayer que te fuiste
hay humedad y frío hasta en la música.
Cuando yo muera,
sólo recordarán mi júbilo matutino y palpable,
mi bandera sin derecho a cansarse,
la concreta verdad que repartí desde el fuego,
el puño que hice unánime
con el clamor de piedra que exigió la esperanza.

Hace frío sin ti. Cuando yo muera,
cuando yo muera
dirán con buenas intenciones
que no supe llorar.
Ahora llueve de nuevo.
Nunca ha sido tan tarde a las siete menos cuarto
como hoy.

Siento deseos de reír
o de matarme.



Ayer

Junto al dolor del mundo mi pequeño dolor,
 junto a mi arresto colegial la verdadera cárcel de los
 hombres sin voz,
 junto a mi sal de lágrimas
 la costra secular que sepultó montañas y oropéndolas,
 junto a mi mano desarmada el fuego,
 junto al fuego el huracán y los fríos derrumbes,
 junto a mi sed los niños ahogados
 danzando interminablemente sin noches ni estaturas,
 junto a mi corazón los duros horizontes
 y las flores,

junto a mi miedo el miedo que vencieron los muertos,
 junto a mi soledad la vida que recorro,
 junto a la diseminada desesperación que me ofrecen,
 los ojos de los que amo
 diciendo que me aman.

Lunes

Las seis de la mañana
partiendo a gritos del reloj: de nuevo
la catedral de luz derribará sus muros
sobre mi caminante corazón
que descansaba.
Odio como a un burgués la fuga de las sábanas.

No es por el frío, que no existe.
No es por el miedo al ojo agazapado
donde el farol,
anoche,
crucificó la sombra.
Ni siquiera es por ti,
ni por tu sexo que estalla en las manos,
tu descubierta gruta
recién muerta en el agua.

Es
oh indeterminación
que un año azul y roto se merece
la sensación antigua como mi puño izquierdo
o mi añorada comprensión de los pájaros:
el ojo junto al hombro, sin suplicar siquiera,
la mano hacia la cara de nueva piedra que alzo,
la vida que me pide,
la miserable savia que reconozco en mí.

Habría tenido, digo yo, que venir
—no al mundo de los títeres, costureros de seda,
rudas botellas de ginebra como hospitales de la sed,
no al mundo que me das o al que te doy,
pan deleznable, campo
para el cuchillo de la mermelada—,
habría tenido que venir, repito,
como un desnudo incendio
hasta el reseco bosque donde me aterro sin gritar,
como un rudo torrente para la arena débil,
como aquel árbol que exige sangre de la tierra
dormida,
reclamo de preñez contra la fuga,
contra la inmóvil lágrima
y la potente desesperación...

Pero, tempranamente,
vine como soy,
con manos desangrables,
con miedo,
con amor,
con cuatro lunes cada mes.
Y creo
que de no ser por este corazón,
por este palpitante planeta musical,
ya me habría marchado a tratar de morir.
Con todo,
no querría olvidarme de la risa.

Mi dolor

Conozco perfectamente mi dolor:
viene conmigo disfrazado en la sangre
y se ha construido una risa especial
para que no pregunten por su sombra.

Mi dolor, ah, queridos,
mi dolor, ah, querida,
mi dolor, es capaz de inventaros un pájaro,
un cubo de madera
de esos donde los niños
le adivinan un alma musical al alfabeto,
un rincón entrañable
y tibio como la geografía del vino
o como la piel que me dejó las manos
sin pronunciar el himno de tu ancha desnudez de mar.

Mi dolor tiene cara de rosa,
de primavera personal que ha venido cantando.
Tras ella esconde su violento cuchillo,
su desatado tigre que me rompió las venas desde
antes de nacer
y que trazó los días
de lluvia y de ceniza que mantengo.

Amo profundamente mi dolor,
como a un hijo malo.

Muertos

Yo escribí de los muertos
sin saber de sus rudas zarabandas nocturnas...

Fue cuando murió mi primer hijo
y mi novia murió a su manera
y mi madre se quedó sin morir pero no importa
porque ya había barrido gritando de sus ojos la luz...

Sin invitación
sin desnudez apropiada
sin miedo justo a mi medida
llegué hasta sus territorios terribles
con el cabello roto y el hambre vocinglera:

Reñían horriblemente, como hermanos.

Sus uñas de aire rasgaban sus mejillas y sus pechos
de aire
y su furia caía sobre los hombros de mis ojos
como si la batalla solamente sirviera
para insultarme por vivir...

De entre todos ellos

Holgué hacía brillar como una luna
su ancha ferocidad que merecía el respaldo del mármol
o de la peor espina.

Golpeaba a los demás y a mi miedo
con más crueldad que un niño,
como si desde el principio del tiempo
hubiese recibido sin quererlo
la espantosa encomienda de vengar a Dios.

Oh, amigos,
es duro ver matando a los que descansan en paz,
es más grave que quedarse solo
sabiendo que uno no sirve ni para que lo maten!

Holgué me dejó escapar aquella noche
porque era evidente en mi temblor de manos
el odio por la vida.

Desde el más allá de la muerte sus tenues camaradas
me miraron partir con un desprecio inmenso
absolutamente avergonzado de mi respiración.



Odiar el amor

La luna se me murió
aunque no creo en los ángeles.
La copa final transcurre
antes de la sed que sufro.
La grama azul se ha perdido
huyendo tras tu velamen.

La mariposa incendiando
su color, fue de ceniza.
La madrugada fusila
rocío y pájaros mudos.
La desnudez me avergüenza
y me hace heridas de niño.

El corazón sin tus manos
es mi enemigo en el pecho.



Pedimos

Pedimos que nos amen, que nos dejen amar,
pedimos que nos hagan quedarnos solos atados a
los ángeles,
que no dejen testigos desde ahora
esperando la imagen
honda de nuestras lágrimas;
pedimos que no insistan en herirnos el lugar de la ira,
pedimos que las esposas doren el blanco pan
y nos conviden a la mesa del júbilo,
que los muchachos y las muchachas
recuesten su frescura de musicales líquenes
sobre la llamarada que nos nació en las voces,
pedimos la sonrisa
desde nuestra lastimadura más presente
y el escudo fraterno desde el opaco miedo
que nos podría suceder;
pedimos el abrazo,
el ambulante nido para la desangrada palabra
que un día descubrimos y que venimos ahora a repartir.

Cómo cantarte, patria

Cuando la patria nace antiguamente
como la preferida estrella que se mece
junto al misterio azul del grito primogénito,

cuando la patria permanece intacta
desde el raudal de sangre con que nos parieron,

cuando la patria inexpresable canta
desde el amurallado hueso que oponemos al aire,

cuando la patria de aurales árboles,
de rojo barro partidario del hombre,
de volcanes bramando
como la universal unión de las reclamaciones,
alza su diccionario y su martirologio
desde nuestra garganta denunciada,
cuando la patria es ese prisma puro
que nos señala la única posibilidad de amar,

entonces
es que desde las geologías interiores
surge la clara voz de alba, la profética
traída a cuentas del futuro y su música.

Porque es la patria punto de partida,
básica piedra tumultuaria extendiéndose,
savia y semilla de la floresta cantadora del hombre,
misiva leal hacia aglomeraciones fraternas y
ecuménicas.

Así nos surge el canto
y la patria renace junto a cada palabra...

Por qué escribimos

Uno hace versos y ama
la extraña risa de los niños,
el subsuelo del hombre
que en las ciudades ácidas disfrazaba su leyenda,
la instauración de la alegría
que profetiza el humo de las fábricas.

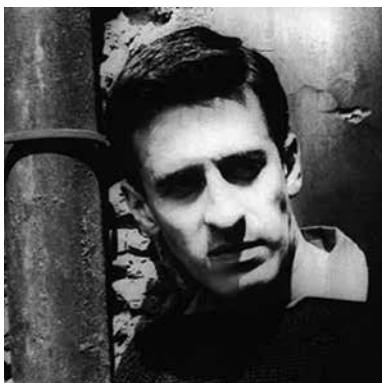
Uno tiene en las manos un pequeño país,
horribles fechas,
muertos como cuchillos exigentes,
obispos venenosos,
inmensos jóvenes de pie
sin más edad que la esperanza,
rebeldes panaderas con más poder que un lirio,
sastres como la vida,
páginas, novias,
esporádico pan, hijos enfermos,
abogados traidores
nietos de la sentencia y lo que fueron,
bodas desperdiciadas de impotente varón,
madre, pupilas, puentes,
rotas fotografías y programas.

Uno se va a morir,
mañana,
un año,
un mes sin pétalos dormidos;
disperso va a quedar bajo la tierra
y vendrán nuevos hombres
pidiendo panoramas.
Preguntarán qué fuimos,
quienes con llamas puras les antecedieron,
a quienes maldecir con el recuerdo.
Bien.
Eso hacemos:
custodiamos para ellos el tiempo que nos toca.

Aída fusilemos la noche

Aída fusilemos la noche
y la terrible
miseria colectiva.
Aquí tenemos estas cuatro manos
y tenemos mi voz.
Nos respaldan tus ojos
y tu suave
manera de ir queriéndome.
Nos respalda esa sangre proyectada
hasta el cuerpo del hijo.
Nos respalda esta atmósfera
este pan cotidiano
y estas cuatro paredes
que tutelan los besos.
Romparamos Aída esta tormenta amarga.

Hay que construir pañuelos con luceros
para secar las lágrimas del hombre.
Hay que llevar al niño
a su música antigua.
Hay que volver a fabricar muñecas
y hay que sembrar maíz en las ciudades.
Hay que dinamitar los rascacielos
y dar lugar para que ascienda el trigo.
Hay que hacer instrumentos de labranza
con los buses urbanos.
Aída, fusilemos la noche
y esa horrible bandera.
Aída fusilemos la noche
y los negros cañones
y las bombas atómicas;
fusilemos el odio
y la terrible
miseria colectiva. 🌀



Roque Dalton García

San Salvador. El Salvador, 1935
San Salvador, 1975

Era hijo del inmigrante estadounidense Winnall Dalton y de la enfermera salvadoreña María Josefa García. Estudió en el Colegio Externado de San José, de los jesuitas, y en 1953 se trasladó a Santiago de Chile para estudiar Derecho, aunque volvió a San Salvador a continuar sus estudios. En 1957, con otros estudiantes salvadoreños, visitó la URSS para participar en un festival internacional de jóvenes en el que conoció a Carlos Fonseca, fundador del FSLN, al poeta argentino Juan Gelman y al poeta turco Nazim Hikmet. Dalton tuvo una clara conciencia izquierdista y revolucionaria desde sus tiempos universitarios que los llevaron a ingresar en el Partido Comunista Salvadoreño a los veintidós años. Su actividad literaria corrió paralela a la militancia revolucionaria y el reconocimiento de su valía como escritor coincidió a su vez con las primeras encarcelaciones. Formó parte de la llamada Generación Comprometida, que reflejó en la novela *Pobrecito poeta que era yo*, publicada un año después de su muerte.

Fue encarcelado en 1960 y liberado en octubre de ese año, al ser derrocado el presidente José María Lemus, por lo que se exilió a México, Checoslovaquia y Cuba. Finalmente decidió volver clandestinamente a El Salvador para continuar la lucha pero fue asesinado por sus propios compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la guerrilla a la cual pertenecía en ese momento, junto con el obrero Armando Arteaga, 'Pancho', en una casa del barrio de Santa Anita, en San Salvador, bajo la acusación de ser agente de la Central de Inteligencia de EE.UU., y también fue acusado de trabajar para la inteligencia cubana, todas las acusaciones fueron desmentidas después. Entre sus obras poéticas están: *Vengo desde la URSS amaneciendo* (1957), *Mía junto a los pájaros* (1958), *La ventana en el rostro* (1961), *Los pequeños infiernos* (1964), *Taberna y otros lugares* (1969), *Las historias prohibidas del pulgarcito* (1974) y *Poemas clandestinos* (1981). Le otorgaron el Premio Centroamericano de Poesía (1956, 1958 y 1959) y el Premio Casa de las Américas (1969).

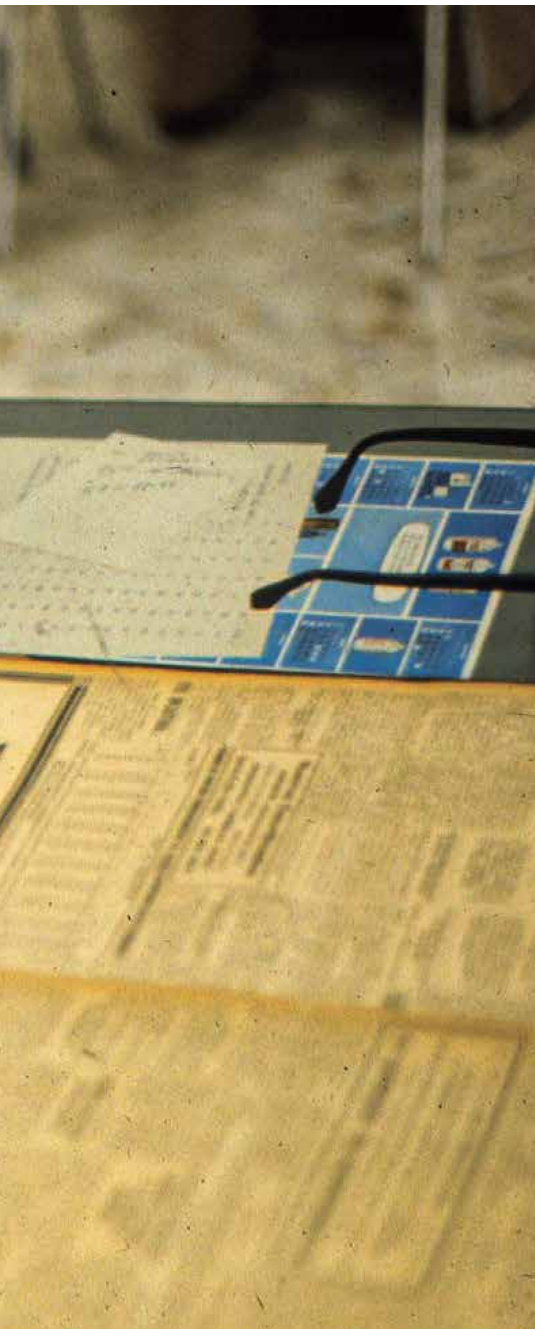
(Tomado de: <https://www.escriitores.org/biografias/1592-dalton-roque>)



Corazones solitarios

■ Rubem Fonseca

Uo trabajaba en un diario popular como reportero de casos policíacos. Hace mucho tiempo que no ocurría en la ciudad un crimen interesante que involucrara a una rica y linda joven de la sociedad, muertes, desapariciones, corrupción, mentiras, sexo, ambición, dinero, violencia, escándalo.



—Crimen así ni en Roma, París, Nueva York —decía el editor del diario—, estamos en un mal momento. Pero dentro de poco cambiará. La cosa es cíclica, cuando menos lo esperamos estalla uno de aquellos escándalos que da materia para un año. Todo está podrido, a punto, es cosa de esperar.

Antes de que estallara me despidieron.

—Solamente hay pequeño comerciante matando socio, pequeño bandido matando a pequeño comerciante, policía matando a pequeño bandido. Cosas pequeñas —le dije a Oswaldo Peçanha, editor-jefe y propietario del diario *Mujer*.

—Hay también meningitis, esquistosomiasis, mal de Chagas —dijo Peçanha.

—Pero fuera de mi área —dije.

—¿Ya leíste *Mujer*? —Peçanha preguntó.

Admití que no.

—Me gusta más leer libros.

Peçanha sacó una caja de puros del cajón y me ofreció uno. Encendimos los puros. Al poco tiempo el ambiente era irrespirable. Los puros eran corrientes, estábamos en verano, las ventanas cerradas, y el aparato de aire acondicionado no funcionaba bien.

—*Mujer* no es una de esas publicaciones en color para burguesas que hacen régimen. Está hecha para la mujer de la clase C, que come arroz con frijoles y si engorda es cosa suya. Echa una ojeada.

Peçanha tiró frente a mí un ejemplar del diario. Formato tabloide, encabezados en azul, algunas fotos desenfocadas. Fotonovela, horóscopo, entrevistas con artistas de televisión, corte y costura.

—¿Crees que podrías hacer la sección *De mujer a mujer*, nuestro consultorio sentimental? El tipo que lo hacía se despidió.

De mujer a mujer estaba firmado por una tal Elisa Gabriela. Querida Elisa Gabriela, mi marido llega todas las noches borracho y...

—Creo que puedo —dije.

—Estupendo. Comienza hoy.

¿Qué nombre quieres usar?

Pensé un poco.

—Nathanael Lessa.

—¿Nathanael Lessa? —dijo Peçanha, sorprendido y molesto, como si hubiera dicho un nombre feo, u ofendido a su madre.

—¿Qué tiene? Es un nombre como otro cualquiera. Y estoy rindiendo dos homenajes.

Peçanha dio unas chupadas al puro, irritado.

—Primero, no es un nombre como cualquier otro. Segundo, no es un nombre de la clase C. Aquí solo usamos nombres que agraden a la clase C, nombres bonitos. Tercero, el diario rinde homenajes solo a quien yo quiero y no conozco a ningún Nathanael Lessa y, finalmente —la irritación de Peçanha aumentaba gradualmente, como si estuviera sacando algún provecho de ella—, aquí nadie, ni siquiera yo mismo, usa seudónimos masculinos. ¡Mi nombre es María de Lourdes!

Di otra ojeada al diario, inclusive en el directorio. Solo había nombres de mujer.

—¿No te parece que un nombre masculino da más crédito a las respuestas? Padre, marido, médico, sacerdote, patrón, solo hay hombres diciendo lo que ellas tienen que hacer. Nathanael Lessa pega mejor que Elisa Gabriela.

—Es eso justamente lo que no quiero. Aquí se sienten dueñas de su nariz, confían en nosotros, como si fuéramos comadres. Llevo veinticinco años en este negocio. No me vengas con teorías no comprobadas. *Mujer* está revolucionando la prensa brasileña, es un diario diferente que no da noticias viejas de la televisión de ayer.

Estaba tan irritado que no pregunté lo que *Mujer* se proponía. Tarde o temprano me lo diría. Yo solo quería el empleo.

—Mi primo, Machado Figueiredo, que también tiene veinticinco años de experiencia, en el Banco del Brasil, suele decir que está siempre abierto a teorías no comprobadas.

Yo sabía que *Mujer* debía dinero al banco. Y sobre la mesa de Peçanha había una carta de recomendación de mi primo. Al oír el nombre de mi primo, Peçanha palideció. Dio un mordisco al puro para controlarse, después cerró la boca, pareciendo que iba a silbar, y sus gruesos labios temblaron como si tuviera un grano de pimienta en la lengua. En seguida abrió la boca y golpeó con la uña del pulgar sus dientes sucios de nicotina, mientras me miraba de manera que él debía considerar llena de significados.

—Podría añadir Dr. a mi nombre: Dr. Nathanael Lessa.

—¡Rayos! Está bien, está bien —rezongó Peçanha entre dientes—, empiezas hoy.

Fue así como pasé a formar parte del equipo de *Mujer*.

Mi mesa quedaba cerca de la mesa de Sandra Marina, que firmaba el horóscopo. Sandra era conocida también como Marlene Katia, al hacer entrevistas. Era un muchacho pálido, de largos y ralos bigotes, también conocido como João Albergaria Duval. Había salido hacía poco tiempo de la escuela de comunicaciones y vivía lamentándose, ¿por qué no estudié odontología?, ¿por qué?

Le pregunté si alguien traía las cartas de los lectores a mi mesa. Me dijo que hablara con Jacqueline, en expedición. Jacqueline era un negro grande de dientes muy blancos. Queda mal que sea yo el único aquí dentro que no tiene nombre de mujer, van a pensar que soy maricón. ¿Las cartas? No hay ninguna carta. ¿Crees que la mujer de la clase C escribe cartas? Elisa inventaba todas.

—*Mujer*
no es una de
esas publicaciones en
color para burguesas que
hacen régimen. Está hecha
para la mujer de la clase C,
que come arroz con frijoles y
si engorda es cosa suya.
Echa una ojeada.

Apreciado Dr. Nathanael Lessa. Conseguí una beca de estudios para mi hija de diez años, en una escuela elegante de la zona sur. Todas sus compañeritas van al peluquero por lo menos una vez a la semana. Nosotros no tenemos dinero para eso, mi marido es conductor de autobús de la línea Jacaré-Cajú, pero dice que va a trabajar horas extras para mandar a Tania Sandra, nuestra hijita, al peluquero. ¿No cree usted que los hijos se merecen todos los sacrificios? Madre Dedicada. Villa Kennedy.

Respuesta: Lave la cabeza de su hija con jabón de coco y colóquele papillotes. Queda igual que en el peluquero. De cualquier manera, su hija no nació para ser muñequita. Ni tampoco la hija de nadie. Coge el dinero de las horas extras y compra otra cosa más útil. Comida, por ejemplo.

Apreciado Dr. Nathanael Lessa. Soy bajita, gordita y tímida. Siempre que voy al mercado, al almacén, a la abacería, me dejan en la cola. Me engañan en el peso, en el cambio, los frijoles tienen insectos, la harina de maíz está mohosa, cosas así.

Acostumbraba sufrir mucho, pero ahora estoy resignada. Dios los está mirando y en el Juicio Final van a pagarlo. Doméstica Resignada. Penha.

Respuesta: Dios no está mirando a nadie. Quien tiene que defenderte eres tú misma. Sugiero que grites, vocees a todo el mundo, que hagas escándalo. ¿No tienes ningún pariente en la policía? Bandido también sirve. Arréglate, gordita.

Apreciado Dr. Nathanael Lessa: Tengo veinticinco años, soy mecanógrafa y virgen. Encontré a este muchacho que dice que me ama mucho. Trabaja en el Ministerio de Transportes y dice que quiere casarse conmigo, pero que primero quiere probar. ¿Qué te parece? Virgen Loca. Parada de Lucas.

Respuesta: Escucha esto, Virgen Loca, pregúntale al tipo lo que va a hacer si no le gusta la experiencia. Si dice que te plantea, dáselo, porque es un hombre sincero. No eres grosella ni cal-

do de jilo para ser probada, pero hombres sinceros hay pocos, vale la pena intentar. Fe y adelante, firme.

Fui a almorzar.

A la vuelta Peçanha mandó llamarme. Tenía mi trabajo en la mano.

—Hay algo aquí que no me gusta —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—¡Ah! ¡Dios mío!, qué idea la gente se hace de la clase C —exclamó Peçanha, balanceando la cabeza pensativamente, mientras miraba para el techo y ponía boca de silbido—. Quienes gustan ser tratadas con palabrotas y punta-piés son las mujeres de la clase A. Acuérdate de aquel *lord* inglés que dijo que su éxito con las mujeres era porque trataba a las damas como putas y a las putas como damas.

—Está bien. ¿Entonces cómo debo tratar a nuestras lectoras?

—No me vengas con dialécticas. No quiero que las trates como putas. Olvida al *lord* inglés. Pon alegría, esperanza, tranquilidad y confianza en las cartas, eso es lo que quiero.

Dr. Nathanael Lessa. Mi marido murió y me dejó una pensión muy pequeña, pero lo que me preocupa es estar sola, a los cincuenta y cinco años de edad. Pobre, fea, vieja y viviendo lejos, tengo miedo de lo que me espera. Solitaria de Santa Cruz.

Respuesta: Graba esto en tu corazón, Solitaria de Santa Cruz: ni dinero, ni belleza, ni juventud, ni una buena dirección dan felicidad. ¿Cuántos jóvenes ricos y hermosos se matan o se pierden en los horrores del vicio? La felicidad está dentro de nosotros, en nuestros corazones. Si somos justos y buenos, encon-

traremos la felicidad. Sé buena, sé justa, ama al prójimo como a ti misma, sonríe al tesorero del INPS cuando vayas a recibir tu pensión.

Al día siguiente Peçanha me llamó y me preguntó si podía también escribir la fotonovela. Producíamos nuestras propias fotonovelas, no son *fumetti* italiano traducido.

—Elige un nombre.

Elegí Clarice Simone, eran otros dos homenajes, pero no le dije eso a Peçanha.

El fotógrafo de las novelas vino a hablar conmigo.

—Mi nombre es Mónica Tutsi —dijo—, pero puedes llamarme Agnaldo. ¿Tienes la papa lista?

Papa era la novela. Le expliqué que acababa de recibir el encargo de Peçanha y que necesitaba por lo menos dos días para escribir.

—¿Días? Ja, ja —carcajeó, haciendo el ruido de un perro grande, ronco y domesticado ladrándole al dueño.

—¿Dónde está la gracia? —pregunté.

—Norma Virginia escribía la novela en quince minutos. Tenía una fórmula.

—Yo también tengo una fórmula. Ve a dar una vuelta y te apareces por aquí en quince minutos, que tendrás tu novela lista.

¿Qué pensaba de mí ese fotógrafo idiota? Solo porque yo había sido reportero policial no significaba que fuera una bestia. Si Norma Virginia, o como fuera su nombre, escribía una novela en quince minutos, yo también la escribiría. A fin de cuentas, leí todos los trágicos griegos, los ibsens, los o'neals, los becketts, los chejovs, los shakespeares, las *four hundred best television plays*. Era

solo chupar una idea de aquí, otra de allá, y listo.

Un niño rico es robado por los gitanos y dado por muerto. El niño crece pensando que es un gitano auténtico. Un día encuentra una moza riquísima y los dos se enamoran. Ella vive en una rica mansión y tiene muchos automóviles. El gitano vive en un carromato. Las dos familias no quieren que ellos se casen. Surgen conflictos. Los millonarios mandan a la policía a arrestar a los gitanos. Uno de los gitanos es muerto por la policía. Un primo rico de la muchacha es asesinado por los gitanos. Pero el amor de los dos jóvenes enamorados es superior a todas esas vicisitudes. Resuelven huir, romper con las familias. En la fuga encuentran un monje piadoso y sabio que sacramenta la unión de los dos en un antiguo, pintoresco y romántico convento en medio de un bosque florido. Los dos jóvenes se retiran a la cámara nupcial. Son hermosos, esbeltos, rubios de ojos azules. Se quitan la ropa. Oh, dice la muchacha, ¿qué es ese cordón de oro con medalla claveteada de brillantes que tienes en el pecho? ¡Ella tiene una medalla igual! ¡Son hermanos! ¡Tú eres mi hermano desaparecido!, grita la muchacha. Los dos se abrazan (Atención, Mónica Tutsi: ¿qué tal un final ambiguo?, haciendo aparecer en la cara de los dos un éxtasis no fraternal, ¿eh? Puedo también cambiar el final y hacerlo más sofociano: los dos descubren que son hermanos solo después del hecho consumado; desesperada, la moza salta de la ventana del convento reventándose allá abajo).

—Me gustó tu historia —dijo Mónica Tutsi.

Un pellizco de *Romeo y Julieta*, una cucharadita de *Edipo rey*, dije modestamente.

—Pero no sirve para que yo la fotografíe. Tengo que hacer todo en dos horas. ¿Dónde voy a encontrar la rica mansión? ¿Los automóviles? ¿El convento pintoresco? ¿El bosque florido?

—Ese es tú problema.

—¿Dónde voy a encontrar —continuó Mónica Tutsi, como si no me hubiera oído— los dos jóvenes rubios, esbeltos, de ojos azules? Nuestros artistas son todos medio tirando a mulatos. ¿Dónde voy a encontrar el carromato? Haz otra, muchacho. Vuelvo dentro de quince minutos. ¿Y qué es sofocliano?

Roberto y Betty son novios y van a casarse. Roberto, que es muy trabajador, economiza dinero para comprar un departamento y amueblarlo, con televisión a color, equipo musical, refrigerador, lavadora, enceradora, licuadora, batidora, lavaplatos, tostador, plancha eléctrica y secador de pelo. Betty también trabaja. Ambos son castos. El casamiento está fijado. Un amigo de Roberto, Tiago, le pregunta, ¿te vas a casar virgen?, necesitas ser iniciado en los misterios del sexo. Tiago, entonces, lleva a Roberto a casa de la Superputa Betatrón (Atención, Mónica Tutsi, el nombre es un toque de ficción científica). Cuando Roberto llega allí descubre que la Superputa es Betty, su noviecita. ¡Oh! ¡Cielos! ¡Sorpresa terrible! Alguien dirá, tal vez un portero, ¡crecer es sufrir! Fin de la novela.

—Una palabra vale mil fotografías —dijo Mónica Tutsi—, estoy siempre en la parte podrida. De aquí a poco vuelvo.

Dr. Nathanael. Me gusta cocinar. Me gusta mucho también



bordar y hacer crochet. Y más que nada me gusta ponerme un vestido largo de baile, pintar mis labios de carmesí, darme bastante colorete, ponerme rímel en los ojos. ¡Ah, qué sensación! Es una pena que tenga que quedarme encerrado en mi cuarto. Nadie sabe que me gusta hacer esas cosas. ¿Estoy equivocado? Pedro Redgrave. Tijuca.

Respuesta: ¿Equivocado, por qué? ¿Estás haciendo daño a alguien con eso? Ya tuve otro consultante que, como a ti, también le gustaba vestirse de mujer. Llevaba una vida normal, productiva y útil a la sociedad, tanto que llegó a ser obrero-supervisor. Viste tus vestidos largos, pinta tu boca de escarlata, pon color en tu vida.

—Todas las cartas deben ser de mujeres —advirtió Peçanha.

—Pero esa es verdadera —dije.

—No creo.

Entregué la carta a Peçanha. La miró poniendo cara de policía examinando un billete groseramente falsificado.

—¿Crees que es una broma? —preguntó Peçanha.

—Puede ser —dije—. Y puede no ser.

Peçanha puso su cara reflexiva. Después:

—Añade a tu carta una frase animadora, como por ejemplo, «escribe siempre».

Me senté a la máquina.

Escribe siempre. Pedro, sé que este no es tu nombre, pero no importa, escribe siempre, cuenta conmigo. Nathanael Lessa.

—Coño —dijo Mónica Tutsi—, fui a hacer tu dramón y me dijeron que está calcado de una película italiana.

—Canallas, atajo de babosos, solo porque fui reportero policial me están llamando plagario.

—Calma, Virginia.

—¿Virginia? Mi nombre es Clarice Simone —dije—. ¿Qué cosa más idiota es esa de pensar que solo las novias de los italianos son putas? Pues mira, ya conocí una novia de aquellas realmente serias, era hasta hermana de la caridad, y fueron a ver, también era puta.

—Está bien, muchacho, voy a fotografiar esa historia. ¿La Betatrón puede ser mulata? ¿Qué es Betatrón?

—Tiene que ser rubia, pecaosa. Betatrón es un aparato para la producción de electrones, dotado de gran potencial energético y alta velocidad, impulsado por la acción de un campo magnético que varía rápidamente —dije.

—¡Coño! Eso sí que es nombre de Puta —dijo Mónica Tutsi, con admiración, retirándose.

Comprensivo Nathanael Lessa. He usado gloriosamente mis vestidos largos. Y mi boca ha sido tan roja como la sangre de un tigre y el romper de la aurora. Estoy pensando en ponerme un vestido de satén e ir al Teatro Municipal. ¿Qué te parece? Y ahora voy a contarte una gran y maravillosa confidencia, pero quiero que guardes el mayor secreto de mi confesión. ¿Lo juras? Ah, no sé si decirlo o no decirlo. Toda mi vida he sufrido las mayores desilusiones por creer en los demás, Soy básicamente una persona que no perdió su inocencia. La perfidia, la estupidez, la falta de pudor, la bribonería, me dejaron muy impresionada. Oh, cómo me gustaría vivir aislada en un mundo utópico hecho de amor y bondad. Mi sensible Nathanael, déjame pensar. Dame tiempo. En la próxima carta contaré más, tal vez todo. Pedro Redgrave.

Respuesta: Pedro. Espero tu carta, con tus secretos, que prometo guardar en los arcanos inviolables de mi recóndita conciencia. Continúa así, enfrentando altanero la envidia y la insidiosa alevosía de los pobres de espíritu. Adorna tu cuerpo sediento de sensualidad, ejerciendo los desafíos de tu mente valerosa.

Yo sabía que *Mujer* debía dinero al banco. Y sobre la mesa de Peçanha había una carta de recomendación de mi primo. Al oír el nombre de mi primo, Peçanha palideció. Dio un mordisco al puro para controlarse, después cerró la boca, pareciendo que iba a silbar, y sus gruesos labios temblaron como si tuviera un grano de pimienta en la lengua.

Peçanha preguntó:

—¿Esas cartas también son verdaderas?

Las de Pedro Redgrave sí.

—Extraño, muy extraño —dijo Peçanha golpeando con las uñas en los dientes— ¿qué te parece?

—No me parece nada —dije.

Parecía preocupado por algo. Hizo preguntas sobre la fotonovela, sin interesarse, sin embargo, por las respuestas.

—¿Qué tal la carta de la cieguita? —pregunté.

Peçanha cogió la carta de la cieguita y mi respuesta y leyó en voz alta:

—Querido Nathanael. No puedo leer lo que escribes. Mi abuelita adorada me lo lee. Pero no pienses que soy analfabeta. Lo que soy es cieguita. Mi querida abuelita me está escribiendo la carta, pero las palabras son mías. Quiero enviar unas palabras de consuelo a tus lectores, para que ellos, que sufren tanto con pequeñas desgracias, se miren en mi espejo. Soy ciega pero soy feliz, estoy en paz con Dios y con mis semejantes. Felicidades para todos. Viva el Brasil y su pueblo. Cieguita Feliz. Carretera del Unicornio, Nova Iguacu. P. S. Olvidé decir que también soy paralítica.

Peçanha encendió un puro.

—Conmover, pero Carretera del Unicornio suena falso. Me parece mejor que pongas Carretera de Catavento, o algo así. Veamos ahora tu respuesta. Cieguita Feliz, enhorabuena por tu fuerza moral, por tu fe inquebrantable en la felicidad, en el bien, en el pueblo y en el Brasil. Las almas de aquellos que desesperan en la adversidad deberían nutrirse con tu edificante ejemplo, un haz de luz en las noches de tormenta.

Peçanha me devolvió los papeles.

—Tienes futuro en la literatura. Esta es una gran escuela. Aprende, aprende, sé aplicado, no te desanimes, suda la camisa.

Me senté a la máquina.

Tesio, banquero, vecino de la Boca do Mato, en Lins de Vasconcelos, casado en segundas nupcias con Frederica, tiene un hijo, Hipólito, del primer matrimonio. Frederica se enamora de Hipólito. Tesio descubre el amor pecaminoso entre los dos. Frederica se ahorca en el mango del patio de la casa. Hipólito pide perdón al padre, huye de casa y vagabundea desesperado por las calles de la ciudad cruel hasta ser atropellado y muerto en la Avenida Brasil.

—¿Cuál es la salsa aquí? —preguntó Mónica Tutsi.

—Eurípides, pecado y muerte. Voy a contarte una cosa: Yo conozco el alma humana y no necesito de ningún griego viejo para inspirarme. Para un hombre de mi inteligencia y sensibilidad basta solo mirar en torno. Mírame bien a los ojos. ¿Has visto una persona más alerta, más despierta?

Mónica Tutsi me miró fijo a los ojos y dijo:

—Creo que estás loco.

Continué:

—Cito los clásicos solo para mostrar mis conocimientos.

Como fui reportero policial, si no lo hiciera no me respetarían los cretinos. Leí miles de libros. ¿Cuántos libros crees que ha leído Peçanha?

—Ninguno ¿La Frederica puede ser negra?

—Buena idea. Pero Tesio e Hipólito tienen que ser blancos.

Nathanael. Yo amo, un amor prohibido, un amor vedado.

Amo a otro hombre. Y él también me ama. Pero no podemos andar por la calle de la mano, como los demás, besarnos en los jardines y en los cines, como los demás, tumbarnos abrazados en la arena de las playas, como los demás, bailar en las *boites*, como los demás. No podemos casarnos, como los demás, y juntos enfrentar la vejez, la enfermedad y la muerte, como los demás. No tengo fuerzas para resistir y luchar. Es mejor morir. Adiós. Esta es mi última carta. Manda decir una misa por mí. Pedro Redgrave.

Respuesta: ¿Qué es eso, Pedro? ¿Vas a desistir ahora que encontraste tu amor? Oscar Wilde sufrió el demonio, fue desmoralizado, ridiculizado, humillado, procesado, condenado, pero aguantó la embestida. Si no puedes casarte, arrímate. Hagan testamento, uno a favor del otro. Defiéndanse. Usen la ley y el sistema en su beneficio. Sean, como los demás, egoístas, encubridores, implacables, intolerantes e hipócritas. Exploten. Expolien. Es legítima defensa. Pero, por favor, no hagan ninguna locura.

Mandé la carta y la respuesta a Peçanha. Las cartas solo eran publicadas con su visto bueno.

Mónica Tutsi apareció con una muchacha.

—Esta es Mónica —dijo Mónica Tutsi.

—Qué coincidencia —dije.

—¿Qué coincidencia, qué? —preguntó la muchacha Mónica.

—Que tengan el mismo nombre —dije.

—¿Se llama Mónica? —preguntó Mónica apuntando al fotógrafo.

—Mónica Tutsi. ¿Tú también eres Tutsi?

—No. Mónica Amelia.

Mónica Amelia se quedó royendo una uña y mirando a Mónica Tutsi.

—Tú me dijiste que tu nombre era Aginaldo —dijo ella.

—Allá afuera soy Aginaldo. Aquí dentro soy Mónica Tutsi.

—Mi nombre es Clarice Simone —dije.

Mónica Amelia nos observó atentamente, sin entender nada. Veía dos personas circunspectas, demasiado cansadas para bromas, desinteresadas del propio nombre.

—Cuando me case, mi hijo, o mi hija, va a llamarse Hei Psiu —dije.

—¿Es un nombre chino? —preguntó Mónica.

—O bien Fiu Fiu —silbé.

—Te estás volviendo nihilista —dijo Mónica Tutsi, retirándose con la otra Mónica.

Nathanael. ¿Sabes lo que es dos personas que se gustan? Éramos nosotros dos, María y yo. ¿Sabes lo que es dos personas perfectamente sincronizadas?

Éramos nosotros dos, María y yo. Mi plato predilecto es arroz, frijoles, col a la mineira, farofa y chorizo frito. ¿Imaginas cuál era el de María? Arroz, frijoles, col a la mineira, farofa y chorizo frito. Mi piedra preciosa preferida es el rubí. La de María, verás, era también el rubí. Número de la suerte, el 7; color, el azul; día, el lunes; película, del Oeste; libro, *El Principito*; bebida, cerveza; colchón, el Anatón; equipo, el Vasco da Gama; música, la samba; pasatiempo, el amor; todo igualito entre ella y yo, una maravilla. Lo que hacíamos en la cama, muchacho, no es para presumir, pero si fuera en el circo y cobráramos la entrada nos hacíamos ricos. En la cama ninguna pareja jamás fue



alcanzada por tanta locura resplandeciente, fue capaz de *performance* tan hábil, imaginativa, original, pertinaz, esplendorosa y gratificante como la nuestra. Y repetíamos varias veces por día. Pero no era solo eso lo que nos unía. Si te faltara una pierna continuaría amándote, me decía. Si tú fueras jorobada no dejaría de amarte, respondía yo. Si fueras sordomudo continuaría amándote, decía ella. Si tú fueras bizca

no dejaría de amarte, yo respondía. Si estuvieras barrigón y feo continuaría amándote, decía ella. Si estuvieras toda marcada de viruela no dejaría de amarte, yo respondía. Si fueras viejo e impotente continuaría amándote, decía ella. Y estábamos intercambiando estos juramentos cuando un deseo de ser verdadero me golpeó, hondo como una puñalada, y le pregunté, ¿y si no tuviera dientes, me amarías?, y ella

respondió, si no tuvieras dientes continuaría amándote. Entonces me saqué la dentadura y la puse encima de la cama, con un gesto grave, religioso y metafísico. Quedamos los dos mirando la dentadura sobre la sábana, hasta que María se levantó, se puso un vestido y dijo, voy a comprar cigarrillos. Hasta hoy no ha vuelto. Nathanael, explícame qué fue lo que sucedió. ¿El amor acaba de repente? ¿Algunos dientes, mise-

rables pedacitos de marfil, valen tanto? Odontos Silva.

Cuando iba a responder apareció Jacqueline y dijo que Peçanha me estaba llamando.

En la oficina de Peçanha había un hombre con gafas y patillas.

—Este es el Dr. Pontecorvo, que es... ¿qué es usted realmente? —preguntó Peçanha.

—Investigador motivacional —dijo Pontecorvo—. Como iba diciendo, hacemos primero un acopio de las características del universo que estamos investigando. Por ejemplo: ¿quiénes son los lectores de *Mujer*? Vamos a suponer que es mujer y de la clase C. En nuestras investigaciones anteriores ya estudiamos todo sobre la mujer de la clase C, dónde compra sus alimentos, cuántos pantis tiene, a qué hora hace el amor, a qué horas ve la televisión, los programas de televisión que ve, en suma, un perfil completo.

—¿Cuántos pantis tiene? —preguntó Peçanha.

—Tres —respondió Pontecorvo, sin vacilar.

—¿A qué hora hace el amor?

—A las veintiuna treinta —respondió Pontecorvo con prontitud.

—¿Y cómo descubren ustedes todo eso? ¿Llaman a la puerta de doña Aurora, en el conjunto residencial del INPS, abre la puerta y ustedes le dicen a qué hora se echa su acostón? Escucha, amigo mío, estoy en este negocio hace veinticinco años y no necesito a nadie para que me diga cuál es el perfil de la mujer de la clase C. Lo sé por experiencia propia. Ellas compran mi diario, ¿entendiste? Tres pantis... ¡Ja!

—Usamos métodos científicos de investigación. Tenemos

sociólogos, psicólogos, antropólogos, especialistas en estadísticas y matemáticos en nuestro *staff* —dijo Pontecorvo, imperturbable.

—Todo para sacar dinero a los ingenuos —dijo Peçanha con no disimulado desprecio.

—Además, antes de venir para acá, recogí algunas informaciones sobre su diario, que creo pueden ser de su interés —dijo Pontecorvo.

—¿Y cuánto cuesta? —preguntó Peçanha con sarcasmo.

—Se la doy gratis —dijo Pontecorvo. El hombre parecía de hielo—. Hicimos una miniinvestigación sobre sus lectores y, a pesar del tamaño reducido de la muestra, puedo asegurarle, sin sombra de duda, que la gran mayoría, la casi totalidad de sus lectores, está compuesta por hombres, de la clase B.

—¿Qué? —gritó Peçanha.

—Eso mismo, hombres, de la clase B.

Primero, Peçanha se puso pálido. Después se fue poniendo rojo, y después violáceo, como si lo estuvieran estrangulando, la boca abierta, los ojos desorbitados, y se levantó de su silla y caminó tambaleante, los brazos abiertos, como un gorila loco en dirección a Pontecorvo. Una imagen impactante, incluso para un hombre de acero como Pontecorvo, incluso para un exreportero. Pontecorvo retrocedió ante el avance de Peçanha hasta que, con la espalda en la pared, dijo, intentando mantener la calma y compostura:

—Tal vez nuestros técnicos se hayan equivocado.

Peçanha, que estaba a un centímetro de Pontecorvo, tuvo un violento temblor y, al contra-

rio de lo que yo esperaba, no se tiró sobre el otro como un perro rabioso. Agarró sus propios cabellos y comenzó a arrancárselos, mientras gritaba: farsantes, estafadores, ladrones, aprovechados, mentirosos, canallas. Pontecorvo, ágilmente, se escabulló en dirección a la puerta, mientras Peçanha corría tras él arrojándole los mechones de pelo que había arrancado de su propia cabeza.

—¡Hombres! ¡Hombres! ¡Clase B! —graznaba Peçanha, con aire alocado.

Después, ya totalmente sereno —creo que Pontecorvo huyó por las escaleras—, Peçanha, nuevamente sentado detrás de su escritorio, me dijo:

—Es a ese tipo de gente a la que el Brasil está entregado, manipuladores de estadísticas, falsificadores de informaciones, patrañeros con sus computadoras creando todos la Gran Mentira. Pero conmigo no podrán. Puse al hipócrita en su sitio, ¿o no?

Dije cualquier cosa, concordando. Peçanha sacó la caja de matarratas del cajón y me ofreció uno. Permanecimos fumando y conversando sobre la Gran Mentira. Después me dio la carta de Pedro Redgrave y mi respuesta, con su visto bueno, para que la llevara a composición.

En mitad del camino verifiqué que la carta de Pedro Redgrave no era la que yo le había enviado. El texto era otro:

Apreciado Nathanael, tu carta fue un bálsamo para mi corazón afligido. Me dio fuerzas para resistir. No haré ninguna locura, prometo que...

La carta terminaba ahí. Había sido interrumpida en la mitad. Extraño. No entendí. Había algo equivocado. Fui a mi mesa,

me senté y comencé a escribir la respuesta al Odontos Silva:

Quien no tiene dientes tampoco tiene dolor de dientes. Y como dijo el héroe de la conocida pieza *Mucho ruido y pocas nueces*, nunca hubo un filósofo que pudiera aguantar con paciencia un dolor de dientes. Además de eso, los dientes son también instrumentos de venganza, como dice el Deuteronomio: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. Los dientes son despreciados por los dictadores. ¿Recuerdas lo que dijo Hitler a Mussolini sobre un nuevo encuentro con Franco?: Prefiero arrancarme cuatro dientes. Temes estar en la situación del héroe de aquella obra *Todo está bien si al final nadie se equivoca*, sin dientes, sin gusto, sin todo. Consejo: ponte los dientes nueva-

mente y muerde. Si la dentellada no fuera buena, da puñetazos y puntapiés.

Estaba en la mitad de la carta del Odontos Silva cuando comprendí todo. Peçanha era Pedro Redgrave. En vez de devolverme la carta en que Pedro me pedía que mandara rezar una misa y que yo le había entregado junto con mi respuesta hablando sobre Oscar Wilde, Peçanha me entregó una nueva carta, inacabada, ciertamente por equivocación, y que debía de llegar a mis manos por correo.

Cogí la carta de Pedro Redgrave y fui a la oficina de Peçanha.

—¿Puedo entrar? —pregunté.

—¿Qué hay? Entra —dijo Peçanha.

Le entregué la carta de Pedro Redgrave. Peçanha leyó la carta y advirtiendo el equívoco que

había cometido, palideció, como era su natural. Nervioso, revolvió los papeles de su mesa.

—Todo era una broma —dijo después, intentando encender un puro—. ¿Estás disgustado?

—En serio o en broma, me da lo mismo —dije.

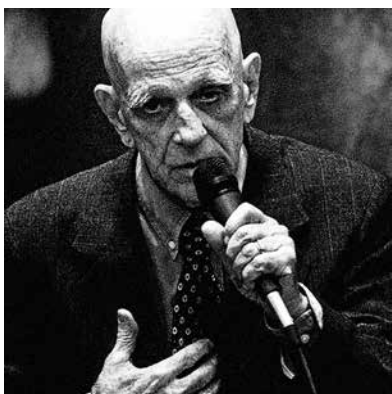
—Mi vida da para una novela... —dijo Peçanha—. Esto queda entre nosotros, ¿de acuerdo?

Yo no sabía bien lo que él quería que quedara entre nosotros, que su vida daba para una novela o que él era Pedro Redgrave. Pero respondí:

—Claro, solo entre nosotros.

—Gracias —dijo Peçanha. Y dio un suspiro que cortarí el corazón de cualquiera que no fuera un exreportero policial. ❀

«Corações Solitários»,
Feliz Ano Novo, 1975



Rubem Fonseca

Juiz de Fora, Minas Gerais, Brasil, 1925
Río de Janeiro, abril 2020

Escritor y guionista de cine brasileño. Se graduó en el área de la abogacía y se especializó en Derecho Penal, en 1948. El 31 de diciembre de 1952 inició su carrera en la policía, como comisario, en el 16º Distrito Policial, en São Cristóvão, en Río de Janeiro. Se dedicó a la enseñanza en la Fundación Getúlio Vargas, de Río de Janeiro, y estudió administración de empresas en las universidades de Nueva York y Boston.

Rubem Fonseca logró destacarse en el universo editorial desde los 38 años de vida, cuando publicó *Los prisioneros*, su primer libro. A partir de allí, su producción literaria nunca se detuvo; en trayectoria se destacan el Premio Pen Club de Brasil, la distinción otorgada por la Asociación de Críticos de San Pablo y los premios Camões y el de Literatura Latinoamericana y del Caribe, Juan Rulfo.

El collar del perro, *El caso Morel*, *El Gran Arte*, *Vastas emociones y pensamientos imperfectos*, *Agosto*, *Romance negro y otras historias*, *El hueco en la pared y Mandrake*, *la Biblia y el bastón*, entre otros, son algunas de las obras más famosas de este respetado exponente literario de la lengua portuguesa que se mantenía alejado de los medios de comunicación y se rehusaba a brindar entrevistas por considerar que «se debe leer la literatura prescindiendo totalmente del escritor». Falleció el 15 de abril de 2020.

Firmamento

PREMIO LA LINARES DE NOVELA BREVE 2020

(FRAGMENTO DE LA NOVELA)

■ Hans Behr Martínez



Otra mañana. Septiembre del 2014.
Oficina reservada en la casa blanca

— **D**igamos que fue un regalo —replicó el general Montgomery, que no había escatimado esfuerzo en acudir a la reunión con su traje azul eléctrico y toda su legión de medallas—, un regalo del cielo, literal. Cayó sobre nuestras cabezas. ¿Qué culpa tenemos de ser la nación escogida? ¿Por qué aquel objeto no fue a parar a otro lugar? ¿A Rusia o China? O a algún sitio remoto como el océano Antártico y nadie sabría de esto. No señor. Fue en nuestro territorio. Debido a esto, tuvimos la obligación de tomar decisiones y actuar. ¿Usted qué hubiera hecho?

—De momento —dijo el científico, o mejor dicho, la voz robótica que emergía del parlante incorporado a su silla de rueda— no sabemos lo que haya caído en otras regiones, pero estoy de acuerdo con ustedes. Lo que cayó aquí les corresponde. Los hechos acaecidos determinaron acciones a tomar, correctas o incorrectas. Por último, los que tomaron esas decisiones fueron los antecesores en el cargo, sus bisabuelos en la milicia, lo que, a mi modo de ver, los libera un poco de la responsabilidad.

—Estamos atados a ella mi querido Stephen Hawking —replicó el oficial, mientras retorció sus manos, como si le costara continuar con la explicación—, no podemos lanzar la culpa a otros y quedarnos como si nada.

—Imagino que se está refiriendo al incidente Roswell, uno de los primeros puntos del informe que recibí.

—Por supuesto —contestó un coronel con menos medallas en su traje, William Patterson, pero eso sí, brillantes—. Tiene una gran intuición.

—Bien, vayamos a lo que me compete, fue la razón por la que llamaron. Los seres desintegrados o desaparecidos.

El general de las manos movidas observó repentinamente a uno de los miembros de la mesa donde estaban sentados. Hizo una señal con los ojos, abriéndolos más de la cuenta, semejante al muñeco de un ventrílocuo, aparte de levantar la cabeza con ligereza como si un niño le hubiese propinado un golpe en el mentón. El receptor del mensaje, un científico local, realizó un movimiento hacia adelante con su silla, acomodándose, aunque no

tenía dónde avanzar, carraspeó una, dos veces, y empezó:

—Lo objetos fueron descubiertos el cinco de julio de 1947 para ser exactos, ya que cayeron la noche anterior durante una tormenta.

—Eso ya lo sabemos. Prosiga.

—Al principio, dos testigos, encontraron dos masas metálicas con la dureza del diamante, con forma de cubo, ocho centímetros por lado. Más tarde se encontró la tercera, envuelta en un mineral flexible, y por roca porosa, tipo asteroide. Las masas en mención cabían en una mano, y el impacto no las afectó. El meteorito, del tamaño de un pequeño camión, debió haber venido a una velocidad de 25 kilómetros por segundo. Al parecer, y como lo ha hecho también el hombre enviando sondas al espacio donde, entre varios temas, cuenta su historia, su música y arquitectura, fue un mensaje que recibimos de una inteligencia superior. Un mensaje de las estrellas. De eso no tenemos duda. Es como si uno se encontrara con el reloj de la fábula de la creación. El reloj no pudo formarse solo, a través de los años. Alguien debió dejarlo allí.

—¿Un reloj de oro?

El científico local sonrió.

—Así es. Gracias por hacerme notar. Prosigo. En base a un estudio minucioso, trabajando en una sala hermética para manipular los cubos, el hombre logró adelantos maravillosos. Si no lanzaba sus fucilazos extraños aparecía un holograma con sistema numérico determinado. Lo fuimos entendiendo, al holograma me refiero. Líneas horizontales, verticales, esferas y rectángulos que se juntaban con las líneas alternadamente. Descubrimos en el África un juego similar con el

que se divierten los niños y por allí empezamos.

—Décadas de investigación.

—Por cierto, hasta que se nos ocurrió la maravillosa idea del cubo Rubik. Fabricamos la historia: un rompecabezas mecánico tridimensional inventado dizque por el profesor húngaro Ernő Rubik en 1974, quien había colaborado con nosotros. 6 cm por cara, la gente lo aceptó, y a través de Ideal Toy vendimos más de 250 millones de unidades. Fue el juguete del año. ¿Lo ve? Este departamento de investigación tiró abajo los cálculos de todas las empresas de aquel mercado, las despedazamos. Hicimos concursos. E indirectamente tuvimos a millones de seres trabajando para nosotros, soñando con sus colores día y noche y maquinando cómo mierda resolver el artefacto, y no sólo resolverlo, sino que sea rápido y eficaz. Armarlo y desarmarlo. Llegaron las noticias, en Japón un niño, Isikawua, lo armó en seis minutos. Otro, en Ecuador, Andresito Suárez, una máquina, dos minutos dos segundos. Y así por el estilo. Revisamos videos, repetimos movimientos, entendimos nuestro 'artefacto' y hoy por hoy la humanidad se ha beneficiado. El ejemplo está en la tecnología, las redes inalámbricas que sirvieron tanto en la telefonía celular, en especial el *bluetooth*; ahora podemos pasar videos y fotografías en un santiamén a cualquier parte del mundo, algo imposible de haberlo pensado en la década de los cincuenta. Todo debido a ese 'objeto'. Y tiene aún cosas que no entendemos.

—Entiendo. Es lógico. Pero no creo que para escuchar eso me hayan hecho venir.

—Prosigas doctor, el interés es como las galletas que guarda un tonel de metal.

—Lo que he dicho es un preámbulo necesario a lo que vendrá. Me remito a julio de 1947. El primer hombre que encontró los restos fue un tal Mac Brazel con su hijo. Tuvo su oportunidad histórica. Como buen curioso revisó los metales alargados, las rocas, y manejó el objeto central, el cubo, lo giró dos, tres veces, no lo recuerda bien, y zuas, un rayo se disparó repentinamente y desaparecieron algunas ovejas.

—Y su perro Blacky.

—¿Cómo lo supo?

—Lecturas.

—Los científicos de aquella época tuvieron el mismo accidente media docena de veces, nunca pudieron domar al potro salvaje —agregó el general de las medallas limitadas y relucientes—. Por eso lo de la sala hermética. Sin embargo, un apuro, una acción fallida y zuas, de nuevo el chispazo luminoso que atravesaba paredes y desintegraba a quien o quienes estuviesen allí.

—¿Quiere decir que ese objeto desintegraba a las personas?

—Eso fue lo que pensamos al comienzo. Un arma letal. ¿Cuál sería su límite de alcance? No lo sabíamos. ¿Un hombre, una ciudad? Fuera de los involucrados que arriesgaban su vida por la ciencia, una vez perdimos a dos esposas de los generales que estaban observando los experimentos. Igual sucedió con una enfermera de la base. De esta última tuvimos que decir que la habíamos trasladado a Londres. Muchos periodistas siguieron la pista, sin efectos, de allí que el asunto se nos fue saliendo de las manos.

—Comprendo.

—Ese material no existe en la Tierra, lo bautizamos como *trigoltio* 5762. Los fenómenos fueron redactados con exactitud por el doctor Robert Miller, ya fallecido. Fue él quien despachó a un compañero mientras manipulaba el objeto. La víctima fue el doctor Brian Duster, quien se esfumó el 12 de diciembre de 1949.

Cayó sobre
nuestras cabezas.

¿Qué culpa
tenemos de ser la
nación escogida?

¿Por qué aquel
objeto no fue a
parar a otro lugar?

¿A Rusia o China?

O a algún sitio
remoto como el
océano Antártico
y nadie sabría de
esto.

Después hubo un silencio absoluto que duró varios minutos.

—Y el compañero Duster apareció hace poco, para nuestra sorpresa —sentenció el general Montgomery, agarrándose de la cabeza—. Pensábamos que la cosa se quedaba en la desintegra-

ción de moléculas. No ha sido así.

Es un traslado en el tiempo. ¿Recuerda el caso del hombre que apareció en la isla de Sheppey hace algunos años? ¿Lo recuerda? A 70 kilómetros de Londres. Bien, ese es nuestro tipo. Fue hallado con su camisa blanca y corbata refinada —era un dandi por cierto— caminando en la playa, boquiabierto e indocumentado. Parecía un borracho. Tenía amnesia y no hablaba nada. Emitía sonidos de pájaro. Le pusieron ‘El hombre pájaro’. Al mes agarró un lápiz y un papel y dibujó un piano. Le trajeron uno y tocó muy bien. Noche y día. Más salsa de misterio a la ensalada. Lo re-bautizaron como ‘Piano man’. Publicaron su foto en los diarios de varios países, nadie lo ubicaba. Acaparó la atención mundial, su origen era un enigma. Es más, su ropa tenía materiales de confección que no se utilizaban hacía más de cinco décadas. Lo dijeron en la prensa y aquello enloqueció a todos. Sus huellas dactilares no coincidían con ningún registro. Hasta que empezó a dibujar los símbolos que estaban en el metal flexible. Rayitas horizontales, verticales, unidas, separadas, círculos, rectángulos.

—Allí caímos en cuenta del embrollo y hablamos con el gobierno inglés, tuvimos que contar la verdad —replicó el otro oficial—. Era un asunto de alta seguridad. ‘Piano man’ podía hablar cualquier tontería. Lo entrevistamos. Ya había recuperado el habla. Parecía alguien con retraso mental pero abrió los ojos cuando le recordamos Roswell. Su rostro estaba en las fotografías de la época. Era el mismo doctor Duster, no había envejecido, no



presentaba una arruga, aunque debe haber sobrepasado ya los cien años. No soy médico, pero sospecho que morirá de un momento a otro, así como esos pajaritos que caen repentinamente de los árboles.

—Pensábamos que teníamos un desintegrador —insistió el científico local—. Lo que poseemos es una llave para abrir la puerta del tiempo, lo que siempre el ser humano ha deseado y escrito en innumerables novelas. Sin embargo, esto trastocó nuestros planes, en vez de ser un arma y una ventaja, es un perjuicio. Han pasado casi sesenta años y no hemos podido manejarla correctamente. Es como si la ‘cosa’ tuviera deseos propios. A lo mucho la tenemos en ‘pausa’. Por eso lo llamamos, para escuchar su explicación coherente, usted que ha estudiado tanto el tiempo.

Stephen pidió un café recargado, tipo arábico, le dijeron que no lo tenían, sino uno especial,

cultivado en una ciudad que cuenta con el mejor clima para el café: Loja. Él aceptó, ¿allí no es que viven un siglo? Dio dos sorbos, de inmediato su aprobación. Meditó por un momento extenso e incómodo debido a la presencia de los demás en la mesa. No tuvo otro remedio que cerrar los ojos.

Luego se expresó.

—Voy a hablar en pura hipótesis. La primera explicación que encuentro es que el meteorito atravesó en algún momento de su longeva vida, un agujero de gusano, una especie de túnel que aparece de manera inesperada en algún lugar del universo, y que conecta dos lugares distintos en el espacio y tiempo. El meteorito, digamos que artificial, cruzó aquel pasadizo y adquirió, de alguna forma, la cualidad de transportar a seres vivos en el tiempo. No he escuchado, en todo lo que han dicho que haya transportado cosas, a lo mucho la ropa con que estaba Duster, acaso consideró que era

una extensión de su persona.

—¿Nos quiere decir que ‘eso’ está vivo?

—No precisamente. Actúa semejante a una computadora, como si tuviese un chip de memoria al que no tenemos acceso. Mi segunda hipótesis, temible, es que ustedes hayan dado en el blanco: es un mensaje de seres inteligentes. Nos han invitado a jugar y estamos perdiendo. Si aún existen, ya deben saber de nosotros, no dudo que el objeto haya enviado nuestra posición exacta. Es probable que estén en camino. No sabemos con qué fines. Ese cubo puede, a la larga, ser el fin de la humanidad.

—Hemos logrado ciertos avances —añadió el general Montgomery, quien de seguro se había pasado toda la tarde anterior lustrando sus estrellas y condecoraciones con zumo de limón—. Lo tenemos controlado. Lo hemos cubierto con una aleación de estaño y cobalto. Así se lo

El meteorito, del tamaño de un pequeño camión, debió haber venido a una velocidad de 25 kilómetros por segundo. Al parecer, y como lo ha hecho también el hombre enviando sondas al espacio donde, entre varios temas, cuenta su historia, su música y arquitectura, fue un mensaje que recibimos de una inteligencia superior.

puede manipular sin mucho riesgo, pero al mismo tiempo perdemos sus cualidades. Es como una pistola dentro de su estuche. De allí, los rumores crearon el mito de los extraterrestres, de la nave espacial, de las autopsias a hombrecitos grises, en fin, nosotros simplemente le seguimos la corriente. Contratamos testigos falsos, se grabó un par de videos y los soltamos por allí, el resto es historia.

—La famosa Área 51.

—Correcto Así es mi estimado amigo. Allí tenemos uno de los cubos, el de mayor tamaño. Podemos trabajar con los hologramas. Apenas sabemos el diez por ciento de su uso. El otro está en el Pentágono. Y el tercero en una pequeña población de Sudamérica.

—¿Sudamérica?

—Así es, en la caja fuerte de un banco. Lo tenemos monitoreado.

A Stephen se le abrieron los ojos. Una chispa, una idea primera saltó dentro de ellos. Luego, en el humor acuoso de sus pupilas empezó a formarse, rápida e implacablemente, una ola gigantesca, así como ocurre en el mar, cuando se juntan algunos oleajes,

acá en cambio, eran las ideas que alimentaban aquel inmenso volumen, ideas cósmicas, una lluvia de estrellas, ideas que formarían un muro compacto e indetenible, que arrasaría con todo lo que se le cruzara en su camino.

—¿Insisto, por qué una pequeña población de Sudamérica?

—Es una larga historia. Simplemente porque allí, en el Oriente ecuatoriano, se encontraron en unas cuevas, placas metálicas con los mismos códigos. También están en las paredes. Y el cubo tiene un buen 'comportamiento' al estar cerca de ellos. Lo confirmó Armstrong, el astronauta, los mismos signos que vio en la luna estaban allí en la cueva de Los Tayos. Cada tres meses, un grupo de investigadores acude a la ciudad, Macas, se dirigen a las cuevas y realizan, en base a lo que sabemos, algunas pruebas.

—¿Pruebas distintas a las que han venido realizando?

El general Montgomery cerró sus labios. Era notorio que fue inoportuno. Miró a sus colegas, levantó sus manos e hizo una mueca de resignación como diciendo qué más queda. Y continuó.

—Avances en inteligencia artificial, algoritmos. La cueva de los Tayos es el lugar perfecto. El problema es la radiación que genera el cubo. Nuestros hombres deben trabajar a intervalos de tres meses.

—He leído sobre aquel lugar. ¿Qué otros enigmas estarán allá afuera, esperándonos? ¿Cuál es el plan a futuro?

—Se ha concluido dos cosas. En base a las pérdidas humanas que hemos tenido a lo largo de los años y al peligro que representa, vamos a deshacernos de los tres cubos. Se construirá una sonda, donde se los colocaría. Si logra atravesar el cinturón de asteroides su viaje será sin regreso.

—Y nos olvidamos del problema.

—¡Capishi! Nos olvidamos. Nos ha dado beneficios, pero podemos encontrar el fin. Nos regalaron un perrito. El perrito creció. Se volvió intratable, lo quisimos amaestrar, mordió a los entrenadores, y ahora, adulto, es un riesgo. No queda otra que regresarlo a su dueño —replicó el general, sonriendo.

—¿Para cuándo tienen previsto tener la sonda espacial que llevará nuestro pasajero?

—Teniendo en cuenta lo que se tomó construir a Curiosity, más las pruebas requeridas, en el 2022.

—Estamos a ocho años. Quisiera una entrevista con el doctor Duster.

—Por supuesto.

—Y no quisiera morirme sin ver ese cubo. Tomarle fotografías. 📷



Hans Behr Martínez
Guayaquil, Ecuador - 1962

Ha escrito más de una docena de libros. Ganador de algunos reconocimientos, entre los más importantes: Premio Senac por su libro de cuentos *Circo* (1990), Aurelio Espinosa Pólit por su novela *Maratón* (2010), Ángel F. Rojas por sus novelas *Los senderos de Emaús* y *Las luces de la felicidad* (2000 y 2014 respectivamente), Premio Darío Guevara por su obra juvenil *Viaje al cráter Ngorongoro* (editorial SM, 2015). Uno de los reconocimientos Prefectura del Pichincha por su libro de cuentos *Errantes y embusteros* (2013). Ha incursionado en la literatura infantil y juvenil, una de sus obras más significativas es *Casita Casona Casuna* (Loqueleo, 2019) que cumplirá 10 años en el mercado. Recientemente Des Nouvelles d'Ailleurs publicó de manera digital en Francia su obra *El día en que murió el solitario George*. En el 2019 fue uno de los ganadores en la presentación de proyectos artísticos y literarios con el IFAIC (Instituto de Fomento de las Artes, Creatividades e Innovación), con su libro de cuentos *Fabulosos*. Ese mismo año la editorial SM sacó a luz su libro de cuentos *Segundo de a bordo*. De próxima aparición: *El inesperado viaje de Amelia* (Editorial Prolipa), y la novela *El Custodio* (Loqueleo), ambos para público juvenil. Figura en varias antologías nacionales e internacionales, es articulista de la revista de la Casa de la Cultura Núcleo de Loja y trabaja como Administrador de Biblioteca en el Colegio Torremar.

Crónica para jaibas y cangrejos

PREMIO LA LINARES DE NOVELA BREVE 2020

(FRAGMENTO DE LA NOVELA)

■ Dalton Osorno



Códice 2

En el filón de la Planchada se divisaba más que la tarde la noche, la tarde era cegadora y la noche plenamente ciega cubría todo cuando ellas arrancaron con sus pendencias:

Calleja.- ¿No sé por qué contrarías mis habladas?

Ciudad.- ¿Cuánta engañifa brota de tu boca, para no decir nada de nada, porque así es tu vida: víbora de muladar?

Calle.- ¿Qué estás murmurando, lengua serpentina?

Ciudad.- ¿Qué te has imaginado, callejuela de manibla, bordionas y azaceles?

Calle.- ¡Caray!, ¿de dónde te afloró esa palabrería: si apenas eres un remedo de aldea maloliente?

Ciudad.- ¿Quién diablos te crees, pelada pendanga?

Calle.- ¡Recuerda bien que en este humedal hemos nacido y hemos de sucumbir por el destino que nos encadena!

Ciudad.- ¿Y qué sabes de nuestra existencia? «Tú no sabes nada de la vida. Tú no sabes nada del amor. Eres como un ave a la deriva que vas por el mundo sin razón», como afirma el bolero que suena en la rocola de Generoso Martínez.

Calle.- ¡Qué manía de andar repitiendo canciones de la Olga Guillot para esto y para aquello!

Ciudad.- Vida y melodías se juntan casi siempre.

Calle.- Fatal arcano: así lo profetizó la gitana de melados ojos, también lo confirmó Ventair con los signos de su tarot. (Pero ella jamás debe sospechar que consulto mi destino con el poeta cartomántico Gonzalo Espinel Cedeño).

Ciudad.- Yo soy la que te llevo en mis entrañas y te guardo cual castigo de tus fermentados demonios.

Calle.- ¡Caray y hasta traes a los demonios aquí!

Ciudad.- Agüeros de vagabunda de pies descalzos y ojos saltones que hablaba y hablaba de...

Calle.- Nada sabes de nuestra existencia, ¿nada?

Ciudad.- ¡Y tú, acaso, todo lo sabes en verdad!

Calle.- Lo nuestro te lo han mal referido tus engañadores de siempre.

Ciudad.- Palabras, simplemente palabras, lanzadas al olvido ¡Eureka!: Olvido debería ser tu real apelativo.

Calle.- Tú no eres nada de nada, no has sido nada mía y nunca lo serás en esta bendita tierra, en el soñado cielo o en las oscuras tinieblas donde Satán te espera con los brazos abiertos.

Ciudad.- ¡Qué horror, Padre y Señor mío: ampara-me, protégeme y cuídame de esta pécora-pecadora que me quiere lapidar con su rayo palabrero!

Calle.- Y, ¡ya basta!, de pretender acallarme con tu labia santurrona de manta, escarpas, misa de gallos...

Ciudad.- Vida y melodías se juntan casi siempre.

Calle.- Fatal arcano: así lo profetizó la gitana de melados ojos, también lo confirmó Ventair con los signos de su tarot. (Pero ella jamás debe sospechar que consulto mi destino con el poeta cartomántico Gonzalo Espinel Cedeño).

Ciudad.- ¡Gorjea de una vez por todas!

Calle.- ¡Yo no he venido a pedirte el don del habla: simulada señorona!

Ciudad.- Y, entonces, ¿qué simulas ahora, mondaría de fangal?

Calle.- Yo he venido hasta aquí para desmentir todas tus ignominias, esclarecer mi naturaleza y amorrar tu charlatanería de supuesta matrona del regato.

Ciudad.- ¡Qué insolencia, qué desfachatez: hablarle así a La Perla de los Mares!

Calle.- Entonces, ya es hora, que rebuznen los tuyos: digo los cronistas que falsearon tu verdadero origen; esos viajeros que pintaron tus hechizos con

extrañas lenguas; que den cuenta los piratas que te saquearon tantas veces; que digan su canto los trovadores que te orlaron con facundia; que exhiban sus calcados trazos quienes te diseñaron a su antojo; que transmitan los nativos en lengua quechua aquella leyenda sangrienta; que lean sus forjadas actas los que te fundaron tantas veces: que por veces tantas hemos liado la exactitud de las cuentas.

Ciudad.- ¡Calla, calleja inmunda, revestida de estulticia arrogante!

Calle.- Tan inmunda e infatuada de la nada eres tú, remedo de aldea pestilente, pero callaré por esta vez, para que argumenten mis acólitos. Tiene la palabra la primera comadrona, digo doña Cipriana Dueñas de Casanueva, quien todo lo sabe desde nuestro nacimiento; que replique el sagaz joyán, guardador de secretos que deben divulgarse; que griten los pregoneros su proclama de feria; que las marañas desaten sus lenguas; que coberteras y canacas develen sus andanzas; que los chapas, comisarios y jueces sableadores hagan sus consabidos cálculos.

Ciudad.- ¡Chito chitón, atrevida churriana, que ya es tiempo de ajustar cuentas en honor a la verdad!

Calle.- ¿De qué cuentas y cuentos habla la matrona?

Ciudad.- De aquella felonía que tejes contra mí cada noche en tu cuartucho con el palabrista que te arrejuntas hasta que canta el primer gallo en la rinconada.

Calle.- Nada sabes de la vida, amoríos, pactos y cubriciones, porque así de pequeñísimo es tu entendimiento.

Ciudad.- Yo lo sé todo, porque hasta aquí viene la feligresía y todo me lo cuenta.

Calle.- Yo no creo, no he creído y no creeré en el ardid de tu charlatanería que a nadie ha convencido y a nadie convencerá en la calle de los placeres y en ciudad del río y el estero que también fue vulgo de cogederas.

Ciudad.- ¡Albricias y epifanías de desmirlada que anda dictando cátedra de honestidad y geografía!

Calle.- Yo no puedo dar crédito a los hijos de la selemba infamia que en un suspiro te inventaron historia, territorio, pobladores y nombradía.

Ciudad.- ¡Tanta desfachatez, tanta infamia que lacera mis oídos!

Calle.- Pero, aquí, ¿quién habla de infamia y desfachatez?

Ciudad.- Amorra, mísera tusona de olvidos.

Calle.- ¡Y ahora hasta mientas los olvidos!

Ciudad.- ¡Silencia tu pérfida boca para siempre: amén y aleluya!

Calle.- Abracadabra pata de cabra, lanzó el cirquero, y como mal agorero nada sacó de su negro sombrero.

Ciudad.- Ahora me resultaste encantadora de culebras, moscona marrullera.

Calle.- Abracadabra, digo yo, y que se abran las palabras para los tuyos y para los míos de una vez por todas en esta tierra de nadie.

C i u d a d . - Pamplinas, hurgadora, ahora andas alegando que soy la tierra de nadie: ¿quién es tierra?, ¿y quién es nadie aquí?

Calle.- ¿A quién le dices hurgadora?

Ciudad.- A ti, víbora ponzoñosa de arrabal de precio, porque cobras por esto, también cobras por aquello, por todo lo tuyo cobras y recobras el caire del oficio de los cuerpos.

Calle.- ¿Acaso no sabes que todo quehacer tiene su recompensa?

Ciudad.- Tu precio es el desprecio de la grey porteña.

Calle.- Ya dejaste en borrón y cuenta nueva alcabalas, impuestos, viáticos, permisos, trámites por los que recaudas cada día. ¿Cobranzas del concejo?

Ciudad.- Y, ahora, hasta me resultas sabedora de términos para maquillar tu jerga de víbora maldiciente.

Calle.- ¡Y, aún, continúas maldiciéndome!

Calle.- Nada sabes
de la vida, amoríos, pactos
y cubriciones, porque así de
pequeñísimo es tu entendimiento.

Ciudad.- Yo lo sé todo, porque
hasta aquí viene la feligresía y
todo me lo cuenta.

Ciudad.- Jerga, verdades y maldiciones que dicen tu verdad.

Calle.- Empero, ¿tú conoces el sentido exacto de aquella palabra como la horma en el zapato, pequeña Cenicienta?

Ciudad.- ¡Cenicienta!, ¿quién es la verdadera Cenicienta?

Calle.- ¿A quién le caen las cenizas?, si hasta te llaman lar de los incendios.

Ciudad.- Una ínclita ciudad jamás bajará al bañal de tus vituperios, calleja inmunda, que hasta trocaste tu alias por miedo a reconocerte en la misma esencia de viras y padrotes.

Calle.- ¿Qué sabes de ciertos vocablos y su origen que te dan origen?

Ciudad.- ¿Vocablos y origen?

Calle.- ¿Qué sabes del significado y procedencia de cada término de tu dictado?

Ciudad.- ¡Términos de mi nombre!

Calle.- Tu nombre repito: Muy Noble y Muy Leal ciudad de Santiago de la Culata, tal y como te llamaron los fundadores.

Ciudad.- ¿Y con qué fantaseas ahora?

Calle.- Nombre o apodo, porque tu remoquete es como una tela de arañas forjada de mitos y san-

tería, vaivén de geografías, corriente de marejadas, tantos asentamientos, semántica de alias con gracia que desgracia la pulida contraseña fraguada por íberos y lugareños.

Ciudad.- ¡Cuántas imprecaciones he de soportar, vulgar pizarra de calle 18!, pero sé que arderás en el averno con tu lengua que a cada instante me maldice por envidia.

Calle.- Gazmoñerías, la matrona del señorío, hablando pulidita para esconder su apariencia de quimera que arrastra una cola de fuego como la del cometa Halley que nunca se ha dividido por estas tierras empedradas de olvidos y dilaciones.

Ciudad.- ¡Aplazamientos y omisiones!

Calle.- Vaya, vaya, ¿quién habla de olvidos?

Ciudad.- ¡Y todavía parlosteas!

Calle.- Bien sabes que habíamos...

Ciudad.- Yo, no sé nada de nada de tu infamante cuento.

Calle.- Mira, mira bien, todos se han esfumado porque aquí está rayando la madrugada y la gente arranca con sus quehaceres.

Ciudad.- Pero creía...

Calle.- ¡Vamos, vamos caminando que el tiempo nos quedó muy corto! 🌀



Dalton Osorno
Jipijapa - 1958)

Poeta, narrador, crítico literario y maestro universitario. Licenciado en Literatura y Castellano por la Universidad Estatal de Guayaquil y máster en Proyectos Educativos y Sociales. Ha publicado el libro de cuentos *El vuelo que me dan tus alas* (1988) y los poemarios *Visión de la ciudad* (1996); *Palíndromo* (1997); *Amantazgos* (2000), que obtuvo Mención de Honor en la Bienal César Dávila Andrade; *No hay peor calamidad, desfachatez, infatuamiento que un poeta enamorado* (2003), con el que ganó el Premio Único del VII Concurso Nacional de Literatura M. I. Municipalidad de Guayaquil; y, *Duración del esfumato* (2017). Fue el compilador de los poemas del libro *El zaguán de aluminio* (1982) del poeta vanguardista Hugo Mayo. Es coautor de la compilación *El escote de lo oculto, Antología del relato prohibido* (2006). Sus relatos aparecen en *Antología básica del cuento ecuatoriano* de Eugenia Viteri (1998) y *40 cuentistas ecuatorianos* de Carlos Calderón Chico (1998). Poemas suyos se encuentran incluidos en *Lengua, me has vencido, Antología de poesía bilingüe* (2017). Actualmente, ya jubilado, reside en Salinas, Santa Elena, y prepara un libro de narrativa. El 23 de abril ganó el primer premio La Linares de novela breve 2020 con *Crónica para jaibas y cangrejos*.

John F. Galindo

POESÍA

La realidad es un asunto menor

todo empieza con un error

todos nuestros dolores son dolores perdidos

somos seres finitos, como cordones que se enredan o como esas mañanas en las que mi

madre airea sus tristezas y piensa en mí. Y también es finita la sed que hay en nosotros; así

los objetos y los manantiales y el yo qué sé de todas las cosas (que puede ser dios o un tubo galvanizado sobre un trozo de madera)

insistan en creernos deudas

los golpes como el saldo en rojo del destino ilustran la posibilidad básica del individuo con respecto a creer que es emocionante:

- a. estrenar lavadora
- b. perder los dedos apostando al fútbol nicaragüense
- c. prenderse fuego

el destino no te llama por tu nombre; el destino siempre sale de golpe de un callejón vestido con gabardina y al enseñarte lo que esconde descubres un aparato extraño para arrancar conquistas

por lo demás, fuera de uno no pasan demasiadas cosas

El capitalismo se ha comido a mi perro

Con el propósito de lamentarme, pongo aquí el ejemplo de una oración escrita sobre la tirilla de la compra

que

mide 426 kilómetros de largo —la distancia exacta entre este yo y mi yo que ya no existe— y que está escrita en un lenguaje futuro por un lado y por el otro conserva una carta de despedida firmada por mi perro

que

habita ahora las entrañas de ese monstruo que patrulla nuestras calles por la noche y asesina las esquinas y las sombras

Acabo de realizar la típica compra de un hombre obsesionado con la muerte

Nada poseemos ni aquí ni en ninguna parte —porque el azar nos lo ha quitado todo—, salvo el poder de decir yo

salvo la destrucción del yo

rendirse en el pasillo de los lácteos

extasiarse con el ladrido lejano del mercado

Cuanto más real es el deseo de justicia, más violenta es la rebelión del alma tan solo comparable a un cuerpo vivo que se quema con el fuego

Todos los inicios comienzan con una suposición

Quédate con lo que no existe. Cada piedra es una montaña en el universo de lo mínimo. Lo invisible es un inicio. Hay un final, pero no es aquí. Por el momento duerme. Brilla. La lava se solidifica en algún rincón del pensamiento. Se quema lentamente. Siempre merodeando, siempre en contra. La imagen de la contradicción en la materia es el choque de fuerzas opuestas. La luna llena, la última que vimos juntos, es también una piedra que flota que se entristece y se hace sombra y se rompe ese mecanismo productor del paraíso

Una de las cosas más hermosas de las piedras rotas es la luz que dejan asomar por cada una de sus grietas



Un improbable poema de amor escrito en el foso de las serpientes

Un acercamiento inicial puede sugerirnos una idea a partir de la cual intentar este poema:

- A. Dios es una motosierra
- B. Una falla en la máquina
- C. Una grieta por donde escapar

Con base en lo anterior podemos prescindir de las vísceras, del corazón o de esa cabeza que flota en el río

Quisiera haber sido un hombre bomba;
estampar mi piel en las paredes del Senado,
cargarme a un montón de enemigos, volver victorioso,
dormir abrazando mi cinturón de dinamita
soñar con ángeles.

Escribir un improbable poema de amor asomado a la ventana mientras pienso en ti,
irremediablemente vencido por la muerte,
torturado aún por los fantasmas que dejamos dormidos
en aquel espantoso rincón del paraíso
donde las serpientes bailan y se hacen hembras,
sombras hermosas
flores blancas
Cadáveres de un tiempo en que no seremos más que otro papel arrugado

Tengo que comprar ropa para funerales

A nuestra manera todos somos culpables
todos aportamos nuestro pequeño grano de arena para mantener la estabilidad de los mercados
y sin embargo nunca hay que necesitar nada que no quepa en una bolsa plástica
La búsqueda activa de la nada es perjudicial. La búsqueda lleva al error.
Y lo mismo puede decirse respecto a cualquier clase de aire que uno insista en respirar
si bien la principal causa del dolor lumbar es no tener *flow*
no debe haber esfuerzo muscular para evitar las sacudidas del mal
Las nociones de gracia por posición a virtud voluntaria hablan de la eficacia de la espera y el deseo
de los pasadizos de escape y las salidas de emergencia que están dentro del cuerpo
que se vela
y se entierra

Existir es actuar, quizá comprar, ahora, a partir del momento en que actúo y compro, se me aparece que no me
basta a mí mismo. Sufro, deseo, dudo, ignoro, me muevo; son siempre maneras de decir que lo que soy no me
satisface, no necesita de mi permiso para ser yo; lo que soy, lo que padezco

Y entonces me desintegro
Nombro la belleza del mundo
Bailo y me entumezco
Y más allá de donde nacen las piedras
Saber que la estructura es el fantasma
que más allá de toda imprecisión existe una palabra
otra certeza
en los oscuros bolsillos de dios
un dios que ha muerto
nada ☉



John F. Galindo

Bucaramanga, Colombia – 1978

Ganador del Premio Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia, 2006. Su libro *Ventanas de otros días* recibió el IV Premio de Impulso a la Poesía Joven Colombiana (2007). Ganador del concurso Nacional de Poesía Relata, Min. Cultura (2012). Su libro *Lavar la culpa* recibió el Premio Nacional de Poesía Tomás Vargas Osorio en 2016. Su novela *Aviones que se estrellan contra todo* recibió la Beca Bicentenario de Creación 2019. En 2020 Recibió el Premio del XXX Festival Internacional de Poesía de Medellín. Cuentos y poemas suyos han aparecido en publicaciones nacionales e internacionales y en diversas antologías. Ha publicado los libros *Ventanas de otros días* (Ediciones UIS 2008), *Karaoke Demon* (Ediciones UIS 2012) y [L] (Editorial Cuatro Colectivo Editores 2013), *No hace falta que te digan que te quites* (Ambidiestro Taller editorial 2017) y *Aviones que se estrellan contra todo* (Editorial Lugar Común 2019).

El entierro

■ Amparo Dávila



A Julio y Aurora Cortázar

Volvió en sí en un hospital, en un cuarto pequeño donde todo era blanco y escrupulosamente limpio, entre tanques de oxígeno y frascos de suero, sin poder moverse ni hablar, sin permiso de recibir visitas. Con la conciencia vino también la desesperación de encontrarse hospitalizado y de una manera tan estricta. Todos sus intentos de comunicarse con su oficina, de ver a su secretaria, fueron inútiles. Los médicos y las enfermeras le suplicaban a cada instante que descansara y se olvidara, por un tiempo, de todas las cosas, que no se preocupara por nada. —«Su salud es lo primero, descansa usted, repose, repose, trate de dormir, de no pensar...»—. Pero, ¿cómo dejar de pensar en su oficina abandonada de pronto sin instrucciones, sin dirección? ¿Cómo no preocuparse por sus negocios y todos los asuntos que estaban pendientes? Tantas cosas que había dejado para resolver al día siguiente. Y la pobre Raquel sin saber nada... Su mujer y sus hijos eran acompañantes mudos. Se turnaban a su cabecera pero tampoco lo dejaban hablar ni moverse. —«Todo está bien en la oficina, no te preocupes, descansa tranquilo»—. Él cerraba los ojos y fingía dormir, daba órdenes mentalmente a su secretaria, repasaba

todos sus asuntos, se desesperaba. Por primera vez en la vida se sentía maniatado, dependiendo sólo de la voluntad de otros, sin poder rebelarse porque sabía que era inútil intentarlo. Se preguntaba también cómo habrían tomado sus amigos la noticia de su enfermedad, cuáles habrían sido los comentarios. A veces, un poco adormecido a fuerza de pensar y pensar, identificaba el sonido del oxígeno con el de su grabadora, y sentía entonces que estaba en la oficina dictando como acostumbraba hacerlo, al llegar por las mañanas; dictaba largamente hasta que, de pronto y sin tocar la puerta, entraba su secretaria con una enorme jeringa de inyecciones y lo picaba cruelmente; abría entonces los ojos y se encontraba de nuevo allí, en su cuarto del hospital.

Todo había empezado de una manera tan sencilla que no le dio importancia. Aquel dolorcillo tan persistente en el brazo derecho, lo había atribuido a una simple reuma ocasionada por la constante humedad del ambiente, a la vida sedentaria, tal vez abusos en la bebida... tal vez. De pronto sintió que algo por dentro se le rompía, o se abría, que estallaba, y un dolor mortal, rojo, como una puñalada de fuego que lo atravesaba; después la caída, sin gritos, cayendo cada vez más hondo, cada vez más negro, más hondo y más negro, sin fin, sin aire, en las garras de la asfixia muda.

Después de algún tiempo, casi un mes, le permitieron irse a su casa, a pasar parte del día en un sillón de descanso y parte recostado en la cama. Días eternos sin hacer nada, leyendo sólo el periódico, y eso después de una

gran insistencia de su parte. Contando las horas, los minutos, esperando que se fuera la mañana y viniera la tarde, después la noche, otro día, otro, y así... Aguardando con verdadera ansiedad que fuera algún amigo a platicar un rato. Casi a diario les preguntaba a los médicos con marcada impaciencia, cuándo estaría bien, cuándo podría reanudar su vida ordinaria. —«Vamos bien, espere un poco más». —«Tenga calma, estas cosas son muy serias y no se pueden arreglar tan rápidamente como uno quisiera. Ayúdenos usted...»—. Y así era siempre. Nunca pensó que le llegara a pasar una cosa semejante, él que siempre había sido un hombre tan sano y tan lleno de actividad. Que tuviera de pronto que interrumpir el ritmo de su vida y encontrarse clavado en un sillón de descanso, allí en su casa, adonde desde algunos años atrás no iba sino a dormir, casi siempre en plena madrugada; a comer de vez en cuando (los cumpleaños de sus hijos y algunos domingos que pasaba con ellos). En la actualidad sólo hablaba con su mujer lo más indispensable, cosas referentes a los muchachos que era necesario discutir o resolver de común acuerdo, o cuando tenían algún compromiso social, de asistir a una fiesta o de recibir en su casa. El alejamiento había surgido a los pocos años de matrimonio. Él no podía atarse a una sola mujer, era demasiado inquieto, tal vez demasiado insatisfecho. Ella no lo había comprendido. Reproches, escenas desagradables, caras largas..., hasta que al fin acabó por desentenderse totalmente de ella y hacer su vida como mejor le complacía. No hubo divorcio; su

mujer no admitía esas soluciones anticatólicas, y se concretaron sólo a ser padres para los hijos y a cumplir con las apariencias. Había llegado a serle tan extraña que ya no sabía qué platicarle ni qué decirle. Ahora ella lo atendía con marcada solicitud, que él no llegaba a entender si era todavía un poco de afecto, sentido del deber, o tal vez lástima de verlo tan enfermo. Como fuera, se encontraba bastante incómodo ante ella, no porque sintiera remordimientos de ninguna especie (nunca había tenido remordimientos en la vida), sólo su propio yo tenía validez, los otros funcionaban en relación con su deseo.

Pocos amigos lo visitaban. Los más íntimos: —«¿cómo te sientes?»—, «—¿qué tal va ese ánimo?»—, —«hoy te ves muy bien»—, —«hay que darse valor, animarse»—, —«pronto estarás bien»—, —«tienes muy buen semblante, no pareces enfermo»— (entonces sentía unos deseos incontrolables de gritar que no estaba enfermo del semblante, que cómo podían ser tan imbéciles), pero se contenía; lo decían seguramente de buena fe, además no era justo portarse grosero con quienes iban a platicar un rato con él y a distraerlo un poco. Esos momentos con sus amigos y los ratos que pasaba con sus hijos cuando no iban a clases, eran su única distracción.

Todos los días aguardaba el momento en que su mujer se metía bajo la regadera, entonces descolgaba el teléfono y en voz muy baja le hablaba a Raquel. A veces ella le contestaba al primer timbrazo; otras tardaba; otras no contestaba, él imaginaba entonces cosas que lo torturaban terri-

blemente: la veía en la cama, en completo abandono, acompañada todavía, sin oír siquiera el timbre del teléfono, sin acordarse ya de él, de todas sus promesas... En esos momentos quería aventar el teléfono y las mantas que le calentaban las piernas, y correr, llegar pronto, sorprenderla (todas eran iguales, mentirosas, falsas, traidoras, «el muerto al hoyo y el vivo al pollo», miserables, vendidas, cínicas, poca cosa, pero de él no se burlaría, la pondría en su lugar, la botaría a la calle, adonde debía estar, la enseñaría a que aprendiera a comportarse, a ser decente, se buscaría otra muchacha mejor y se la pondría enfrente, ya vería la tal Raquel, ya vería...). Pálido como un muerto y todo tembloroso, pedía a gritos un poco de agua y la pastilla calmante. Otro día ella contestaba el teléfono rápidamente y todo se le olvidaba.

Los días seguían pasando sin ninguna mejoría. —«Debe usted tener paciencia, ésta es una cosa lenta, ya se lo hemos dicho, espere un poco más»—. Pero él empezó a observar cosas bastante evidentes: las medicinas que disminuían o se tornaban en simples calmantes; pocas radiografías, menos electrocardiogramas; las visitas de los médicos cada vez más cortas y sin comentarios, el permiso para ver a su secretaria y tratar con ella los asuntos más urgentes; la notable preocupación que asomaba a los rostros de su mujer y de sus hijos; su solicitud exagerada al no querer ya casi dejarlo solo, sus miradas llenas de ternura... Desde algunos días atrás su mujer dejaba abierta la puerta de la recámara, contigua a la de él, y varias veces durante la noche le daba vueltas

con el pretexto de ver si necesitaba algo. Una noche que no dormía la oyó sollozar. No tuvo más dudas entonces, ni abrigó más esperanzas. Lo entendió todo de golpe, no tenía remedio y el fin era tal vez cercano. Experimentó otro desgarramiento, más hondo aún que el del ataque. El dolor sin límite ni esperanza de quien conoce de pronto su sentencia y no puede esperar ya nada sino la muerte; de quien tiene que dejarlo todo cuando menos lo pensaba, cuando todo estaba organizado para la vida, para el bienestar físico y económico; cuando había logrado cimentar una envidiable situación; cuando tenía tres muchachos inteligentes y hermosos a punto de convertirse en hombres, cuando había encontrado una chica como Raquel. La muerte no estuvo nunca en sus planes ni en su pensamiento. Ni aun cuando moría algún amigo o algún familiar pensaba en su propia desaparición; se sentía lleno de vida y de energías. ¡Tenía tantos proyectos, tantos negocios planeados, quería tantas cosas! Deseó ardientemente, con toda su alma, encontrarse en otro día, sentado frente a su escritorio dictando en la grabadora, corriendo de aquí para allá, corriendo siempre para ganarle tiempo al tiempo. ¡Que todo hubiera sido una horrible pesadilla! Pero lo más cruel era que no podía engañarse a sí mismo. Había ido observando día a día que su cuerpo le respondía cada vez menos, que la fatiga comenzaba a ser agobiante, la respiración más agitada.

Aquel descubrimiento lo hundió en una profunda depresión. Así pasó varios días, sin hablar, sin querer saber de sus



negocios, sin importarle nada. Después, y casi sin darse cuenta, empezó, de tanto pensar y pensar en la muerte, a familiarizarse con ella, a adaptarse a la idea. Hubo veces en que casi se sintió afortunado por conocer su próximo fin y no que le hubiera pasado como a esas pobres gentes que se mueren de pronto y no dan tiempo ni a decirles «Jesús te ayude»; los que se mueren cuando están durmiendo y pasan de un sueño a otro sueño, dejándolo todo sin arreglar. Era preferible saberlo y preparar por sí mismo las cosas; hacer su testamento co-

rrectamente, y también ¿por qué no? dejar las disposiciones para el entierro. Quería ser enterrado, en primer lugar, como lo merecía el hombre que trabajó toda la vida hasta lograr una respetable posición económica y social y, en segundo término, a su gusto y no a gusto y conveniencias de los demás. «Ya todo es igual, para qué tanta ostentación, son vanidades que ya no tienen sentido», eso solían opinar siempre los familiares de los muertos. Pero para quien lo dejaba todo, sí tenía sentido que las dos o tres cosas últimas que se llevaba

fueran de su gusto. Empezó por pensar cuál sería el cementerio conveniente. El inglés tenía fama de ser el más distinguido y por lo tanto debía ser el más costoso. Allí fue a enterrar a dos amigos y no lo encontró mal ni deprimente; parecía más bien un parque, con muchas estatuas y prados muy bien cuidados. Sin embargo se respiraba allí una cierta frialdad establecida: todo simétrico, ordenado, exacto como la mentalidad de los ingleses y, para ser sincero consigo mismo, nunca le habían simpaticado los ingleses con su eterna careta de sereni-

De pronto sintió que algo por dentro se le rompía, o se abría, que estallaba, y un dolor mortal, rojo, como una puñalada de fuego que lo atravesaba; después la caída, sin gritos, cayendo cada vez más hondo, cada vez más negro, más hondo y más negro, sin fin, sin aire, en las garras de la asfixia muda.

dad, tan metódicos, tan puntuales, tan llenos de puntos y comas. Siempre le costó mucho trabajo entenderlos las ocasiones en que tuvo negocios con ellos; eran minuciosos, detallistas y tan buenos financieros que le producían profundo fastidio. Él, que era tan decidido en todas sus cosas, que se jugaba los negocios muchas veces por pura corazonada, que al tomar una decisión había dicho su última palabra, que cerraba un negocio y pasaba inmediatamente a otro, no soportaba a aquellos tipos que volvían al principio del asunto, hacían mil observaciones, establecían cláusulas, imponían mil condiciones, ¡vaya que eran latosos!...

Mejor sería pensar en otro cementerio. Se acordó entonces del Jardín, allí donde estaba enterrada su tía Matilde. No cabía duda de que era el más bonito: fuera de la ciudad, en la montaña, lleno de luz, de aire, de sol (por cierto que no supo nunca cómo había quedado el monumento de su tía; no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas, no por falta de voluntad, ¡claro!; su mujer le contó que lo habían dejado bastante bien). Allí también estaba Pepe Antúnez, ¡tan buen amigo, y qué bueno era para una copa!, nunca se doblaba, aguantaba

hasta el final. Ya cuando estaba alegre, le gustaba oír canciones de Guty Cárdenas, y por más que le dijeron que dejara la copa nunca hizo caso: «Si no fuera por éstas —decía levantando la copa—, y una o dos cosas más, ¡qué aburrida sería la vida!». Y se murió de eso. Él tampoco había sido malo para la copa: unos cuantos whiskys para hacer apetito, una botella de vino en la comida, después algún coñac o una crema y, si no hubiera sido porque tenía demasiados negocios y le quedaba poco tiempo, a lo mejor habría acabado como el pobre Pepe... Pensó también en el Panteón Francés. «Tiene su categoría, no cabe duda, pero es el que más parece un cementerio, tan austero, tan depresivo. Es extraño que sea así, pues los franceses siempre parecen tan llenos de vida y de alegría... sobre todo ellas... Renée, Dennise, Viviane...». Y sonrió complacido, «¡guapas muchachas!». Cuando estaba por los cuarenta creía que tener una amante francesa era de muy buen tono y provocaba cierta envidia entre los amigos, pues existe la creencia de que las francesas y las italianas conocen todos los secretos y misterios de la alcoba. Después, con los años y la experiencia, llegó a saber que el ardor y la sabiduría eróticos no son un rasgo racial, sino exclusivamente personal. Había tenido dos amantes francesas por aquel entonces. Viviane no fue nada serio. A Renée se la presentaron en un coctel de la Embajada Francesa:

—Acabo de llegar... estoy muy desorientada... no sé cómo empezar los estudios que he venido a hacer, usted sabe, un país desconocido...

—Acabo de llegar... estoy muy desorientada... no sé cómo empezar los estudios que he venido a hacer, usted sabe, un país desconocido...

—Lo que usted necesita es un padrino que la oriente, algo así como un tutor...

La mirada con que ella aceptó el ofrecimiento fue tan significativa, que él supo que podría aspirar a ser algo más que tutor. Y así fue, casi sin preámbulos ni rodeos se habían entendido. Con la misma naturalidad con que algunas mujeres toman un baño o se cepillan los dientes, aquellas niñas iban a la cama. Le había puesto un departamento chico pero agradable y acogedor: una pequeña estancia con cantina, una cocinita y un baño. En la estancia había un *couch* forrado de terciopelo rojo que servía de asiento y de cama, una mesa y dos libreros. Renée llevó solamente algunos libros, una máquina de escribir y sus objetos personales. Él le regaló un tocadiscos para que pudiera oír música mientras estudiaba. Ella nunca cocinaba en el departamento, decía que no le quedaba tiempo con tantas clases y se quejaba siempre de que comía mal, en cualquier sitio barato. Los hermanos estudiaban aún, el padre, un abogado ya viejo, litigaba poco. Por lo tanto, de su casa le enviaban una cantidad muy reducida para sus gastos. Él no había podido soportar que Renée viviera así y le regaló una tarjeta del Diners Club para que comiera en buenos restaurantes. Al poco tiempo tuvo que cambiarla a otro departamento más grande y, por supuesto, más costoso. Ella se lamentaba continuamente de que el departamento era demasiado reducido, de que se sentía asfixiar, de que los vecinos hacían mucho ruido y no la dejaban trabajar... Después tuvo que comprarle un automóvil, porque perdía mucho tiempo en

ir y venir de la escuela, los camiones siempre iban llenos de gente sucia y de léperos que la asediaban con sus impertinencias; a veces hasta necesitaba pedir ayuda, ¡y claro que él no podía permitir esas cosas! Renée le había gustado mucho, era cierto, pero nunca se apasionó por ella. La relación duró como un año. Después ella empezó a no dejarse ver tan seguido, «tengo que estudiar mucho, reprobé una materia, y quiero presentarla a título de suficiencia, un compañero me va a ayudar...». Cuando ella tenía que estudiar, lo cual sucedía casi todas las noches, él pasaba a llevarle una caja de chocolates o algunos bocadillos; ella abría la puerta y recibía el obsequio pero no le permitía entrar; «estando tú, no podré estudiar y tengo que pasar el examen», le daba un beso rápido y cerraba la puerta con un *au revoir chéri*. Él se marchaba entonces un poco fastidiado en busca de algún amigo para ver una variedad, o a tomar algunas copas antes de irse a dormir a su casa... Aquel día le llevó los chocolates como de costumbre. Se había despedido, y ya se iba, cuando notó que llevaba desanudada la cinta de un zapato, se agachó para amarrársela, pegado casi a la puerta del departamento. Entonces escuchó las risas de ellos y algunos comentarios: —«Ya nos trajeron nuestros chocolates»—. —«¡Pobre viejo tonto!»—, decía el muchacho. Después más risas, después... ¡Lo que había sentido! Toda la sangre se le subió de pronto a la cabeza, quiso tirar la puerta y sorprenderlos, golpear, gritar; y no estaba enamorado, era su orgullo, su vanidad por primera vez ofendida. ¡Qué buena jugada le

había hecho la francesita! Encendió un cigarrillo y le dio varias fumadas. No valía la pena, había reflexionado de pronto, sólo quedaría en ridículo, o a lo mejor se le pasaba la mano y mataba al muchacho y ¿entonces?, ¡qué escándalo en los periódicos! Un hombre de suposición engañado por un estudiantino, ¡daba risa! Sus amigos se burlarían de él hasta el fin de su vida, ya se lo imaginaba. Además, toda la familia se enteraría, los clientes que lo juzgaban una persona tan seria y honorable... No, de ninguna manera se comprometería con un asunto de tal índole. Tomó el elevador y salió del edificio, estacionó su carro a cierta distancia y esperó fumando cigarrillo tras cigarrillo. Quería saber a qué hora salía el muchacho, para estar totalmente seguro. Esperó hasta las siete de la mañana; lo vio salir arreglándose el cabello, bostezando... Después ella lo había buscado muchas veces. Lo llamaba a su oficina, lo esperaba a la entrada, lo buscaba en los bares acostumbrados. Él permaneció inabordable; ya no le interesaba:

había miles como ella, o mejores. Dennise no significó nada, se acostó con ella dos o tres veces, y era mucho, pues todos sus amigos y casi media ciudad habían pasado sólo una vez por su lecho; tenía la cualidad de ser muy aburrida y la obsesión de casarse con quien se dejara, además era larga y flacucha, no tenía nada...

Se decidió finalmente por el Cementerio Jardín, quedaría cerca de su tía Matilde. Después de todo, ella fue como su segunda madre, lo había recogido cuando quedó huérfano y le dio cariño y protección. Ordenaría que le hicieran un monumento elegante y sobrio: una lápida de mármol con el nombre y la fecha. Compraría una propiedad para toda la familia; que pasaran allí a la tía Matilde y a sus hermanos. Comprar una propiedad tenía sus ventajas: como inversión era bastante buena, pues los terrenos suben de precio siempre, aun los de los cementerios; aseguraba también que sus hijos y su mujer tuvieran dónde ser enterrados; no sería nada difícil que acabaran con la herencia que iba a de-

jarles, ¡había visto tantos casos de herencias cuantiosas dolorosamente dilapidadas! Su ataúd sería metálico, bien resistente y grande; no quería que le pasara lo que a Pancho Rocha: cuando fue a su velorio tuvo la desagradable impresión de que lo habían metido en una caja que le quedaba chica. Pediría una carroza de las más elegantes y caras para que las gentes que vieran pasar su entierro dijeran: debe haber sido alguna persona muy importante y muy rica. En cuanto a la agencia funeraria donde sería velado no había problema, Gayosso era la mejor de todas. Estas disposiciones irían incluidas en el testamento que pensaba entregar a su abogado y que debería ser abierto tan pronto él muriera para darle tiempo a la familia de cumplir sus últimos deseos.

Los días empezaron a hacerse cortos. A fuerza de pensar y pensar se le iban las horas sin sentir. Ya no sufría esperando las visitas de los amigos; por el contrario, deseaba que no fueran a interrumpirlo ni que su secretaria llegara a informarlo o a con-

Todos los días aguardaba el momento en que su mujer se meía bajo la regadera, entonces descolgaba el teléfono y en voz muy baja le hablaba a Raquel. A veces ella le contestaba al primer timbrazo; otras tardaba; otras no contestaba, él imaginaba entonces cosas que lo torturaban terriblemente: la veía en la cama, en completo abandono, acompañada todavía, sin oír siquiera el timbre del teléfono, sin acordarse ya de él, de todas sus promesas...

sultarle cosas de sus negocios. La familia comenzó a hacerse conjeturas al observar el cambio que había experimentado después de tantos días sumido en el abatimiento. Se le veía entusiasmado con lo que planeaba; sus ojos tenían otra vez brillo. Permanecía callado, era cierto, pero ocupado en algo muy importante. Llegaron a pensar que estaría madurando alguno de esos grandes negocios que solía realizar. Para ellos este cambio fue un alivio, pues su depresión les hacía más dura la sentencia que se cernía sobre él.

Comenzó por escribir el testamento, las disposiciones para el entierro las dejaría al final, ya que estaban totalmente planeadas y resueltas. La fortuna —fincas, acciones, dinero en efectivo— sería repartida por partes

iguales entre su mujer y sus tres hijos; su mujer quedaría como albacea hasta que los muchachos hubieran terminado sus carreras y estuvieran en condiciones de iniciar un trabajo. A Raquel le dejaría la casa que le había puesto y una cantidad de dinero suficiente para que hiciera algún negocio. A su hermana Sofía, algunas acciones de petróleos; la pobre nunca estaba muy holgada en cuestión de dinero, con tantos hijos y con Emilio que casi siempre terminaba mal en todos los negocios que emprendía. A su secretaria le daría la casa de la colonia del Valle: había sido tan paciente con él, tan fiel y servicial, tenía casi quince años a su servicio... Su hermano Pascual no necesitaba nada, ya que era tan rico como él. Pero su tía Carmen sí, aunque era cierto que nunca tuvo gran



cariño por aquella vieja neurasténica que siempre lo estaba regañando y censurando; en fin, así era la pobre y ya estaba tan vieja que le quedaría sin duda poco tiempo de vida, que por lo menos ese tiempo tuviera todo lo que se le antojara.

Tardó varios días en escribir el testamento. No quería que nadie se enterara de su contenido hasta el momento oportuno. Escribía en los pocos ratos en que lo dejaban solo. Cuando alguien llegaba, escondía los papeles en el escritorio y cerraba con llave el cajón. Todo había quedado perfectamente aclarado para no dar lugar a confusiones y pleitos, era un testamento bien organizado y justo, no defraudaría a nadie. Sólo faltaba agregar allí las disposiciones para el entierro, lo cual haría en cualquier otro momento.

Dos cosas deseaba antes de morir: salir a la calle por última vez, caminar solo, sin que nadie lo vigilara y sin que nadie en su casa se enterara, caminar como una de esas pobres gentes que van tan tranquilas sin saber que llevan ya su muerte al lado y que al cruzar la calle un carro las atropella y las mata, o los que se mueren cuando están leyendo el periódico mientras hacen cola para esperar su camión; quería también volver a ver una vez más a Raquel, ¡la había extrañado tanto!... La última vez que estuvieron juntos cenaron fuera de la ciudad; el lugar era íntimo y agradable, muy poca luz, la música asordinada, lenta... A las tres copas Raquel quiso bailar; él se había negado: le parecía ridículo a su edad, podía encontrarse con algún conocido, eso ya no era para él; pero ella insistió, insistió y ya no pudo negarse. Recordaba

aún el contacto de su cuerpo tan generosamente dotado, su olor de mujer joven y limpia, y como si hubiera tenido un presentimiento, la había estrechado más.

Cuando la fue a dejar a su casa, no se quedó con ella; no se sentía bien, tenía una extraña sensación de ansiedad, algo raro que le oprimía el pecho, lo sofocaba y le dificultaba la respiración; apenas había podido llegar a su casa y abrir el garaje... Cumpliría estos deseos, sin avisarle a nadie, se escaparía. Después de la comida resultaría fácil: su mujer dormía siempre una pequeña siesta y los sirvientes hacían una larga sobremesa. Él pasaba siempre las tardes en la biblioteca donde había una puerta que comunicaba con el garaje, por allí saldría sin ser visto. En el clóset de la biblioteca tenía abrigo y gabardina... Cuando regresara les explicaría todo, ellos entenderían. En su situación ya nada podía hacerle mal, su muerte era irremediable. Se quedara sentado inmóvil como un tronco o saliera a caminar, para el caso ya todo era igual... En aquel momento entró su mujer: la tarde estaba fría, llovía un poco, era mejor irse a la cama. Accedió de buena gana y se dejó llevar. Antes de dormirse volvió a pensar con gran regocijo que al día siguiente haría su última salida. Se sentía tan emocionado como el muchacho que se va por primera vez de parranda: vería a Raquel, vería otra vez las calles, caminaría por ellas...

Estaba en la biblioteca, como de costumbre, sentado en su eterno sillón de descanso. No se escuchaba el menor ruido. Parecía que no había un alma en toda la casa. Sonrió complacido: todo iba a resultarle más fácil de lo

que había pensado. Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se decidió a salir. Sacó del clóset la gabardina, una bufanda de lana y un sombrero. Se arregló correctamente y escuchó pegado a la puerta, pero no había la menor señal de vida en aquella casa, todo era silencio, un silencio absoluto. Bastante tranquilo salió por la puerta del garaje, no sin antes haberse colocado unos gruesos lentes oscuros para no ser reconocido. Quería caminar solo. La tarde era gris y algo fría, tarde de otoño ya casi invierno. Se acomodó la bufanda y se subió el cuello de la gabardina, se alejó de la casa lo más rápido que pudo. Después, confiado, aminoró el paso y se detuvo a comprar cigarrillos. Encendió uno y lo saboreó con gran deleite, ¡tanto tiempo sin fumar! Al principio les pedía siempre a sus amigos que le llevaran cigarrillos, nunca lo hicieron, después no volvió a pedirlos. Caminó un

rato sin rumbo, hasta que se dio cuenta de que iba en dirección contraria a la casa de Raquel y cambió su camino. Al llegar a una esquina se detuvo: venía un cortejo fúnebre y ya no le daba tiempo de atravesar la calle. Esperaría... Pasaron primero unos camiones especiales llenos de personas enlutadas, después siguió una carroza negra, nada ostentosa, común y corriente, sin galas, «debía ser un entierro modesto». Sin embargo, detrás de la carroza, varios camiones llevaban grandes ofrendas florales, coronas enormes y costosas, «entonces se trataba de alguna persona importante». Venía después el automóvil de los deudos, un Cadillac negro último modelo, «igual al suyo». Al pasar el coche pudo distinguir en su interior las caras desencajadas y pálidas de sus hijos y a su mujer que, sacudida por los sollozos, se tapaba la boca con un pañuelo para no gritar. ❀



Amparo Dávila

Pinos Altos, Zacatecas, México. 1928

Ciudad de México. 2020

Narradora y poeta. Estudió en San Luis Potosí. Fue secretaria de Alfonso Reyes de 1956 a 1958. Becaria del CME, 1966. Premio Xavier Villaurrutia 1977 por *Árboles petrificados*. Medalla Bellas Artes 2015, por sus sobresalientes aportaciones al arte y la cultura de México. Premio Jorge Ibargüengoitia de Literatura 2020, otorgado por la Universidad de Guanajuato. Su obra cuentística está considerada entre las más singulares de México durante el siglo XX, y ha sido incluida en diversas antologías icónicas del género, como *El cuento mexicano del siglo XX* (1964) de Emmanuel Carballo, y *Other fires* (1986) de Alberto Manguel, entre otras. En 2020 obtuvo el Premio Jorge Ibargüengoitia de Literatura por su trayectoria destacada dentro del género cuento. Entre sus obras están: *Tiempo destrozado* (1959), *Música concreta* (1964) y *Árboles petrificados* (1977). Falleció el 18 de abril de 2020.

(Tomado de: <http://www.elem.mx/autor/datos/284>)

Poemas inéditos

■ Patricia Noriega Rivera



Hay que liberar a la luna
contenida en mis ojos
Y en los ojos de los gatos que queman al viento
La veo diáfana,
danzando entre los cabellos de Ilaló,
deseje tormentos,
su luz ruge como una bestia alucinada.
Hay que salvar a la luna,
salvarla de mí
y de mis ojos que la beben.

II

Te he visto Patricia,
 has pensado en tu infancia fría,
 en el color de la muerte.
 Detrás de tus paredes brillaba el sol,
 pero tú te revolcabas en la tristeza de un ángel ebrio.
 Tu aire olía a plumas y a llanto.
 Estabas sola,
 he visto tus palabras suicidas,
 donde figuraban tus huesos callados.
 Te conozco,
 he visto la lava de tu averno,
 pero también la espuma del fénix.
 Ya no eres más la niña de tiza en el muro de la escuela,
 después de la lluvia.

III

Las campanas anuncian la melodía de mi pequeño Juan.
 Él toma las cenizas que siguen intactas en el centro de la casa,
 coloca fuego en mi herida y la vuelve luz.
 Él es la esfinge que da paz a mi sangre,
 con sus cabellos de tierra
 y su cuerpo de mar.

 Sabio pájaro de amor.

IV

Me atreví a amar, aunque lo haya perdido todo,
 aunque el sonido de mi voz haya muerto.
 Aunque los pétalos de sombra ya no cubrían el alba.

Me atreví, sí, con mi vestido arrugado,
 con las predicciones rotas en el zaguán de la abuela.
 Ya no cantaba al sol de mi ebriedad,
 pero amé
 y esa fue mi nueva perdición.

Adentro de mi máscara,
 tintineaba la lluvia y escuché su tierno llanto aflorar en el silencio.
 Yo estaba desnuda,
 solo llevaba un sombrero negro con plumas.

Él me espiaba desde lejos,
Y en el aire comprimido del túnel
se escuchó la voz del viejo Silvio.
No sé si era música o alaridos de muerte,
lo que intentó estocar la jaula.

Mi memoria era el miedo.
Al salir del cine, cuando el cielo era un lobo,
profanó mi casa, para siempre.
Yo moraba en el bosque con seres no ordinarios.
Entonces empezó a aullar,
como uno más.
Y abrió sus ojos,
entrada del tiempo
y los atravesé.
Adentro está el mar,
hay guitarras y jaguares.
Se escucha música y risas que me llevan al abismo.
Y hay sol y lluvia y las palabras están libres en su cielo.

Me atrevía amar,
ahora mi esencia es la del lobo
me hundí en su espíritu,
me abismé en su imagen purísima,
los pájaros entraron para embriagarse en mi corazón.

V

Tierra, cuerpo desnudo junto al mar
Tierra sin miedo, pero llena de nuestro miedo
Tierra Dios, tierra fuego que desviste a sus hijos para purificarlos
Tierra, barco blanco que reposa
Tierra, tiempo-espacio solo tuyo.
Déjame soplar tus arterias,
hallar de nuevo los rostros que no he visto,
dame mis alas y retira estos pétalos secos.
Devuélveme la libertad de perturbarme con la luna.
Tierra, perdón por castrar tu cielo, por romper los ríos y la lluvia.
Tierra, mi cactus llora porque presiente la muerte,
Tierra, rostro en sombra, devuélveme el sol.
La soledad es un viento negro que destruye
Tierra, limpia el aire enrarecido, contaminado con la frialdad humana.
Corazón de la Tierra, sana pronto tus roturas,
Volveremos mejores, vestiremos de brillo.
Madre.



VI

Mañana,
cuando el sol haya muerto,
construiré tus alas negras,
al compás de un blues sombrío.
Daré luz a tus ojos con néctar de Aguacolla,
te erigiré en el mismo lugar del escorpión.

VII

¿A dónde voy?
Los manicomios y las tumbas están llenos.
Y yo sigo afuera.
Corro con mi corazón
aun latiendo en mi mano.



VIII

En el cadáver del viento. No soy yo.
Soy fuego,
soy miles de hembras que se erigen en el águila,
para remontarse sobre el pajonal y encontrar la
fecundación.

Bajo la sombra de una nube gris,
no soy yo.
Soy uno y dos cuerpos fracturados en el brazo del amor,
somos todos mirando en el cenagal
a dos criaturas pendiendo de un potrillo de madera.

En el fondo de una cárcava no soy yo asiéndome a
la muerte,
soy órbita perpetua hablando con las piedras,
con las astillas que alguien olvidó encender.

En su rostro y en el mío,
no soy yo, ni él.
Es la luna,
maíz de oro que fulgura en un túnel pedregoso.

Con la cadencia del tambor soy yo.
Me ilumino y cabriolo con árboles y aves,
como una chuquirahua en el cerro.

Soy la mujer jaguar,
soy anzuelo,
cuerno que advierte que el corazón se desprende.
Cuerpo de hierro que frena la cascada turbulenta.

En la aurora de magnolia,
no soy yo.
Soy tierra.
Aguardo, sosegada en el tabernáculo.
Aprendo a hilar la vida desde mi vientre inútil,
con el triste barro que me es.

XIX

Un asiento de piedra es real en esta historia.
Un asiento caliente de sol,
ojo izquierdo del águila.

El caos es también real,
invade miope la ciudad y mi espíritu.
Asciende desde los pies,
pasa por mis piernas, pliego de nailon de agua,
hasta llegar azaroso a una minúscula porción de esencia que me regresa del vientre.
Hago puño para no soltarla.

Reposo en la música que martillea las paredes del cráneo,
y que convierte a mis cabellos en petirrojos asustados.
Led Zeppelin suena en el plano de una realidad lejana.
Robert Plant flota en el corazón de un pájaro que se halla,
detrás de una vitrina de sangre.

Solo el sonido tentacular de Dyer Maker queda,
la banqueta del parque está hecha de humo.
Las líneas de la vida son una rayuela antigua, apenas perceptible.

Necedad de poeta,
el perderse en las garras de un puma que se lanza al vacío.
El sol palidece y sigo conteniendo su esperma,
como un acto divino encerrado en el metal de una urna.
Sigo aquí, mujer secreto, moléculas rasgadas, fría,
colocando velas y cruces, para que vuelvas. 🎯

La fruta del borrachero

■ Ingrid Rojas Contreras



1 LA FOTOGRAFÍA

Posa sentada y encorvada en una silla de plástico delante de una pared de ladrillo. Se ve sumisa con el pelo partido por la mitad. Casi no se le distinguen los labios, aunque por el modo en



que muestra los dientes se puede decir que está sonriendo. Al principio, la sonrisa parece forzada, pero cuanto más la observo más resulta descuidada e irresponsable. Entre los brazos trae un bulto con un boquete por donde se asoma la cara del recién nacido, rojiza y arrugada como la de un anciano. Sé que es un varón por el listón azul cosido a la orilla de la cobijita; enseguida miro atentamente al hombre detrás de Petrona. Es deslumbrante y tiene el cabello afro, y pone el peso de su maldita mano sobre el hombro de ella. «Sé lo que hizo», y se me revuelve el estómago, pero ¿quién soy yo para decir a quién debía Petrona permitir aparecer en un retrato familiar como este?

Al reverso de la foto hay una fecha de cuando fue impresa. Y porque, cuando hago la cuenta regresiva de nueve meses, concuerda exactamente con el mes en que mi familia y yo escapamos de Colombia y llegamos a Los Ángeles, volteo la fotografía para mirar a detalle al bebé, para registrar cada arruga y cada protuberancia alrededor del oscuro orificio de su boca vacía, para precisar si está llorando o se está riendo, pues sé con exactitud dónde y cuándo fue concebido y así es como pierdo la noción del tiempo, pensando en que fue culpa mía que con solo quince años de edad a la niña Petrona se le llenara el vientre de huesos, y cuando Mamá regresa del trabajo no me busca pelea (aunque ve la fotografía, el sobre, la carta de Petrona dirigidos a mí), no, Mamá se sienta a mi lado como si se quitara un gran peso de encima, y juntas nos quedamos calladas y apenadas en nuestro mugriento pórtico frente a la Vía Corona en el Este de Los

Ángeles, mirando fijamente esa maldita fotografía.

Llegamos de refugiadas a los Estados Unidos. «Deben estar felices ahora que están a salvo», decía la gente. Nos dijeron que debíamos esforzarnos por adaptarnos. Mientras más rápido pudiéramos transformarnos en unos de tantos, mejor. Pero ¿cómo elegir? Estados Unidos era la tierra que nos había salvado; Colombia, la tierra que nos vio nacer.

Había principios matemáticos para convertirse en un estadounidense: se requería conocer cien hechos históricos (¿cuál fue uno de los motivos de la Guerra Civil? ¿Quién era el presidente durante la Segunda Guerra Mundial?) y tenías que haber vivido cinco años ininterrumpidos en Estados Unidos. Memorizamos los hechos, nos quedamos en suelo norteamericano. Pero, cuando yo alzaba los pies y mi cabeza reposaba en la almohada, me preguntaba: cuando mis pies estaban en el aire, ¿de qué país era yo?

Al solicitar la ciudadanía, limé los puntos débiles de mi acento. Era una manera palpable en la que yo había cambiado. No supimos nada durante un año. Adelgazamos. Entendimos lo poco que valíamos, lo insignificante que era nuestra petición en el mundo. Nos quedamos sin dinero tras pagar el costo de nuestra solicitud, y no teníamos adónde ir. Fue entonces que recibimos la orden de comparecencia, la verificación final de antecedentes, el interrogatorio, la aprobación.

Durante la ceremonia proyectaron un video atiborrado

de imágenes de águilas y de artillería, y todos hicimos un juramento. Cantamos nuestro nuevo himno nacional y una vez que terminamos se nos dijo que ya éramos estadounidenses. El nuevo grupo de estadounidenses lo celebraba, pero en el patio a cielo abierto yo recliné la cabeza. Contemplé las palmeras meciéndose, a sabiendas de que era aquí donde yo tenía que imaginar el futuro, y lo brillante que este podría ser, pero lo único en lo que podía pensar era en Petrona, en que yo

empañaba con el vapor. No sabía por dónde empezar, así que hice como había aprendido a hacerlo en la secundaria.

Encabezado («3 de febrero del 2000, Chula Santiago, Los Ángeles, Estados Unidos»), un saludo respetuoso («Querida Petrona»), un contenido con vocabulario sencillo y preciso («Petrona, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu familia?»), cada párrafo con sangría («Mi familia está bien. / Estoy leyendo *Don Quijote*. / Los Ángeles es bonita pero no tan

cuando respiraba». Escribí párrafo tras párrafo acerca de la sal, como si estuviera loca («Nos lavamos las manos con sal contra la mala suerte. / Lo único que Mamá compraba cuando tenía gastar dinero era sal. / Leí en una revista que la sal envasada contiene huesos molidos de animal, y dejé de darme asco cuando supe que el mar también estaba lleno de ellos. La arena de la playa también contenía huesos»). Al final, todo lo que dije sobre la sal era como un código secreto. «He llegado al punto —escribí— en que ni siquiera puedo oler la sal». Esta fue mi última frase, no porque quisiera, sino porque ya no tenía nada más que decir.

Nunca le pregunté lo único que quería saber: «Petrona, cuando nos marchamos, ¿adónde te fuiste tú?».

Cuando llegó la respuesta de Petrona, traté de encontrar mensajes ocultos debajo de la información que ella me ofrecía voluntariamente: lo agradable del clima, el camino recién pavimentado hacia su casa en la invasión, las lechugas y los repollos de temporada.

Al final no importaba que su carta fuera tan común y corriente pues todas las respuestas que yo ansiaba ya estaban impresas en esa fotografía que ella dobló por la mitad y metió entre los pliegues de su carta antes de ensalivar el sobre y cerrarlo, antes de entregarlo al cartero, antes de que la carta viajara como lo hice yo, de Bogotá a Miami, a Houston, a Los Ángeles, antes de que llegara y trajera con ella todo este desastre a la puerta de nuestra casa.

Cualquier muchacha que uno
contrate en esta ciudad va a
tener vínculos con ladrones. Nada
más ve a Dolores, la de la cuadra
de abajo, su empleada era parte
de una pandilla y le robaron la
casa, imagínate: ni le dejaron
microondas.

tenía quince años, la misma edad que ella tenía cuando la vi por última vez.

Encontré su domicilio en la agenda de Mamá, aunque no era un domicilio específico, solo un montón de direcciones que Petrona le había dictado cuando vivíamos en Bogotá: «Petrona Sánchez en la invasión, entre las calles 7 y 48. Kilómetro 56, la casa pasando el árbol de lilas». En nuestro apartamento, me encerré en el baño y abrí la ducha, y escribí la carta mientras el baño se

bonita como Bogotá»). Lo que seguía era la frase final, pero en su lugar escribí cómo fue huir de Colombia, cómo tomamos un avión, de Bogotá a Miami, después a Houston y finalmente a Los Ángeles, cómo recé para que los oficiales de migración no nos detuvieran y no nos mandaran de vuelta, cómo no dejé de pensar en todo lo que habíamos perdido. Cuando llegamos a Los Ángeles hacía un sol imposible y todo olía a sal del mar. «El olor de la sal me quemaba la nariz

2 LA NIÑA PETRONA

La niña Petrona llegó a nuestra casa cuando yo tenía siete años y mi hermana Cassandra, nueve. Petrona tenía trece años y había cursado solo hasta tercero de primaria. Apareció con su maleta estropeada a la puerta de nuestra casa de tres pisos, con un vestido amarillo que le llegaba hasta los talones. Tenía el cabello corto y andaba con la boca abierta.

El jardín se abrió entre nosotras como un abismo. Cassandra y yo miramos fijamente a la niña Petrona por detrás de las dos columnas de la izquierda de la casa que se elevaban desde la terraza y sostenían el alero del segundo piso. El segundo piso sobresalía como una parte dientona. Era una casa típica de Bogotá, construida para que se asemejara a las antiguas casas coloniales, blanca con ventanas amplias y herrería negra y un techo de adobe con tejas rojo azulado y en forma de medialuna. Formaba parte de una hilera de casas idénticas unidas una a otra por las paredes laterales. Yo no entendí entonces por qué la niña Petrona veía la casa del modo en que lo hacía, pero Cassandra y yo la miramos a ella boquiabiertas con el mismo tipo de asombro. La niña Petrona vivía en una invasión. Había invasiones en cualquier colina alta de la ciudad, tierra del Gobierno tomada por los desplazados y los pobres. Mamá también había crecido en una invasión, pero no en Bogotá.

Desde detrás de la columna Cassandra preguntó:

—¿Viste cómo está vestida, Chula? Tiene un corte de pelo de *niño*.

Abrió los ojos como platos detrás de sus lentes. Los lentes de Cassandra ocupaban gran parte de su cara. Tenían armazón color rosa, eran demasiado grandes y le amplificaban los poros de las mejillas. Mamá saludó a Petrona haciéndole señas con la mano desde la puerta de entrada de la casa. Avanzó hacia el jardín, taconeando en los escalones de piedra, con el cabello golpeteándole la espalda.

La niña Petrona contempló a Mamá a medida que esta se iba acercando.

Mamá tenía una belleza natural. Eso decía la gente. Hombres desconocidos la detenían en la calle para halagarla por la impresionante amplitud de sus cejas o el magnetismo de sus profundos ojos café. A Mamá no le gustaba sacrificarse por su belleza, pero todas las mañanas se levantaba para aplicarse un grueso delineador negro en los ojos, y cada mes iba al salón de belleza para que le hicieran un pedicure, argumentando

todo el tiempo que valía la pena, porque sus ojos eran la fuente de su poderío y sus pequeños pies la prueba de su inocencia.

La noche antes de que la niña Petrona llegara, Mamá formó tres montoncitos con sus cartas del tarot encima de la mesa del desayunador y preguntó: «¿Es confiable la niña Petrona?». Hizo la pregunta de diferentes maneras, imprimiéndole una diversidad de tonos hasta que sintió que había hecho la pregunta del modo más claro; después sacó la primera carta del montoncito de en medio, la volteó y la puso delante de ella. Era la de El Loco. Su mano se detuvo en el aire al contemplar la carta que había volteado al revés. La carta representaba a un hombre blanco sonriente y a medio paso, mirando pensativo al cielo; en una mano llevaba una rosa blanca y, encima del hombro, un hatillo dorado. Vestía mallas, botas y un aprincesado traje con holanes. A sus pies saltaba un perro blanco. El hombre no se daba cuenta, pero estaba a punto de caer por un precipicio.

El nuestro era un reino de mujeres,
con Mamá a la cabeza, tratando
continuamente de encontrar una cuarta
mujer como nosotras, o como ella, una
versión más joven de Mamá, humilde
y desesperada por salir de la pobreza,
para quien Mamá pudiera corregir las
injusticias que ella misma había sufrido.

Mamá recogió el montón de cartas, y barajándolas dijo:

—Bueno, ya estamos advertidas.

—¿Le decimos a Papá? —le pregunté. Papá trabajaba en un distante campo petrolero, en Sincelejo, y yo nunca sabía con certeza cuándo tenía él previsto visitarnos. Mamá decía que Papá se veía obligado a trabajar lejos porque no había empleos en Bogotá, pero todo lo que yo sabía era que a veces le decíamos las cosas a Papá y a veces no.

Mamá se rió.

—Da lo mismo. *Cualquier* muchacha que uno contrate en esta ciudad va a tener vínculos con ladrones. Nada más ve a Dolores, la de la cuadra de abajo, su empleada era parte de una pandilla y le robaron la casa, imagínate: ni le dejaron microondas —Mamá vio la preocupación en mi cara. Su delineador le escurrió espesamente por el rabillo de los ojos, que se le arrugaron cuando sonrió. Me picó las costillas con un dedo—. No seas tan seria. Deja de preocuparte.

En el antejardín, Cassandra dijo desde detrás de la columna:

—Esta niña Petrona no va a durar ni un mes. Mírala, tiene el espíritu de un mosquito.

Parpadeé y vi que era cierto. La niña Petrona retrocedió cuando Mamá abrió la reja.

Mamá siempre tuvo mala suerte con las empleadas. A la última, Julieta, la despidió porque, cuando Mamá en mala hora entró a la cocina, vio que de la boca de la niña colgaba un hilillo de saliva y cuando esta levantó la vista la saliva salpicó adentro de la taza de café de Mamá. Cuando Mamá le pidió una explicación, la niña Julieta dijo: «A lo mejor la

Señora está viendo visiones». Un minuto más tarde, Mamá aventaba las pertenencias de Julieta a la calle y jalando a la muchacha por el cuello de la blusa le dijo: «No vuelvas, Julieta, no te molestes en regresar», empujándola hacia fuera y cerrando la puerta de golpe.

Mamá contrataba niñas dependiendo de la urgencia de su situación. Buscaba a jóvenes empleadas de otras casas y les daba nuestro número telefónico en caso de que conocieran a alguien que necesitara trabajo. Mamá conocía historias tristes de familias abatidas por la enfermedad, el embarazo, desplazadas por la guerra, y, aunque solo podíamos ofrecerles cinco mil pesos al día, lo suficiente para unas verduras y arroz en el mercado, muchas chicas se mostraban interesadas en conseguir el trabajo. Yo creo que Mamá contrataba a muchachas que le recordaran a sí misma en su juventud, pero nunca resultaron ser como ella quería.

Una de las muchachas casi se roba a Cassandra cuando era bebé.

Mamá no sabía su nombre; solo que era estéril. Tal como nos lo contó Mamá, la joven era «infértil como la arena de una playa durante una sequía». Mucha de la gente a la que conocíamos había sido secuestrada de forma rutinaria: a manos de la guerrilla, siendo retenida por azar y luego devuelta o desaparecida. La forma en que casi secuestran a Cassandra tuvo un punto divertido en lo que era una historia demasiado común. En el álbum familiar había una fotografía de la chica estéril en cuestión. Veía hacia afuera desde el protector de plástico de la foto. Tenía el ca-

bello encrespado y le faltaba un diente frontal. Mamá decía que aún tenía la foto de esa muchacha en nuestro álbum porque era parte de nuestra historia familiar. Incluso las fotos de Papá como joven comunista estaban ahí para que cualquiera las viera. En ellas Papá vestía pantalones acampañados y gafas oscuras. Salía con los dientes apretados y el puño en alto. Se veía sofisticado, pero Mamá decía que no nos engañáramos, porque en realidad Papá andaba tan perdido como Adán de la Biblia en el Día de la Madre.

El nuestro era un reino de mujeres, con Mamá a la cabeza, tratando continuamente de encontrar una cuarta mujer como nosotras, o como ella, una versión más joven de Mamá, humilde y desesperada por salir de la pobreza, para quien Mamá pudiera corregir las injusticias que ella misma había sufrido.

En la verja, Mamá extendió su mano firmemente hacia la niña Petrona. La niña Petrona era lenta así que Mamá le atenazó la mano entre las suyas y se la movió de arriba hacia abajo con rigidez. El brazo de la niña Petrona onduló en el aire, suelto y libre como una ola. «¿Cómo estás?», dijo Mamá. Petrona apenas asintió y clavó la mirada en el piso. Cassandra tenía razón. Esta niña no duraría un mes. Mamá puso su brazo alrededor de ella y la encaminó hacia el jardín, pero, en lugar de ir por los escalones de piedra hacia la puerta principal, giraron a la izquierda. Juntas caminaron hacia las flores al final del jardín. Se detuvieron frente al árbol más cercano a la verja y entonces Mamá lo señaló y susurró.

Lo llamábamos el borrachero. Papá se refería a él por su



nombre científico: *Brugmansia arborea alba*, pero nadie entendía de qué hablaba. Era un árbol alto de ramas enrolladas, enormes flores blancas y frutos café oscuro. Todo el árbol, incluso las hojas, estaba lleno de veneno. Una de sus mitades se inclinaba sobre nuestro jardín y la otra daba hacia la acera, soltando una esencia enmelada como un perfume caro y seductor.

Mamá tocó una sedosa flor suelta mientras le susurraba a la niña Petrona, quien veía a la flor oscilar en su tallo. Supuse que Mamá la estaba advirtiendo sobre el árbol, como lo había hecho conmigo: no cortes sus flores, no te sientes debajo de su sombra, no te quedes cerca de él mucho tiempo y lo más importante: que los vecinos no se enteren de que le tenemos miedo.

El borrachero ponía nerviosos a nuestros vecinos.

Quién sabe por qué Mamá decidió sembrar ese árbol en el jardín. Quizá lo hiciera por ese rasgo áspero y antipático que tenía, o quizá porque siempre decía que no se puede confiar en nadie.

En el antejardín Mamá levantó del suelo una flor blanca, le dobló el tallo y la aventó por encima de la verja. La niña Petrona siguió el vuelo de la flor y sus ojos se quedaron suspendidos hasta que la vio caer en la acera del vecindario con su sombra de las dos de la tarde. Enseguida la niña Petrona se miró las manos de las que colgaba su maleta.

Luego de plantar el borrachero, Mamá se rió como una bruja y se mordisqueó un lado de su dedo índice.

—¡La sorpresa que se llevarán todos los vecinos entremetidos cuando se paren a espiar!

Mamá dijo que nada les ocurriría a nuestros vecinos, a menos

que se expusieran por mucho tiempo al perfume del borrachero, que bajaría hasta ellos y los marearía un poco, les haría sentir que su cabeza se inflaba como un globo, y tras un largo rato los haría querer acostarse en la acera para tomar una siesta. Nada demasiado grave.

Una vez una niña de siete años se comió una flor.

—Supuestamente —dijo Mamá—. ¿Pero saben qué les dije? Les dije que debían vigilar más cerca a su muchachita, ¿no? Eviten que meta su sucia nariz en mi patio.

Durante años los vecinos habían pedido a la Junta Vecinal que cortara el árbol de Mamá. Después de todo, era el árbol cuyas flores y frutos se utilizaban en la burundanga y en la droga para dormir y violar. Al parecer, el árbol tenía la capacidad excepcional de apoderarse de la volun-

tad de la gente. Cassandra decía que la idea de los zombis venía de la burundanga. La burundanga era una bebida autóctona hecha con las semillas del borrachero. Alguna vez se la habían administrado a los sirvientes y a las esposas de los caciques de las tribus chibchas, con el propósito de enterrarlos vivos junto al cacique muerto. La burundanga volvía torpes y obedientes a los sirvientes y a las esposas, quienes se sentaban a esperar en una esquina de la tumba voluntariamente, mientras la tribu sellaba la salida y los dejaban con comida y agua, que hubiera sido un pecado tocar (ya que su consumo estaba reservado para el cacique en el más allá). Mucha gente la usaba en Bogotá: los delincuentes, las prostitutas, los violadores. La mayoría de las víctimas reportadas como drogadas con burundanga se despertaban sin recordar que habían colaborado en el saqueo de sus apartamentos y de sus cuentas bancarias, que habían abierto sus billeteras y entregado todo, pero eso era justo lo que habían hecho.

No obstante, Mamá se presentó ante la Junta Vecinal con un montón de documentos de investigaciones, con un horticultor y un abogado, y como la fruta del borrachero era algo en que los expertos tenían poco interés, y porque el pequeño monto de investigaciones no acordaba en definir a las semillas como venenosas o ni siquiera como una droga, la Junta decidió que no se cortara.

Hubo muchos intentos de dañar nuestro borrachero. De mes en mes nos despertábamos para ver afuera de nuestras ventanas que las ramas que colgaban hacia

la verja y que daban a la acera habían sido cortadas una vez más y dejadas en el pasto alrededor del tronco como brazos descuartizados. A pesar de todo, el borrachero florecía, persistentemente, con sus provocativas flores blancas pendiendo como campanas y su embriagante fragancia dispersada cada tarde en el aire.

Mamá se había convencido de que detrás de los atentados estaba la Soltera. Le decíamos así porque tenía cuarenta años y seguía soltera y aún vivía con su anciana madre. La Soltera vivía a un costado de nuestra casa y siempre la veía en su jardín deambulando en círculos, con los párpados coloreados en un intenso color púrpura y envuelta en un olor de café viejo y de cigarrillo mentolado. Muchas veces pegué mi oreja a la pared contigua a la de la Soltera para saber qué hacía durante el día, pero lo que casi siempre oía eran discusiones y el ruido de la televisión que habían dejado prendida. Mamá decía que la Soltera era el único tipo de mujer con suficiente tiempo libre como para ir a atacar un árbol ajeno. Así que, en represalia, cuando Mamá barría nuestro patio de baldosas rojas, escobaba la basura a los lados de los grandes maceteros de cerámica y los pinos, hacia el patio de la Soltera.

En el fondo del jardín, Cassandra dijo:

—Rápido, Chula, antes de que te vean.

Cassandra arrastró los pies y deslizó las manos en la dirección de las manecillas del reloj alrededor de la columna para seguir escondida mientras Mamá y la niña Petrona se acercaban a los escalones de piedra hacia la

puerta de entrada. Yo hice lo mismo, pero mantuve la cabeza de lado para mirar. Mamá tenía su brazo alrededor de la niña Petrona y la niña Petrona veía al suelo.

—Estas son mis hijas —dijo Mamá cuando se acercaron al patio de baldosas rojas.

La niña Petrona hizo una reverencia, juntando sus largas sandalias y abriendo sus rodillas a cada lado, estirando su falda como si fuera una carpa. Era raro ver a una chica seis años mayor que yo hacer una reverencia. Cassandra y yo nos quedamos escondidas tras las columnas, la miramos y no dijimos nada. Ella nos lanzó una mirada, con sus ojos de un color café luminoso, casi amarillo. Luego se aclaró la garganta, con el vestido amarillo hasta los tobillos y su gastada maleta en la mano.

—Son tímidas —dijo Mamá—. Ya se acostumbrarán.

Camaron juntas hacia el interior de la casa, la voz de Mamá se iba desvaneciendo lentamente, como un tren que va de salida, diciendo: «Por aquí, ven y te muestro tu cuarto».

Cassandra y yo siempre nos sentíamos extrañas cuando una nueva niña llegaba a la casa, así que nos quedamos en la habitación de Mamá y vimos telenovelas mexicanas de cabo a rabo, y después *Singin' in the Rain* con subtítulos en el canal en inglés.

La película fue interrumpida dos veces en el lapso de una hora por un avance noticioso. Estábamos acostumbradas, pero aun así nos quejamos. Me estiré la cara con los dedos y bajé la cabeza mientras el locutor comentaba el misterioso montón de acrónimos que parecían estar siempre al alcance de la mano —FARC, ELN,

DAS, AUC, ONU INL—. Habla-
ba sobre las cosas que los acróni-
mos se hacían entre sí, pero a
veces mencionaba un nombre.
Un nombre simple. Nombre,
apellido. Pablo Escobar. En aquel
confuso montón de acrónimos, el
simple nombre era como un pez
saliendo del agua, algo a lo que
yo podía agarrarme y recordar.

Más tarde, nuestra pelícu-
la empezó de nuevo. Volvieron
las canciones, los impermeables
amarillos, las sonrosadas caras
blancas. Estados Unidos parecía
un lugar limpio y placentero. La
lluvia pulía la calle chapoteada
y los policías eran caballerosos y
tenían principios. Era impactante
verlo. Mamá siempre se desha-
cía de las multas coqueteando,
suplicando, y deslizándoles a

los policías billetes de veinte mil
pesos. A la policía colombiana se
la corrompía fácilmente. Al igual
que a los oficiales en las notarías
y en la corte, a quienes Mamá
siempre pagaba para que se le
abriera paso en las filas y que a
sus diligencias se les diera un lu-
gar preferencial. Cassandra man-
tuvo la nariz frente a la televisión
y habló como Lina Lamont, la
hermosa actriz rubia condenada
por su horrible voz nasal. Decía:
«Y no pueyo sopoltalo», y nos
reímos. Lo dijo una y otra vez
hasta que quedamos temblando
de risa y caímos rendidas. ❀

(Traducción del inglés a cargo
de Guillermo Sánchez Arreola.
Editorial Impedimenta, Madrid,
España, 2019)



Ingrid Rojas Contreras

(Bogotá, Colombia)

Ingrid Rojas Contreras nació y creció en Bogotá, Colombia. Es hija de un intelectual excomunista y una clarividente, descendiente de todo un linaje de adivinos. Ella y su familia emigraron cuando era niña a Estados Unidos debido a la situación de violencia en su país natal. Estudió en el Columbia College Chicago, y sus relatos y ensayos han aparecido en revistas y plataformas de la talla de *The New York Times Magazine*, *Los Angeles Review of Books*, *Guernica* y *Electric Literature*. En 2015 ganó el Premio Mary Tanenbaum de no ficción, y en 2016 la Missouri Review le otorgó el Miller Audio Prize en la categoría de prosa. La publicación de *La fruta del borrachero*, su primera novela, no solo le ha valido un enorme reconocimiento por parte de la crítica y fama internacional, sino que la ha convertido en una de las grandes promesas de la nueva narrativa latinoamericana escrita en inglés. Actualmente es profesora de ficción en la Universidad de San Francisco y también trabaja con estudiantes de instituto inmigrantes como parte de una iniciativa de la San Francisco Arts Commission. Asimismo, es miembro de la Fundación Macondo y colabora habitualmente como columnista de radio.

(Tomado de: <http://impedimenta.es/media/blogs/libros/capitulosPDF/Primeras%20paginas%20LA%20FRUTA%20DEL%20BORRACHERO.pdf>)

Roma: en busca de la gran belleza

■ Miguel Molina Díaz

«Nos anuncia el reino de la vida,
el sueño de otra vida, más intensa y más libre»

Jaime Gil de Biedma, *Himno a la Juventud*

Toda crónica sobre Roma es, en realidad, una película. Fui a Roma con la esperanza de convertirme en Marcello Mastroianni y conquistar Vía Veneto. Fui a Roma para subir a un helicóptero y llevar el monumento de piedra de un Cristo gigante y ver, desde las alturas, las azoteas en donde las muchachas toman en bikini el sol. Fui a Roma para entrar a la Fontana Di Trevi en compañía de Anita Ekberg. Y fui, además, para triunfar, ya sea como periodista cultural o como protagonista de una película. Es decir, fui a Roma siendo un completo imbécil.

Deben saber que al llegar descubrí algo fundamental: nadie va a Roma por primera vez. Tal vez eso es así porque se trata de una ciudad cuyo nombre carga una nostalgia profunda. Es un ímpetu nostálgico que nos pertenece a todos. Un anhelo por el esplendor de un sueño y por un ideal de juventud. Como el anhelo de Jep Gambardella, el protagonista de *La gran belleza* (2013), una obra maestra de Paolo Sorrentino que hace a *La dolce vita* (1960) de Federico Fellini el gran homenaje que merece.

Todo escrito apócrifo sobre Roma es, en realidad, un relato sobre la edad. ¿Qué es, entonces, lo que me une a Jep Gambardella y al Marcello de *La dolce vita*? Esa es la otra razón que me llevó a Roma como un peregrino o un loco. Voy años escribiendo un cuento basado en *La dolce vita* de Fellini y fui a Roma con la intención de descubrir su final. Es decir, fui a Roma creyendo que allí podría cruzar, como los cineastas del neorealismo italiano, la frontera entre la realidad y la ficción.

Y es que toda crónica que incluya menciones a películas de Roma es, en realidad, una carta de amor desesperada. *La gran belleza* narra la cotidianidad de Gambardella (el actor es Toni Servillo), un periodista de



65 años convertido en lo que Enrique Vila Matas definiría como un Bartleby o un escritor del No.

Lo que sucede es que todo sueño que implique la conquista de Roma es, a todas luces, un cuento fallido. Por eso entiendo profundamente a Gambardella. Marguerite Duras decía que: «Escribir también es no hablar. Es callarse». Gambardella de joven (cuando era o se parecía a Marcello Mastroianni) escribió una novela que tuvo cierto éxito. Desde entonces, no ha vuelto a escribir y ha gastado su juventud gozando cada noche como el maestro

de ceremonias de toda fiesta, convirtiéndose en un ser espectral cuya jornada termina al amanecer. Recuerda en sus diálogos, constantemente, que Flaubert quería escribir una novela sobre la nada. Gambardella, creía que quería ser escritor, pero en realidad quería ser una novela sobre la nada.

Toda narración cuyo escenario son las calles de Roma es, ténnganlo muy claro, una reseña de cine. Jaime Gil de Biedma, al explicar las razones de su actividad poética, dijo que todo se trató de una equivocación: «Yo creía que

quería ser poeta, pero en el fondo quería ser poema». Esa es la lógica detrás de esta historia. Creo que fui a Roma por equivocación: tenía la ilusa creencia de que allí me convertiría, ya se los dije, en Marcello Mastroianni, aunque en realidad quería ser película.

Viajar por el viejo continente, con poco presupuesto, implica una dieta de barritas energéticas, una mochila con lo básico y baratos albergues de jóvenes. Aquel en el que me hospede no era, a diferencia de Roma, ni viejo, ni bello, ni mucho menos conmovedor. Esta clase de lugares son



muy extraños porque si bien pueden ser instalaciones nuevas, son centros de hacinamiento. Por lo general, lugares mal tenidos. Lo único bueno son los jóvenes mochileros de todo el mundo que los visitan.

Y este era un viaje que, de uno u otro modo, estaba atravesado por un ideal mochilero. Por eso debo decir que todo recorrido por Roma es, en realidad, una novela cuyo argumento es la juventud, a pesar de que Europa es vieja y Roma es viejísima. Comencé mi recorrido por los Foros Imperiales, los jardines del Palatino y el Coliseo. Vi e hice todo lo que se puede ver y hacer en tres días de visita a cualquier ciudad legendaria. Lo que aquí pretendo contarles no es un recorrido turístico. Quiero hablarles de lo esencial porque, en este punto ya deben saberlo, un viaje siempre es una búsqueda.

Mi pasión por Roma tiene mucho que ver con el cine. Más bien, mucho que ver con el neorrealismo italiano, específicamente con *La dolce vita* y, consecuentemente, con *La gran belleza*. La primera, un clásico cinemato-

gráfico. La segunda, una película que ha sido un suceso inmenso de nuestro tiempo.

¿Alguna vez se han preguntado qué pasaría si alguien le arrebatara al Marcello de *La dolce vita* toda su juventud? Pues, el director Sorrentino sí. Gambardella es, de cierto modo, lo que sería Marcelo a sus 65 años. Es decir, Gambardella es la respuesta aventada a todo lo que yo quise ser cuando decidí viajar a Roma y conquistar el mundo mundano.

Recuerdo mi primer día en Roma. Al caer la noche supe que debía ir, inevitablemente, a Vía Veneto. Al llegar encontré una avenida con restaurantes de lujo que estaban por cerrar y muy pocos transeúntes. Fue la primera gran desilusión del viaje porque, si Vía Veneto no era ya la de *La dolce vita*, ¿cómo podía triunfar en ella? Y, lo más importante: ¿cómo podía convertirme en Marcello Mastroianni? Probablemente, el hecho de que fue lunes de invierno (o eso quiero pensar yo) contribuyó a la desolación de esa calle. Sin embargo, el ambiente es muy distinto al que yo esperaba. Es mucho más comercial y turístico que cultural y bohemio.

Esa Vía Veneto de mis sueños, sin embargo, existe. Solo que su lugar es la ficción y, específicamente, es la película de Sorrentino. En *La gran belleza* Gambardella es el centro de la fiesta romana. Un periodista, repito, de 65 años, que vive como dandi y carga una nostalgia de romántico empedernido. El espectáculo es decadente, la suya es una juventud degradada y desolada. ¿Recuerdan que hace un rato les hablé de una carta de amor desesperada? Gambardella, en

Voy años escribiendo un cuento basado en *La dolce vita* de Fellini y fui a Roma con la intención de descubrir su final. Es decir, fui a Roma creyendo que allí podría cruzar, como los cineastas del neorrealismo italiano, la frontera entre la realidad y la ficción.

el ocaso de su existencia, sigue enamorado de su gran amor de juventud.

Toda indagación sobre Roma es, sobre todo, un pergamino de confesiones patibularias. No puedo ser Marcello Mastroianni. Lo intenté por años, sí. Fui redactor cultural en un gran periódico, me compré un terno negro como los que usaba él y vi películas hasta pulverizarme los ojos. Pero no podía ser Marcello Mastroianni porque me parecía más a Jep Gambordella.

Es decir, toda rememoración que suceda en Roma es, en realidad, un eufemismo. Tampoco puedo ser Gambordella porque para llegar a su edad me faltan algo más de cuatro décadas, aunque siempre he aparentado mucha más edad de la que tengo. Ese contraste entre lo viejo y lo joven en Roma es una revelación luminosa y terrible. Lo viejo no pierde la capacidad de ilusionar y eso hace que la ciudad conserve, pese a su edad, su encanto juvenil. Del mismo modo como sucede con Gambordella o como piensa Gambordella sucede con él.

Ah, Gambordella... Yo también soy un romántico empedernido. Sigo enamorado de las mujeres que hace años me dijeron que no, sigo cumpliendo los ritos de la sociedad del espectáculo, asumiendo las poses, buscando ser el centro de la fiesta. Peregriné a la Fontana di Trevi, sin saber que allí no encontraría a Anita Ekberg sino solo soledad. Tengo, como Gambordella, terror al paso del tiempo, a no escribir una novela sobre la nada, a descubrir que las mujeres que amé con los años serán viejas, tanto como yo, y no tendrá sentido soñar aventuras

cada vez más lejos del punto de partida.

Todo monólogo sobre Roma es, inevitablemente, un exorcismo o un castillo en ruinas. Recuerdo que después de salir del Vaticano caminé por la Vía de la Conciliazione y entré al Museo de San Ángel. Se trata del antiguo mausoleo de Adriano, el emperador que gobernó durante la radiante juventud del imperio. Los restos de los emperadores emblemáticos eran quemados en una pira y en esa ceremonia ascendían a los cielos no como hombres sino como dioses. Esa era la apoteosis: la transfiguración de sus cuerpos humanos en seres inmortales que velarían por Roma desde el panteón de las divinidades. En la terraza del castillo, en el que hace siglos los hombres se hacían eternidad, me senté a descansar y a ver el atar-

decer hasta que un ave grande y hermosa se posó junto mi mesa.

Deben saber que toda crónica sobre Roma, misteriosamente, es el *remake* o intenta ser el *remake* de una gran película. Mi encuentro con aquella ave es particularmente significativo porque en *La gran belleza*, la Santa (una vieja, no la joven niña de Fellini) es acompañada por hermosas aves mientras observaba el amanecer sobre Roma. Y es que toda crónica es, como los antiguos mausoleos de los emperadores romanos, una conexión entre los habitantes de la realidad y el mundo del Dios del lenguaje. Dicen que Roma, la eterna, era el sueño más hermoso y más sublime de los hombres y los dioses. Y todo sueño, como ven, intenta ser una crónica deseada de los días. 🌀

Barcelona, febrero de 2014.



Miguel Molina Díaz

Quito, 1992

Abogado, periodista y escritor. Estudió el máster de Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York. Entre otros medios, ha trabajado para *La Hora*, *El Comercio*, *La República*, *Mundo Diners*. En 2017 publicó su poemario *Postales* y ha publicado cuentos en antologías. *Cuaderno de la lluvia* es su libro de no-ficción sobre viajes y desplazamientos; fue publicado para descarga gratuita en la cuarentena por la pandemia en 2020.

La llave^{*}

■ Liliana Heker



Ella entró en la casa (la puerta de calle estaba abierta, como siempre), encendió la luz y comenzó a subir las escaleras. Venía pensando que lo que necesitaba era dormir (ella iba a meterse en la cama e iba a dormir por lo menos quinientos años). También venía pensando qué cosa bárbara era tener un departamento. Pero eso lo pensaba todas las noches desde hacía cinco meses: desde que había dejado la pensión. Eran las cuatro menos veinte de la madrugada.

Acabó de subir los dos pisos. La luz se apagó y ella volvió a encenderla. Atravesó el pasillo y se detuvo en la puerta C. Abrió la cartera para sacar la llave: no la encontró. Se revisó los bolsillos del tapado y otra vez buscó en la cartera: la llave no aparecía.

Ella estaba a punto de preocuparse pero entonces volvió a recordar que esa mañana se había despertado pensando magnolia azul (a veces le pasaba: frases que se le venían de golpe, como pantallazos, el caballo se me va de las venas, zapatito platónico, magnolia azul) y haberse despertado así era un buen augurio porque es sabido (ella sabía) que cuando un día empieza bien sigue bien hasta el final, seguro, como la

* Originalmente publicado en la revista *El escarabajo de oro*, Núm. 44 (enero/febrero de 1972); *Las peras del mal*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

vez que la había despertado el lío ese con la policía, ella se mataba de risa, esta es una casa decente, qué se creen, chillaba la dueña de la pensión, y esa misma noche, en el café del Carmen, ella lo conoció a Nacho y él le escribió el poema,

muchacha de los ojos azules
como el tiempo
¿qué pájaros, qué hm... hm te
fueron a buscar?

Tarira tararira tararira y tremendo,
hoy declino mi noche por tu
pelo solar.

Además, con lo llena de monedas que tenía ella la cartera, era más bien natural que no encontrara la llave enseguida, ¿no?; la noche anterior ya le había pasado, y la otra también; desde que había roto la alcancía le venía pasando. Era natural.

Ella empezó a revolver las monedas; las tomaba a puñados y las iba dejando caer de a pocas, fijándose bien. Una escena bastante triste, en realidad; la alcancía había hecho cranch y los fragmentos rodaron por el piso y se mezclaron con las monedas; lo de ahora bien podía ser un castigo. No. ¿Acaso ella hubiera roto la alcancía de haber encontrado otra solución? Por supuesto que no, con el trabajo que le había costado que Nacho se la regalara. Seguro que la llave estaba abajo de todo, siempre ocurría. Revolví bien. Que era estúpido, decía él al principio, que en los últimos tiempos ella no tenía más que caprichos estúpidos, muñequitos y alcancías y todas esas pavadas. Y que estaba harto. Pero al final, bien que ella lo había convencido. Encendió la luz y se sentó en la escalera.

Se rió: era tan increíble que ella siempre supiera lo que hay que hacer para conmoverlo a Nacho. Hablarle de ella y de su hermana Úrsula cuando eran chicas, y de su madre, tan belga y alta y verdulera si él la viera; algún día la iba a conocer: irían los dos a Nueve de Julio, ¿ves?, éste es él: él estudia Medicina y hace versos. No, bárbara, escritor, decía él. Escritor, decía ella. Y que cuando ella y Úrsula estaban aburridas nada de juguetes, ah no: su mamá sacudía el dedo belga y las ponía a las dos a pelar arvejas. En la parte de las arvejas él siempre se reía. Esa vez le había tocado el pelo: mi pobre y patética muchachita, había dicho. Y le compró la alcancía.

Ella dejó de revolver las monedas, así nunca iba a encontrar la llave. Se levantó y encendió la luz. La prolijidad ante todo, hija mía. Perejil tapioca. Volvió a sentarse en la escalera y empezó a sacar las monedas una por una y a acomodarlas en prolijas pilitas. Nada del otro mundo, por lo menos las primeras: puras monedas de un peso, para el alquiler más bien no le iba a alcanzar, ¿verdad? Él, muy patético, muy golpearse la frente con los puños hacía dos meses pero, ¿acaso no se daba cuenta él de que ella no podía seguir pagando el departamento, sola? Naturalmente él se daba cuenta pero qué iba a hacer, ¿acaso lo que estaba muerto podía resucitarse por el alquiler de un departamento? Ella no sabía si podía resucitarse ni qué diablos era lo que estaba muerto, ella sólo sabía que a la pensión no quería volver: él seguramente recordaría que ella odiaba la pensión. Claro que él lo recordaba; ¿acaso cuando ella le habló

Ella empezó
a revolver las
monedas;
las tomaba a
puñados y las
iba dejando
caer de a pocas,
fijándose bien.
Una escena
bastante triste,
en realidad; la
alcancía había
hecho cranch y
los fragmentos
rodaron por
el piso y se
mezclaron con
las monedas; lo
de ahora bien
podía ser un
castigo.

del departamento, no le había dicho él mismo que lo alquilara sin problemas, que él iba a pagar la mitad? Ella sacó una moneda de cinco centavos: suerte. La próxima era la llave. No era la llave. Pero él le había dicho también, si es que ella no recordaba mal, que únicamente por ahora viviría sola en el departamento, que dentro de poco, cuando él acabara de resolver una serie de conflictos internos (no, sin ánimo de ofenderla él tenía que decirle que ella nunca podría entender qué conflictos), él se vendría a vivir con ella; y que se casarían. Sí, cierto que él lo había dicho, y él lo pensaba realmente cuando lo dijo; ¿qué se creía ella?: ¿que él era un farsante?: ¿acaso no había aprendido a conocerlo en todos estos años? (La luz se apagó pero ella estaba un poco aburrida de encenderla cada vez, total la llave se iba a notar lo mismo en la oscuridad). Sólo que después él había pensado y pensado. Oh, en ella naturalmente, y en él mismo, y en todos estos años, ella ni se imaginaba cuánto se sufre pensando así, le había dolido el alma de tan al fondo que había llegado, podía creerlo ella, y había cosas que ella nunca podría entenderlo. Ciertamente, ella quizá nunca podría entenderlo, ella reconocía que era un poco estúpida (sacó una moneda que debía ser de diez pesos; ya quedaban pocas), ella sólo se acordaba del primer día que entraron al departamento; ¿se acordaba él de lo felices que habían sido esa

vez?; meses, años que no habían sido tan felices, hasta una botella de champagne habían comprado, ¿se acordaba él? Sí, él se acordaba: del champagne y de los saltos de alegría que ella había dado y de tantas otras cosas, oh, ella ni se imaginaba cómo él la había amado, él sufría tanto al decirle esto, ¿ella no se daba cuenta?, ¿no tenía sensibilidad

Y que cuando ella y Úrsula estaban aburridas nada de juguetes, ah no: su mamá sacudía el dedo belga y las ponía a las dos a pelar arvejas. En la parte de las arvejas él siempre se reía. Esa vez le había tocado el pelo: mi pobre y patética muchachita, había dicho. Y le compró la alcancía.

ella? Él hundía la cabeza entre las manos y sufría horrores pero, ¿acaso lo que estaba muerto podía resucitarse por el alquiler de un departamento?

Ella acomodó la última moneda sobre la última pilita. Se levantó y encendió la luz. Volvió a mirar adentro de la cartera; sacó un boleto ajado: si era capicúa iba a encontrar la llave. 38383. In-

dudablemente, todas las cosas le salían redondas hoy: iba a encontrar la llave. Pero dónde. Volvió a fijarse. No: la cartera ya estaba descartada; los bolsillos también. Trató de hacer memoria; sí, estaba segura: la llave no había quedado adentro. Lo recordaba muy bien porque esa mañana, al salir, había tenido que hacer mil malabarismos con el frasquito en una mano y las planillas en la otra, para cerrar la puerta con llave sin que se le cayera el frasquito. Y en el ómnibus tampoco la había perdido porque no abrió la cartera: los catorce pesos los había preparado antes de salir, cosa de no tener líos después, con el frasquito. Una risa. Ella recordó que había pensado que era una risa. Para qué lo cuidaba tanto si al final no había niñito adentro. Oh, naturalmente ella no había creído que las cosas iban a terminar en un frasquito hacía un mes, si no, no iba a ser tan tonta de llamarlo a Nacho y decirle que lo tenía que ver urgente. Parecía tan fácil; él había venido al café y todo. Ella estaba segura de que las cosas se iban a arreglar enseguida, en cuanto él le mirara los ojos, ¿se daba cuenta Nacho qué contratiempo justo ahora?

No, no podía ser.

Sí, ella estaba segura que sí.

Y él estaba seguro que no.

Ella juró que no mentía. Sintió que en esa parte él la iba a mirar, muchacha de los. Con tus mismos ojos azules, había dicho él una tarde, se rió, y con mi genio, claro. Él le iba a escribir poe-

mas como; ella ya no se acordaba como quién. Ahora otra vez lo iba a decir. La miraba a los ojos y lo decía. ¿Acaso lo que estaba muerto no podía resucitarse? Pero él había seguido mirándose las uñas con su cara de siempre y sólo dijo que mejor discutir menos y asegurarse más: lo antes posible. Que cuanto más tiempo la cosa se pone más delicada, él no tenía que recordárselo justamente a ella, ¿no? No, ella se acordaba bastante bien, si a él le parecía; pero también se acordaba de que mejor esperar un poco, lo había leído en una revista: No se desilusione aún, señora: ¿no sucederá que su análisis es prematuro?, él había sonreído con un costado de la boca. Ella miró una vez más, y cerró definitivamente la cartera.

Suerte que era de las que se tuercen pero nunca se rompen y la noche misma del café, nomás se dio cuenta de que Nacho nunca le iba a creer, se le ocurrió lo de Núñez. Sorpresa que se había llevado el gordito, jefecito lindo, miau miau. Tres años seguidos mirándole las piernas. Y peor desde que supo lo de Nacho, así que se peleó con su novio, grandísimo cerdo, no lo podía creer. Ella al principio tampoco, la verdad. Pero la cuestión era recordar dónde había dejado la llave, no llorar sobre la leche derramada, puaj, y además (ella tenía que reconocerlo) después de la primera noche la cosa estaba resultando más fácil. Naranjos. La clave era pensar en algo. Un jardín con margaritas. Y naranjos, no sabía por qué, muchos naranjos. Una vez, ella vestida de tirolesa, con trenzas; otra vez la raptaban los bandidos: al final venía Nacho, que robó un auto,

y la salvaba. Dos veces, entero, el cuento de Hansel y Gretel. O recitar poemas. Muy cerca de mi ocaso yo te bendigo, vida, porque nunca me diste ni esperanza fallida. Y todo para qué si el cerdito se cuidaba. Niños non. Seguro que la llave había quedado en el hotel, cuando se cayeron las monedas. Ahora recordaba perfectamente pero no. No era eso, no. Era cómo se las arreglaba para sacárselo de encima. Cada día más pegajoso. Ella se rió: mañana se presentaba en su despacho. Señor Núñez (decía), tengo que comunicarle que nuestro romance ha terminado: ya entregué el frasquito. Ja ja, entonces él le contestará con mucha cortesía: Bien señorita, queda despedida. Lo único que le faltaba a ella. No, la llave no podía haber quedado en el hotel. Núñez la hubiera visto, era tan prolijo.

Ella decidió que había que proceder con orden. Dentro del departamento ya se había visto que no, y el ómnibus también estaba descartado. Cuando bajó tampoco. Nacho la estaba esperando. Ella lo había conocido desde lejos, parado en la esquina, y se preguntaba para qué diablos había insistido tanto en acompañarla, eran tan sádicos los hombres. Después habían caminado por Florida hasta la Franco y ahí tampoco había podido perder la llave. A ella le daba una risa bárbara, se acordó: ir con él y con el frasquito. La familia tipo, había pensado; no, faltaba el otro, el primogénito. Se lo dijo a Nacho pero a él no pareció hacerle mucha gracia. Después del frasquito habían entrado a un café pero ahí no había abierto la cartera porque pagó Nacho.

Sí, la había abierto para sacar el pañuelo. Lagrimitas no, había

Ella revisó los muebles y después el piso. El hombre también revisó. Una risa, al final ella se pasaba la vida gateando con hombres, lindos vicios tenía, eh. Pero la llave no estaba.



dicho Nacho y dejó la plata sobre la mesa y se fue. Pero el pañuelo es una cosa blanda y ella hubiera oído el ruido de la llave, al caer.

Después venía la oficina. ¿Se había peinado ella en la oficina? Naturalmente se había peinado. ¿Se había arreglado la cara? Se la había arreglado. Pero monedas no sacó, de eso estaba segura porque almorzar más bien hacía días que no, en fin, estar flaca le quedaba precioso, había dicho Luis, le daba un aire de heroína.

Había tomado café, eso sí, pero pagó Luis, él también estaba de lo más caballero desde que supo lo de Nacho. Todos la amaban a ella, qué maravilla. Así que hasta que salió de la oficina, a las siete y media, no había perdido la llave.

¿Qué había hecho ella cuando salió de la oficina? Bárbaro, esto ya parecía una novela policial. Señor Fiscal (¿o era señor Abogado Defensor?), señor Fiscal: ¿qué hizo la acusada

cuando salió de la oficina?

—Fue al correo a mandarle una carta a su madre.

—¿Le escribía la acusada con frecuencia?

—En los últimos tiempos, sí.

—¿Por qué, señor Fiscal?

La acusada no lo sabía en realidad porque plata la madre no le mandaba y lo único que hacía era felicitarla por su decisión tan inteligente de dejarlo al Nacho ese, que los artistas, a la madre, nunca le habían gustado y algo mejor



se merecía su hija, pero de plata ni una palabra y pedírsela directamente ella sabía que era imposible porque entonces la madre le iba a escribir que volviera, qué humillación para ella, después de seis años volver agachando la cabeza y aguantar sus aires de belga venida a menos que ahora le da de comer a las gallinas pero antes. Era lindo, sí, darles de comer. Pero limpiar el gallinero no era nada lindo, no. Para eso era preferible volver a la pensión.

La pensión es hermosa. Buenos Aires es hermosa y no pienso volver nunca más. No. Al fin de cuentas cuando dejara el departamento no tenía por qué volver a la misma pensión y siempre era mejor que las gallinas. Menos mal que a su madre ni se le ocurría decirle que volviera, pura felicitación y nada más. Así que en el correo no había perdido la llave porque si bien había hecho la cola para el franqueo, estampillas no llegó a comprar. De puro contenta (se acordó) había roto la carta en pedacitos y había caminado como mil cuadras sin darse cuenta. No, sí se había dado cuenta, pero recién en Parque Centenario porque miró el reloj y ya era casi la hora de ir a Paternal a encontrarse con Núñez, los lugares que se le ocurrían a este caballero para sus citas de amor, se acordó que había pensado, no lo vaya a pescar la señora miau, y entonces decidió seguir caminando, que catorce pesos son catorce pesos y el ahorro, hija mía, es la base de la fortuna. Y era una risa porque antes de entrar al café de Paternal justo pasaba un tren y ella volvió a pensar fortuna, ya que los trenes, a ella, siempre le traían suerte, desde chica; a ver si ahora entraba y se encontraba una fortuna. Se fijó bien pero no, y para colmo (eso lo había pensado después) ella tenía que. ¡Claro! Cómo no se le había ocurrido antes. La llave la había dejado en el café. Ahora lo recordaba perfectamente porque antes de que se fueran, Núñez, que no tenía cambio para la propina, había dicho, a ver vos que tenés tantas moneditas. Entonces ella había sacado cinco monedas de un peso y había pensado para colmo esto, casi la mitad de un

viaje en ómnibus. Viejo estúpido, para qué había tenido ella que contarle lo de la alcancía. No, lo de la alcancía se lo había contado después, en el hotel. Y ahora sí estaba segura: no había sido en el café había sido en el hotel donde ella perdió la llave. Porque al ratito nomás que entraron, Núñez había levantado la cartera y había dicho qué pesada, entonces ella le contó la historia de la alcancía. Desde el principio, desde la primera vez que la vio en la vidriera, todo por distraerlo un poco, que con sus lindos inventos de las últimas veces para hacerle perder la cabeza, él se estaba volviendo cada noche más audaz, a ver si justo ahora se descuidaba, ahora que el frasquito ya estaba bien guardado en la Franco Inglesa y 10 que pase de ahora en adelante, señora, había dicho Nacho (medio en broma, claro), eso corre por su cuenta y riesgo. Lindo, sí, un nene parecido a Núñez, peladito y barrigón; ella decidió que lo iba a ahorcar apenas naciera y dijo que entonces, cuando no le quedaba más plata, se había armado de coraje y rompió la alcancía. Núñez se había reído, alcancía, qué gracioso, había abierto la cartera y revolvía adentro, muerto de risa, la daba vuelta y ella gritaba no, las moneditas no, pero las monedas igual rodaron por el suelo y por debajo de la cama, y los dos a gatas, con lo feo que quedaba Núñez a gatas, magnolia azafranada había pensado ella y se acordó que esa mañana se había despertado pensando magnolia azul, eso estaba mal, se había dicho, era como si las cosas se estuvieran volviendo menos lindas y no podía ser, magnolia verde, pensó, magnolia roja, pero nada

sonaba tan alegre como magnolia azul. Magnolia azul, azul. Y él que seguía gateando para que no se perdiera ninguna, viejo tacaño, pero la llave seguro que no la vio.

Ella volvió a encender la luz y se fijó la hora: eran las cuatro y veinticinco. Volvió a sentarse. Y bien, ¿qué iba a hacer ahora que ya sabía con seguridad dónde estaba la llave? Naturalmente no se iba a quedar toda la vida ahí, esperando que la puerta se abriera sola. Sésamo, ábrete. Ella miró la puerta y se rió. Por supuesto; ella no era tan tonta como para creer en esas fantasías. Se puso de pie: acababa de tomar una decisión. Al toro había que agarrarlo por las astas. Después de todo era divertido. Mi madre, ¿cuántas en el mundo se podían dar el lujo de golpear solas, a esa hora de la madrugada, en la puerta de un hotel?

Ella bajó los dos pisos, atravesó el pasillo y salió a la calle. Ni un alma. Pensó qué cómico si Nacho la pudiera ver, él que era tan celoso: después de las diez, ni la nariz afuera. Oyó pasos y se dio vuelta. No era Nacho. Claro. Corrió las dos cuadras hasta el poste. No, no tenía miedo, la cosa era pensar en algo. Don Pepito el verdulero, recitó: estaba un poco agitada, por la corrida. Don Pepito el verdulero se metió dentro un sombrero; el sombrero era de paja, se metió dentro una caja; la caja era de cartón, ahí venía el ómnibus menos mal, se metió dentro un cajón; el cajón era de pino, se metió dentro un pepino; el pepino maduró, ella había subido, y Pepito se salvó.

Pagó el boleto y se sentó. Los otros pasajeros eran un borracho y un viejo, ¿adónde podía ir un

viejo a estas horas? A lo mejor se le había muerto alguien. Una nieta. El viejo la miraba a ella que tenía la misma edad de su querida nietecita y era tan rubia, así de rubia era ella: al viejo le caían gruesas lágrimas; después, antes de bajar, le regalaba diez mil pesos. No. El viejo seguía dando cabezadas; estaba dormido ahora. Ella también tenía sueño, acababa de darse cuenta. Subió otro hombre, cara de noctámbulo, vida insalubre. Qué plato, ¿no?, si cuando llegaba al hotel y veía la cama se quedaba dormida. Después, a la mañana, no la dejaban salir: No, señorita: de aquí no puede salir si no es acompañada. Pero, señor, si yo vine sola. No importa; igual no puede salir: el reglamento es el reglamento.

Vea una cómo podía solucionar el problema de la vivienda. Era acá. Adiós, hombres solitarios, adiós; se va la hermosa rubiecita que les alegró el viaje. Ella bajó.

Corrió hasta el hotel y golpeó la puerta. El hombre tardó bastante: tenía cara de dormido.

—¿Qué quiere —dijo.

—Busco una llave.

El hombre se frotó los ojos; no entendía. Ella le contó toda la historia. Había estado hoy ahí, como a las doce, ¿no se acordaba él?; con una persona mayor, de portafolios. Eso sin duda le daba un tono de seriedad al asunto.

El hombre volvió a frotarse los ojos.

—¿En qué habitación? —dijo.

Ella no sabía explicarle en qué habitación pero si la dejaba entrar seguro que la encontraría.

—Entre —dijo el hombre.

Ella atravesó el vestíbulo y los corredores, con el hombre atrás. No era tan sencillo: todas

las puertas se parecían. Esta. Ella señaló una habitación con el dedo. El hombre abrió, estaba desocupada, menos mal.

Ella revisó los muebles y después el piso. El hombre también revisó. Una risa, al final ella se pasaba la vida gateando con hombres, lindos vicios tenía, eh. Pero la llave no estaba.

Ella salió. Ahora sólo le quedaba el café. El primer pálpito era el que vale y ya que se estaba en el baile se bailaba, ¿no? Tres cuadras, no era para tanto; una noche bien emocionante al fin de cuentas. Para recordarla cuando una era vieja y contársela a los nietos. Ah, sí. Lindas historias les iba a contar ella a los nietos, así le iban a salir. No. La historia de Blancanieves. A los nietos la historia de Blancanieves, como la abuela de ella. La abuela sí que no había sido como la madre, se reía tanto. Ella y Úrsula se le sentaban en las rodillas. Úrsula no, ella, aunque era la más grande. Por lo rubia. Esta me gusta más porque es tan rubia, cara de ángel, mirala. Sí, cara de ángel (su madre hacía un ruido con la nariz), pero es una vanidosa, ya vas a ver, ésta, cuando sea grande, se va a quedar sentada esperando al Príncipe Azul.

Ella oyó el pitido de un tren. Ya estaba cerca, se puso contenta. Cuando eran chicas, ella y Úrsula siempre querían vivir cerca de las vías así oían el pitido, a la noche. Y la casa mía va a ser grande y va a tener un jardín con flores, decía Úrsula. Y la mía con jardín y con flores, decía ella, y además las paredes van a ser ventanas, todas de cristal, y yo voy a ver los naranjos y las luces del tren desde las ventanas y no voy a tener miedo porque voy a dormir

con mi marido. Y mi marido va a ser alto, decía Úrsula, y pianista. Y mi marido más alto todavía, y rubio como yo pero con la piel tostada porque va a ser marino; y los ojos verdes. Y yo voy a tener tres hijos, decía Úrsula, un varón y dos nenas. Y yo voy a tener cuatro hijos, todos varones así yo soy la única chica de la casa y todos me quieren a mí más que a nadie.

Era allí; por suerte estaba abierto. Ella hubiera jurado que los bares como ese siempre estaban abiertos. El hombre del mostrador le sonrió; no era una sonrisa muy linda pero al menos daba la impresión de que el hombre la reconocía, la cosa pintaba bien. Bien. Ahora que todo parecía marchar viento en popa era el momento de preguntar por la llave. ¿Había encontrado el señor una llave? No, el señor no había encontrado ninguna llave, pero si ella quería quedarse un rato, ¿eh, chiquita? Oh, qué valiosa

era ella, Dios mío: todos la solicitaban. El hombre volvió a sonreír. ¿Qué hacía ella a estas horas, solita?

—Buscaba una llave.

Ella salió. Vio una casa con las luces encendidas, unos pasos más allá: era una panadería. A estas horas debían estar horneando el pan. A veces, ella y Úrsula se despertaban a la noche y pensaban que lo más lindo del mundo debía ser estar comiendo pan caliente recién salido del horno, y tenían tantas ganas que de sólo pensarlo se volvían locas. A ella le quedaban muchas monedas todavía. Podía golpear a la puerta de la panadería y comprar una bolsa llena de panes calientes y comérselos todos mientras veía pasar los trenes hasta que fuera de día.

Pero cuando llegó a la puerta e iba a golpear se dio cuenta que no, que era muy raro pero no tenía ganas de comer pan.

No tenía nada de ganas. Culo negro, pensó. Y siguió caminando. Y de pronto fue muy cómico porque ella volvió a recordar que esa mañana se había despertado pensando magnolia azul y había una idea, o una historia, algo que le andaba dando vueltas en la cabeza y que debía ser muy cómico. Trató de volver atrás y acordarse. Y se acordó. Y eso le dio mucha risa porque la historia era un chiste que Nacho le había contado donde a un hombre le tienen que tomar la fiebre y, por hacerle una broma, en vez del termómetro le ponen una magnolia. Justo una magnolia y justo en ese lugar. Era tan rara la vida; como si todo se cerrara. La realidad era como círculos, sí.

Cruzó la calle. Ya no tenía a donde ir a buscar la llave. Oyó el pitido del tren y vio que la barreira estaba bajando. Creo que voy a matarme, pensó. ☹



Liliana Heker

Buenos Aires, Argentina – 1943

Cuentista, novelista y ensayista. Fundó y fue responsable, con Abelardo Castillo, de dos de las revistas de literatura de mayor repercusión en las letras argentinas y latinoamericanas: *El Escarabajo de Oro* (1961-1974), y *El Ornitorrinco* (1977-1986).

En ficción, publicó las novelas *Zona de clivaje* y *El fin de la historia*, y cinco libros de cuentos recientemente recopilados bajo el título *Cuentos reunidos*. Obtuvo, entre otras distinciones, la Mención Única del Concurso Hispanoamericano de Literatura de Casa de las Américas, el Primer Premio Municipal de Novela, el Premio Konex de Platino, el Premio Esteban Echeverría a la Trayectoria, y el Premio a la Trayectoria de la Asociación de Artistas Premiados. Entre 2005 y 2011 se desempeñó como directora del Fondo Nacional de las Artes. Sus cuentos completos han sido traducidos al inglés y muchos de sus relatos se han publicado también en Alemania, Rusia, Turquía, Holanda, Canadá y Polonia. Heredera de la gran tradición cuentística norteamericana, Liliana Heker está considerada como una de las más destacadas narradoras argentinas.

Pilares de la noche vana

PREMIO DE LITERATURA
MIGUEL RIOFRÍO 2019
VII EDICIÓN
(NOVELA CORTA)

■ Jeovanny Benavides

CAPÍTULO I

Era una fría noche de invierno en Buenos Aires. Desde las primeras horas de la tarde había caído una lluvia tan intensa que por las principales calles y avenidas de la ciudad era imposible caminar sin mojarse los tobillos. El diluvio me sorprendió en el trayecto de Puerto Madero hacia la 9 de Julio. Recién allí supe que las estaciones del metro estaban cerradas por una huelga de maquinistas y operadores, los autobuses iban repletos y, para colmo, los taxis transitaban ocupados. Todo mal. Para protegerme de la lluvia compré un paraguas que un viento huracanado me arranchó de las manos en un par de minutos, de modo que tuve que caminar más de veinte cuadras hasta mi departamento, situado en Corrientes y Callao, empapada, malhumorada y con la horrible sensación de que aquella interminable odisea sería el preludio de una recurrente serie de sucesos catastróficos.

Cuando llegué no había luz en el edificio y por primera vez lamenté vivir en un quinto piso. Mientras subía por las escaleras, mi ropa se me hacía pesadísima y mis zapatos, empapados también, croaban a cada paso. Llegar por fin a mi departamento fue un gran ali-





vio, pero como mi teléfono celular no encendía y la televisión tampoco, me sentí más sola que nunca. Afuera, en las calles, las luces lo encandilaban todo. Desde mi balcón podía ver cómo la gente iba y venía por Corrientes, la avenida que jamás dormía. En mi departamento, en cambio,

todo estaba a oscuras y un aroma a ropa recién planchada se había adueñado de la sala. La luz podía llegar en cualquier momento. Y mientras pensaba en ello me percaté de que no me había cambiado de ropa. Fui al baño, me duché a oscuras y me puse la primera bata que encontré y un abrigo.

Minutos después llegó la energía eléctrica. Solo entonces me di cuenta de que había mojado toda la sala en mi trayecto hasta el balcón, en mi afán por buscar la luz de la calle. Si mamá estuviera aquí me regañaría muy fuerte, pero hacía menos de un año un cáncer fulminante me la

Cuando llegué
no había luz en el
edificio y por primera
vez lamenté vivir
en un quinto piso.
Mientras subía por las
escaleras, mi ropa se
me hacía pesadísima
y mis zapatos,
empapados también,
croaban a cada paso.
Llegar por fin a mi
departamento fue un
gran alivio, pero como
mi teléfono celular no
encendía y la televisión
tampoco, me sentí
más sola que nunca.

había quitado para siempre. Me acodé en el balcón, me acomodé una toalla sobre mi cabeza, me abrigué lo mejor que pude y lloré amargamente como cada vez

que pensaba en ella, es decir casi siempre. Me serví una copa de un vino que guardaba en una gaveta. Mientras bebía cada sorbo, una sucesión caótica de los momentos que me trajeron hasta aquí se atiborraron en mi mente y, como una imbécil, no hacía más que preguntarme: ¿por qué?

Yo había cumplido los 18 años en Navidad y ahora tenía frente a mí un futuro incierto. Hacía apenas tres meses había empezado a cursar medicina en la Universidad Católica, uno de los sueños de mamá que no pudo ver cumplido. Mi padre nos había abandonado hacía tres años, meses antes de que apareciera el cáncer, aquella maldita enfermedad con la que lidiamos las dos y que acabó por vencer nos luego de una lenta y exhausta agonía. Mi padre desapareció durante todo ese tiempo; jamás contestó mis llamadas ni respondía mis *e-mails*. Supe que se había ido a Punta del Este a disfrutar de su romance con una chica apenas unos años

mayor que yo. Cada noticia que recibíamos de él parecía agravar más la enfermedad de mamá. Un día, unos cuatro meses antes de morir, ella me dijo que yo tenía

una hermana que ya iba a cumplir tres años. No quise escuchar más y la hice callar mientras le daba una sopa que sorbía con lentitud.

Cuando mamá dejó la clínica y la enviaron a morir en casa, porque nos dijeron que su caso estaba perdido, contratamos dos enfermeras que se alternaban en turnos rotativos para que pasaran las 24 horas del día con ella. Seguí estudiando en el colegio, aunque no podía concentrarme en nada. Mis dos mejores amigas, Sol y Natalia, me ayudaban con las tareas y procuraban darme ánimos. Sin embargo, cada día que pasaba me devastaba un poco más. Me gradué con las peores calificaciones. No obstante, mamá se alegró y me dijo que sería una gran doctora. Papá no fue a mi graduación ni yo tampoco lo esperaba. Pese a su desprecio, abandono y traición, mamá siempre lo amó. A veces la encontraba llorando como una tonta y yo le decía que no valía la pena; desde que se fue, ya el simple hecho de recordarlo era inútil. Me decía que sí, pero yo sabía que no me escuchaba.

Mamá había muerto el 20 de septiembre del año anterior. Al día siguiente, justo al inicio de la primavera argentina, fue su funeral. Mientras todos mis amigos, familiares y conocidos se organizaban para asistir al espectáculo por el comienzo de la estación más bella del año en Plaza Moreno, frente a la catedral de la ciudad de La Plata, yo preparaba su sepelio desde la mañana.

La ceremonia católica se realizó en una pequeña iglesia ubicada sobre Diagonal 80; empezó hacia las cuatro de la tarde y fue

íntima y muy breve. Asistieron apenas unas cuantas amigas de mamá, mis dos tíos maternos, Sol, Natalia y dos chicos, Bruno y Martín, que llevaban años cortejándome sin éxito. Papá se apareció como un fantasma cuando el cura nos daba la bendición y ordenaba que mi madre tuviera «el descanso eterno y que brille sobre ella la luz perpetua».

No sé si esa luz perpetua que tanto mencionaba el sacerdote había recaído sobre mi cara, pero lo cierto es que me secaba las lágrimas y me restregaba muy fuerte los ojos para ver bien, para intentar creer, por lo menos, que una majadería y desfachatez semejantes eran posibles. Como si fuera el tráiler de una mala película de suspenso, recuerdo que me le acerqué, y justo cuando abría los brazos para saludarme le di una cachetada tan fuerte que partió sus lentes a la mitad y lo hizo estremecer hasta casi caer.

—¿Y quién te crees, hijo de puta?

Y entonces, solo entonces, alcancé a escuchar que me decía:

—Victoria, hija mía, ya cálmate.

El grito retumbó en toda la iglesia. Lo siguiente que recuerdo fue que me abalancé sobre él como un luchador de sumo, y que mientras Natalia y Martín me sujetaban, mis tíos lo arrastraban fuera del templo. Después, la ceremonia fue una sucesión de gritos, insultos y empujones, un caos total que mi madre no merecía. Afuera, a papá lo esperaba su querida en un Renault Logan negro, junto a una niña de unos tres años que supuse sería la hermana de la cual me habló mamá.

Las siguientes semanas fueron de total incertidumbre. Salía

a veces con Sol y Natalia, pero mientras estaba con ellas lo único que quería era volver a la cama donde había muerto mamá, con el único propósito de llorar

Cada noticia
que recibíamos
de él parecía
agravar más
la enfermedad
de mamá. Un
día, unos cuatro
meses antes de
morir, ella me dijo
que yo tenía una
hermana que
ya iba a cumplir
tres años. No
quise escuchar
más y la hice
callar mientras le
daba una sopa
que sorbía con
lentitud.

durante horas hasta quedarme dormida. Allí, en sueños, ella me hablaba, me decía: «Mi Victorita todo va a estar bien», y yo sentía cómo me secaba el sudor de la frente.

A veces también salía con Bruno y Martín. En esos paseos interminables por El Bosque y por República de Los Niños en La Plata, yo les decía que me sentía como Alejandra, el personaje de *Sobre héroes y tumbas*, al estar con el sabio Bruno y el adolescente Martín. Me contestaban que en la novela de Sabato, Alejandra iniciaba a Martín en el arte sexual y que acá, en la novela de nuestras vidas, bien podría tratarse de un trío. Y reíamos.

Poco a poco me fui acostumbrando a una vida sin mamá. Sobrellevar un largo cáncer ayuda. Al ser sinónimo de muerte, el ser humano se va haciendo a la idea de que el descanso eterno vendrá en cualquier momento.

Empecé a llorar menos y a dedicar casi todo mi tiempo en ordenar sus libros y *souvenirs*. En casi todas las fotos aparecía con mi papá, especialmente en los viajes que había hecho por el interior de la Argentina, Europa y Estados Unidos. Lo amaba con locura y hasta, creo, de una forma idiota, porque lejos de odiarlo por irse con otra, lo trataba de comprender y pasaba horas preguntándose y preguntándome en qué había fallado para que él decidiera marcharse de casa. Yo le decía que dejara de ser tan estúpida, que él era un perro indigno de su cariño. Sin embargo, ella me miraba cuando yo decía esto porque sabía que al voltear la página y pensar una vida sin él lo que había era cáncer y la inminente muerte. La nada absoluta.

Yo hubiera esperado que antes de morir, mi madre me hubiera tomado de la mano y me hubiera pedido vengarme de papá, pero no; solo me dijo que



lo comprendiera y que dejara de tener tanto odio en mi corazón. Al fin de cuentas, mi madre era una santa, pero en este mundo los santos solo sirven para complacer las aspiraciones de los cínicos.

La víspera de la última Navidad, mi tío Mario se presentó con papá en casa cerca de las nueve de la noche. Me dijo que lo escuchara. Papá habló por horas, me dijo que era momento de la reconciliación, pero yo solo quería ir a dormir.

Recordé lo que dijo mamá sobre la importancia de no guardar rencor: que para mí, la vida seguía y que la aprovechara al máximo. Por eso supuse que ya era momento de continuar sin rencillas. Además, sabía lo terco que era papá, y si le decía que

no, era capaz de tenerme sentada con él hasta el amanecer; así que entre bostezos le dije que sí. Lo abracé y se fue. Mi tío Mario me dijo que había sido una buena decisión.

Al día siguiente papá llegó muy temprano y me dijo que había conseguido un lindo departamento en el corazón de Buenos Aires para que yo no tuviera problemas en estudiar la carrera de medicina en la Universidad Católica de la capital.

Todo pasó muy rápido. Días después, ya en Año Nuevo, en una reunión íntima y dolorosa, me despedí de Sol, Natalia, Bruno y Martín. Claro, nos íbamos a ver, claro que la capital quedaba a cuarenta minutos de distancia, claro que nos juntaríamos los fines de semana,

claro... decíamos esas cosas por decir las, sin fe, porque sabíamos que de allí en adelante nada sería lo mismo.

Papá me dejó instalada en el departamento de Buenos Aires. Pasamos cinco días juntos arreglando mis cosas y resolviendo trámites en la empresa de inquilinato. Me trataba como a una niña; incluso, me acompañó a mi primer día en la universidad. Sin embargo, y pese a sus esfuerzos, yo no podía verlo ya más como un padre, sino como un ser extraño, ajeno a mis sentimientos y emociones, que me ayudaba como para hacerse un favor él mismo, tranquilizar su conciencia por dejarme abandonada tanto tiempo y así tener la calma necesaria para dormir en paz por las noches.

Una vez que me dejó en el departamento, y para completar su cinismo, se mudó a mi casa en La Plata. Como mi madre y él jamás se divorciaron, la casa le pertenecía legalmente. Eso no me molestaba en lo absoluto, sino el hecho de que haya metido en ese lugar a su amante, ahora ya su mujer, y a la hija de ambos, o sea a mi hermanastra. ¡Dios, qué palabra tan horrible!

En ese sitio en que mis padres fueron alguna vez felices, en que yo aprendí a caminar y pasé lo mejor de mi niñez, donde a mi madre poco a poco la fue consumiendo el cáncer hasta matarla, allí, precisamente allí,



en ese lugar, a mi papá se le ocurrió empezar una nueva vida

con un hogar feliz. ¿El cinismo tenía límites? Pero traté de no pensar en ello.

Agarré mi celular para encenderlo de nuevo y comprobar si por fin funcionaba. Encendió, gracias al cielo. Empezó a hacer más frío y entré al departamento; solo entonces recordé que no había comido nada, pero tampoco tenía hambre. Me senté en el mueble grande de la sala y comencé a revisar los mensajes del teléfono. El primero era de mi padre y decía: «Mañana a las 12 paso por vos para ir a almorzar con Marcela y tu hermana». No, definitivamente no. El cinismo no tenía límites. ❖



Jeovanny Benavides

Manabí, 1981

Escritor, profesor universitario, periodista y editor académico ecuatoriano. Es Doctor (PhD) en Comunicación por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), tiene un Posdoctorado en Historia por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Freie Universität Berlín (Alemania) y posee un Máster en Edición por la Universidad Complutense de Madrid (España).

En noviembre de 2019 ganó el Premio Nacional de Literatura del Ecuador Miguel Riofrío por su novela *Pilares de la noche vana*.

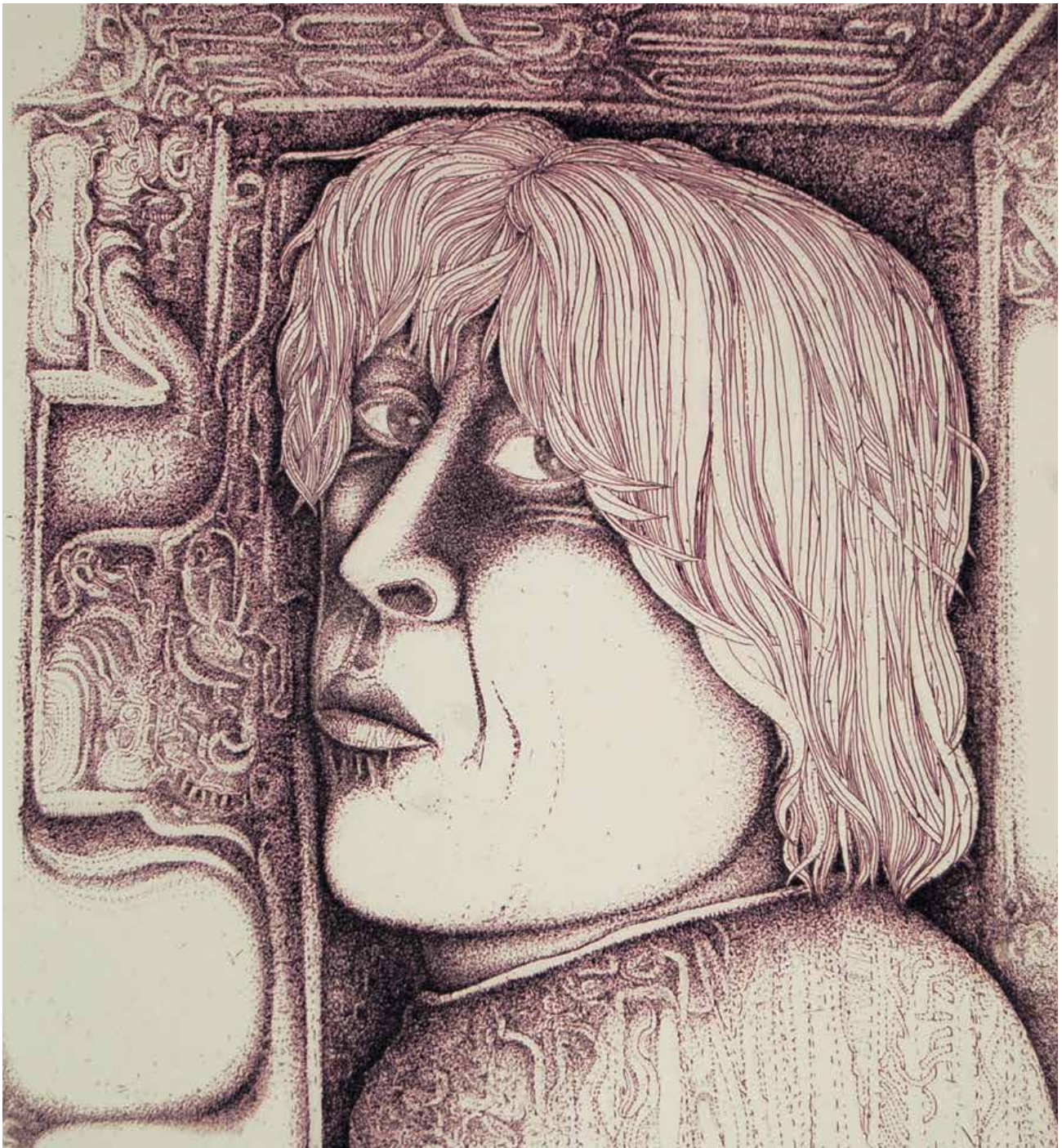
Ha sido ganador del Concurso Internacional de Cuentos convocado por la revista *Carátula* de Nicaragua en el 2011. Obtuvo un reconocimiento en el certamen de periodismo narrativo 'Las Nuevas Plumas 2011', convocado por la Universidad de Guadalajara (México) y fue finalista del Primer Concurso de Crónicas del Ecuador, organizado por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (Ciespal), en el 2014. En el 2005 y en el 2010 fue becario de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y de la Universidad Nacional San Martín de Argentina en el marco de la Cátedra Coetzee, para formarse con el Premio Nobel de Literatura 2015, el sudafricano John Maxwell Coetzee.

Ha realizado importantes publicaciones en destacadas revistas académicas hispanoamericanas en las que ha difundido sus ideas en ensayos y artículos sobre la escritura y la crónica periodístico-literaria. Desde el 2012 y hasta la actualidad es profesor titular a tiempo completo de la Facultad de Ciencias Humanísticas y Sociales de la Universidad Técnica de Manabí (Ecuador).

Es coautor de los libros *El hombre que se convirtió en espejo y otras crónicas*, *Bajo el cielo de América* y *Antología de crónicas de Ciespal 2014*.

Ucronías de Miguel Varea

■ Humberto Montero



Autorretrato, gráfico ■

Miguel Ángel Varea Maldonado, emancipado del colegio, de la estructura académica primaria, y de la que fuera secundaria para él, se refleja suspendido en su generación, en la de los sesenta psicodélicos, tardíos en el Ecuador, pero proactivos, presentes y roqueros en Varea: el joven que cursaría dos años de universidad en Quito y algo más de un año de grabado calcográfico en Madrid. Luego de eso: su propia escuela, su academicismo y su labor. Algo semejante a lo que forjaría Kurt Schwitters en su mundo *one-man-dadaist*. Destino inamovible como los destinos de esos tantos que se encarrilaron en su propio tren de una sola estación.

El graduado de las academias se libera de sus nombres que lo inscriben como ciudadano y se designa tan solo como Miguel. Libre en su espacio y libre para caligrafiar dibujos en el levitado tiempo de artista. Y es que el tiempo se detuvo para el que siempre insistió ser joven y anárquico, y que en su obra evolucionó a partir del tiempo que él mismo impuso y que escogió edificarlo a su modo.

Esta es la designación que propone la ucronía de Varea, la cualidad sincrónica de un tiempo cero a partir del cual el ser que en él discurre, el Miguel autobiográfico, evoluciona en su cordura y su locura, ambas dualidad de mente creativa y productora, y se perenniza como habitante infinito de su espacio, de su tiempo y de su mundo; y, por consecuente generación casi espontánea, de sus significados, formas y estética.



Asuntos difíciles, aguafuerte, 1983

De esta manera nos llega el mundo de Miguel: de expresión hierática, arte-artesanal en forma; caligráfico en trazo, con su propia voz interna, la única audible; y con su propia escritura ortográfica, la única posible. Es un mundo libre y confinado en sí mismo, con tantos habitantes, tanta compañía y tanta soledad, hecho a la medida del demiurgo que lo detuvo, lo crío y que fue capaz de edificarlo.

Este Miguel poético despliega narraciones extraordinarias fuera del orden común que avanza con el tiempo ajeno al ordinario, y que no son sino propias del orden ucrónico del dibujante.



Es así que resulta muy fácil conocer a este artista a través de su obra, pues esta ha sido autorretratada por el demiurgo que la firma y la refrenda como Miguel, y que nos permite conocer un mundo dibujado a imagen y semejanza del autor.

Así identificamos el dibujo caligráfico. Un dibujo de plumi-lla fina, iluminado y trazado con meticulosidad oriental; minucioso en la acumulación de líneas sueltas o visceral en cuanto a las acumulaciones entramadas que dan volumen, que producen sombras como metonimias de una fuente de luz viva: la del demiurgo, y que, principalmente, describe espacios, volúmenes y sobre todo personajes de la misma naturaleza de su «autodeterminado» entorno.

Este Miguel poético despliega narraciones extraordinarias fuera del orden común que avanza con el tiempo ajeno al ordinario, y que no son sino propias del orden ucrónico del dibujante, y dentro de entramados retóricos o en estampas que conforman portadas de historietas que el lector de esos dibujos, observador de la palabra de Varea, pueda ser capaz de articular.

La *poiesis* descrita se eleva con la técnica empleada que se percibe en cada dibujo; tan prolija en el detalle. Una técnica académica que le permite acumular las tramas que conforman los volúmenes naturalistas del dibujo y con la que es capaz de figurar rasgos estáticos, los hieráticos de rostros, por ejemplo, o de definir movimientos en un tiempo descriptivo y siempre imperfecto a partir de posturas asimétricas de

■ *Embarazada*, tinta, 1978

pies volteados o de rostros henchidos y ahogados en palabras.

Así se conforman los personajes en el mundo suspendido de Miguel Varea. Muy observadores con quienes los miramos detalladamente, aunque —casi siempre, y esa es la norma de la excepción— silenciosos y atentos a lo que suena en su ambiente. Rock clásico, seguro: de Creedence, de los Allman Brothers, de Cream, de Canned Heat... O síntesis aditivas de bullicios transeúntes idealizados en el *topos* de Varea.

Esa música, esos ruidos (también ucrónicos, suspendidos en el tiempo...), se absorben invadiendo en los espacios diagramados y alterando la presión atmosférica tan perceptible, visualmente, como partículas sonoras que, de una manera sinestésica, Varea las resuelve con meticuloso puntillismo entre los espacios y las formas: auténticas brumas atmosféricas con volumen, tono y voz personal.

Y con lo lleno va el vacío. Amplias zonas no tratadas en el soporte, sin trazos ni manchas de alguna tinta, y tan solo blancas o pletóricas de blanco que por lo general determinan consonancias con lo lleno. Las podemos apreciar en ciertos detalles que aparecen en las obras, por ejemplo, en varios marcos sin dibujos o cabezas con tan solo labios y liberadas de expresión.

Esas representaciones figurativas pueden ser naturalistas o caricaturizadas, aunque siempre con carácter, para lo cual, Miguel Varea incluso agranda y abulta personajes —anónimos en una suerte de «carga montón»—, y los acopia en espacios apretados con el fin de generar hipérbolas figurativas o acumulaciones

pictográficas; o para configurar sitios referentes consigo mismo (habitaciones, el estudio, su taller) y muchas veces incluyéndose, autorretratado, como el habitante principal de las ucronías de Varea.

En cuanto a la paleta de color que más lo identifica, no es sino la del tintero. Monocromática en la mayoría de dibujos, o de color local que tiñe la atmósfera de una pintura o de un texto protagónico.

Y es que no podría ser de otra manera, el color se suspende en el grado cero de la esfera de significación de su autor definiendo la temperatura de los ambientes-sin-tiempo de cada composición. Ambientaciones y ambientados en los ambientes de Miguel, siempre designados con etiquetas nominales: «Asunto difícil», «Bestia de arriba, bestia de abajo», «Los dioses», «Herradero», «Sota de tripas». Muchas de estas complementadas con máximas que sentencian y que devienen como bases textuales de estructura:

—Apotegmas: «En este momento nace una presencia de lo bello».

—Adagios: «Los estados emocionales fuertes y profundos dejan huellas indestructibles en nuestra memoria».

—Confesiones: «A mí me fascina el mundo de la droga, ese hecho de ir a conseguirla, esa marginalidad, esos barrios, esa

«A mí me fascina el mundo de la droga, ese hecho de ir a conseguirla, esa marginalidad, esos barrios, esa gente, ese secreto, ese misterio; esos mundos del centro de Quito, San Roque, San Marcos, Santo Domingo. Esa gente donde voy a cargarme me abre un mundo alucinante».



Deskarada, tinta sobre cartulina



■ Reunión, gráfico

(Fotos tomadas de: <https://miguelvarea.com>)

gente, ese secreto, ese misterio; esos mundos del centro de Quito, San Roque, San Marcos, Santo Domingo. Esa gente donde voy a cargarme me abre un mundo alucinante».

—Metáforas descriptivas resueltas con el solecismo estricto de Varea: «Somos instantes ke duran añísimos en universos ke nos hacemos a punte rekorrer kaminísimos más trillados ke la misma mierda».

—Aforismos: «...Las experiencias cotidianas. Cuotidianas experiencias».

—Etopeyas: «Borrachera psicodélica. La gente está alucinando porque está intoxicada y ya no ve la realidad como es».

—Definiciones: «La pelona viene a ser akella vieja ke te lleva sin remedio a la caja: fetiche rituado por los llamados deudos. Experiencia trágika».

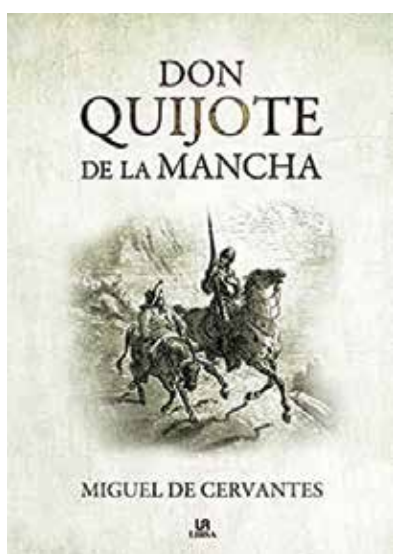
Cuánta capacidad descriptiva de rasgos internos, psicológicos, morales contiene una sentencia de Miguel Ángel Varea Maldonado, devela un dibujo de Miguel Varea Maldonado, con-

viene una composición de Miguel Varea. Son tantas que alumbran un mundo alucinante y que develan un temperamento adictivo, «drugo o guardado», como él mismo lo designa, de un solo habitante en su propia ucronía.

Para saberlo se ha de mirar atentamente la obra de este autor sincrónico y agudo con el fin de percibir su latente estado de cordura y su manifiesta esencia de locura sintetizados en la ucronía de un tiempo que, para Miguel Varea, para el que firma Miguel en cada obra, habrá sido siempre el mejor. ☯

De obras, autores y algo más

■ Fernando Tingjero



Cierta corriente de la crítica, muy en boga en la década de los sesenta, introdujo el concepto de la autonomía del texto como uno de sus principios fundamentales. «El texto y nada más que el texto» —se decía dando a esa frase la entonación de un dogma—. No faltaron entonces algunos conservadores que, sacándolo de contexto, convirtieron el dogma en un arma contra la sociología de la literatura, porque les olía a comunismo; pero tampoco faltaron algunos intelectuales de la izquierda ‘radical’ de esos tiempos, para quienes el dogma escondía «protervos propósitos de esterilización de las obras literarias».

Han pasado los años y con ellos los fervores de esos tiempos: las aguas han vuelto a sus niveles. Ni la sociología de la literatura son un instrumento del demonio, ni el principio de la autonomía del texto es una idea reaccionaria. La primera se propone estudiar las condiciones sociales de la «producción, circulación y consumo de textos literarios» —para decirlo con una de las chatas fórmulas al uso en las ciencias sociales—; la otra persigue la «especificidad del texto literario» —según el lenguaje de la corriente aquella—. Una y otra, desde diferentes ángulos y con propósitos distintos, contribuyen al conocimiento de las razones que hacen de la literatura una de las más elevadas manifestaciones de lo humano. (Para mí, no sé si en primero o en segundo lugar, se encuentra la música, pero ese es ya otro tema).

Una de las más importantes condiciones de la producción y el consumo de las obras literarias es la *ideología*, tanto la del autor como la del público que recibe la obra literaria. De la primera depende lo que la obra dice; de la segunda, lo que el público entiende que la obra dice. Si he de acoger el criterio de Paul Valéry, el valor de la obra no dependerá jamás de la primera, sino de la segunda, puesto que es el público lector quien dictará la sentencia definitiva sobre la obra. Será por eso que alguna vez, al terminar una clase en la que yo había hablado apasionadamente del *Quijote*, una alumna me preguntó si ya había leído un libro equis, y mencionó un título que ya he olvidado. Le dije que no, aunque había visto alguna nota de prensa sobre ese libro; y la alumna, con sorpresa real o fingida exclamó: «¡Cómo!; Pero si ya es *best seller* por novena semana consecutiva!», y yo le respondí con el tono más humilde que pude adoptar: «¡Qué pena! Yo sigo hablando de una obra que solo tiene cuatrocientos años de ser la más conocida en lengua castellana».



Cuando hablo de ideología me refiero a un concepto que alude a las representaciones mentales de la realidad social que percibimos, en las cuales la racionalidad se ve siempre enturbiada por la presencia de los deseos, temores, prejuicios y afectos que todos llevamos con nosotros. En nuestro tiempo, sin embargo, la razón instrumental (que es diferente de la razón reflexiva) ha llevado a cabo una drástica reducción del territorio semántico de la palabra ideología, dejándolo apenas en su dimensión política. Esta última, no obstante, no es sino la parte visible de una suerte de *iceberg* mental, cuya mayor extensión se encuentra sumergida. Ser liberal, socialista o anarquista no son opciones puramente intelectuales que podamos elegir libremente por simples procedi-

mientos lógico-rationales. Son, en mayor grado del que podríamos imaginar, la expresión de simpatías, temores y anhelos que involucran nuestra *situación* en el seno de la sociedad a la que pertenecemos; entendiendo que tal situación incluye el origen de nuestros ingresos y nuestro nivel de vida, pero también, y con la misma importancia, nuestras relaciones personales (familiares, laborales, amicales) tanto como los valores al uso, y las fatalidades que nos impone la memoria de nuestra propia vida y de la vida de nuestros antepasados, sin que falten los cálculos racionales del interés, siempre empañado con el vaho del deseo.

Aparte de dar al mundo la coherencia que requieren los propósitos de cualquier individuo, las ideologías tienen tam-

bién una función de orden ético, que consiste en usar las nociones de lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido, lo digno de recompensa y de castigo, las cuales trabajan siempre en el fondo de todos los seres humanos para justificar su situación social: la del privilegiado, la del combatiente o la del profeta; la del cobarde también. Las ideologías nos proveen, de este modo, de los motivos de legitimación de nuestros actos y conductas: tienden a verse como normas y es frecuente que se pretenda otorgarlas un alcance que supera los límites del tiempo.

Pero hay que cuidarse de dejar en el olvido que no hay conciencia humana sin lenguaje: las palabras son, por eso, el nido preferido por las ideologías. Es como si en cada palabra hubiese, por así decir, dos niveles distintos: uno es aquel que los diccionarios codifican; otro el que sirve a las ideologías para implantar campos semánticos teñidos de su color particular. De ahí que una misma palabra se presente con matices distintos y pueda transmitir significados diferentes: *libertad* no suena igual si es pronunciada por Sartre o por Isaiah Berlin: en cada caso lleva consigo connotaciones diferentes, de las cuales no es ajena la memoria de las experiencias vividas y la locura de los grandes anhelos.

Esta es la razón por la cual debe entenderse como legítima la investigación de la ideología en la literatura, partiendo del principio de que todo texto literario, aún el más oscuro en apariencia, es capaz de transparentar la ideología de su autor y de la clase en la que su autor se encuentra inscrito —teniendo en cuenta

En suma: el principio de la autonomía del texto, aunque ya ha perdido la aureola de los dogmas, sigue siendo *relativamente* válido. No conozco un solo libro que, para ser asimilado, disfrutado o rechazado, requiera la presencia de su autor ni el conocimiento de su vida y sus manías.

sin embargo que muchas veces la ideología del texto no coincide exactamente con la que su autor profesa o cree profesar—. Por eso he pensado que para investigar la ideología de un texto (y de su autor) es necesario proceder como un detective que busca al asesino y trata de descubrirlo detrás de todos sus disfraces (pero esta última idea no es más que el

retoque o modificación de otra que encontré en un texto de Moreano).

Sin embargo, nunca se debe tomar los textos como simples documentos para ilustrar la vida de su autor. Esto es, por ejemplo, lo que han hecho numerosos ‘críticos’ (yo los llamaría mejor ‘comentaristas’) que han escrito sobre Kafka. No les ha interesado la obra de Kafka, sino la persona de Kafka, y han repetido hasta el cansancio la leyenda que Max Brod elaboró sobre él. Y para hacer creíble la leyenda, han recurrido luego a los textos para exhibirlos como ‘prueba’ de unas angustias metafísicas en gran parte imaginarias, o que exceden a los reales intereses que tuvo Kafka en el judaísmo y el cristianismo; o también como ‘prueba’ de sus conflictivas relaciones familiares y amorosas, también exageradas o interpretadas en el contexto de una sociedad latinoamericana de finales del siglo XX, aunque tuvieron lugar en una provincia del

Imperio Austro-húngaro en las dos primeras décadas del mismo siglo. Este proceder me parece doblemente reprochable: por un lado, quienes así proceden confunden la labor del crítico con la del psicólogo (y a veces, con la del sacerdote); y por otro, por andar a la caza de las ‘pruebas’, pasan por encima de la belleza que hay en los relatos de Kafka, como si ella no existiera, y son apoyados en esa tarea por los malos traductores...

Otra cosa es mirar los textos literarios desde la perspectiva del crítico. Para empezar, la idea misma de literatura nació de la necesidad de identificar aquellos textos que no usan un lenguaje utilitario. Este último encuentra su justificación fuera de sí mismo, mientras el lenguaje literario es autosuficiente. El primero es el lenguaje más frecuente en nuestra vida cotidiana, tanto si nos dirigimos al tendero para pedirle pan fresco, como si consultamos las disposiciones de una ley. Una constitución, por ejemplo, cualquiera que sea, usa un lenguaje utilitario: su justificación está en la organización de un país y el funcionamiento de sus instituciones bajo el amparo de una serie de principios que se suponen aceptados por todos.

La literatura, en cambio, usa un lenguaje diferente. *Madame Bovary*, por ejemplo, no requiere ningún elemento externo para ser lo que es: su justificación está en sí misma, en la tersa elegancia de su prosa y la precisión de todas sus palabras —virtudes gracias a las cuales las torpezas de Emma y su fantástica idea del amor, tanto como la menguada inteligencia de Charles, y su crecimiento moral después del trágico desenlace,

se convierten en una fuente de placer estético pocas veces igualada—. Claro está que *además* de ese placer, la novela de Flaubert permite reconstruir una serie de condiciones sociales y políticas en la Francia del Segundo Imperio; y si alguien quiere, puede rastrear las huellas de la psicología del autor a partir de Emma Bovary (Sartre lo ha hecho en una obra monumental que quedó inconclusa: *El idiota de la familia*).

En suma: el principio de la autonomía del texto, aunque ya ha perdido la aureola de los dogmas, sigue siendo *relativamente* válido. No conozco un solo libro que, para ser asimilado, disfrutado o rechazado, requiera la presencia de su autor ni el conocimiento de su vida y sus manías. Lo que interesa a cualquier lector es solamente lo que dice el texto, y nadie necesita correr en busca del autor para preguntarle qué quiso decir aquí o allá.¹ Aparte de que esa pregunta es casi siempre imposible (puesto que la inmensa mayoría de los autores ya no se cuenta entre los vivos), es también irrelevante, porque a nadie le interesa lo que el autor haya querido decir y no dijo, sino lo que efectivamente dijo, aunque no lo haya querido. Por lo demás, no creo que la literatura haya sido escrita para que la entendamos, sino para que disfrutemos con ella.

Pero si hablamos de la autonomía del texto, tenemos que reconocer que ningún autor puede gozar de la misma autonomía.

A diferencia de los textos, que pueden seguir por sí mismos su destino de gloria o de fracaso, independientemente del destino de felicidad o desdicha de sus autores, estos últimos son inseparables de sus textos. Una vez que han terminado de escribirlos y publicarlos, quedan atados a ellos para siempre. No siquiera hasta la muerte, sino hasta más allá de la muerte, hasta siempre. Para disfrutar y enriquecerme con los hondos significados de *Soldados de Salamina*, no necesito saber quién la escribió; pero si pienso en José Cercas, necesariamente diré de él que es el autor de la novela *Soldados de Salamina*.

Sucede así con las obras literarias lo mismo que con los actos morales. Un acto vale por sí mismo y produce sus efectos independientemente de quien sea su autor; pero un sujeto moral es inseparable de sus actos. Robar un bien ajeno es un acto moralmente malo (y legalmente es un delito), sin importar quién lo ejecute. Pero aquel que ha robado algún bien ajeno (y peor cuando ese bien pertenece a todos los ciudadanos de un país, como ha ocurrido y sigue ocurriendo entre nosotros) llevará ese acto sobre su conciencia hasta el fin de sus días, aunque nunca sea descubierto ni juzgado. Claro que muchos han encontrado ya el método para acallar la voz de la conciencia, y suelen vivir como si ella no existiera; el único detalle que no pueden controlar, sin embargo, es que la conciencia exis-

te también en lo más íntimo de quienes han querido ahorcarla.

En mis lejanos tiempos de estudiante de Derecho (antes de que tomara la sabia decisión de salvarme de ser un abogado) tuve como profesor de Ciencia Política (o Teoría del Estado) al doctor Julio Tobar Donoso. Nunca olvidaré una clase suya, cuando trataba del tema de la responsabilidad política: desarrolló su tema con una lógica severa y una amplia erudición, pero al llegar a la conclusión, como si hondas emociones le hubieran conmovido hasta las lágrimas, repitió varias veces con una vehemencia que en él era sorprendente: «¡Nuestros actos nos siguen!». Todos sabíamos en qué acto estaba pensando el maestro y cuánto le pesaba la memoria en su conciencia: guardamos por eso un respetuoso silencio. Pero no he dejado de recordar esa vehemente exclamación cada vez que, por cualquier motivo, he tenido que pensar en cualquiera de mis textos publicados. ¡Qué malos son; cómo quisiera no haberlos publicado! Pero no hay nada que hacer: ¡nuestros libros nos siguen! ❀

Fragmento del libro *Las palabras y el viento*, que se encuentra en preparación.

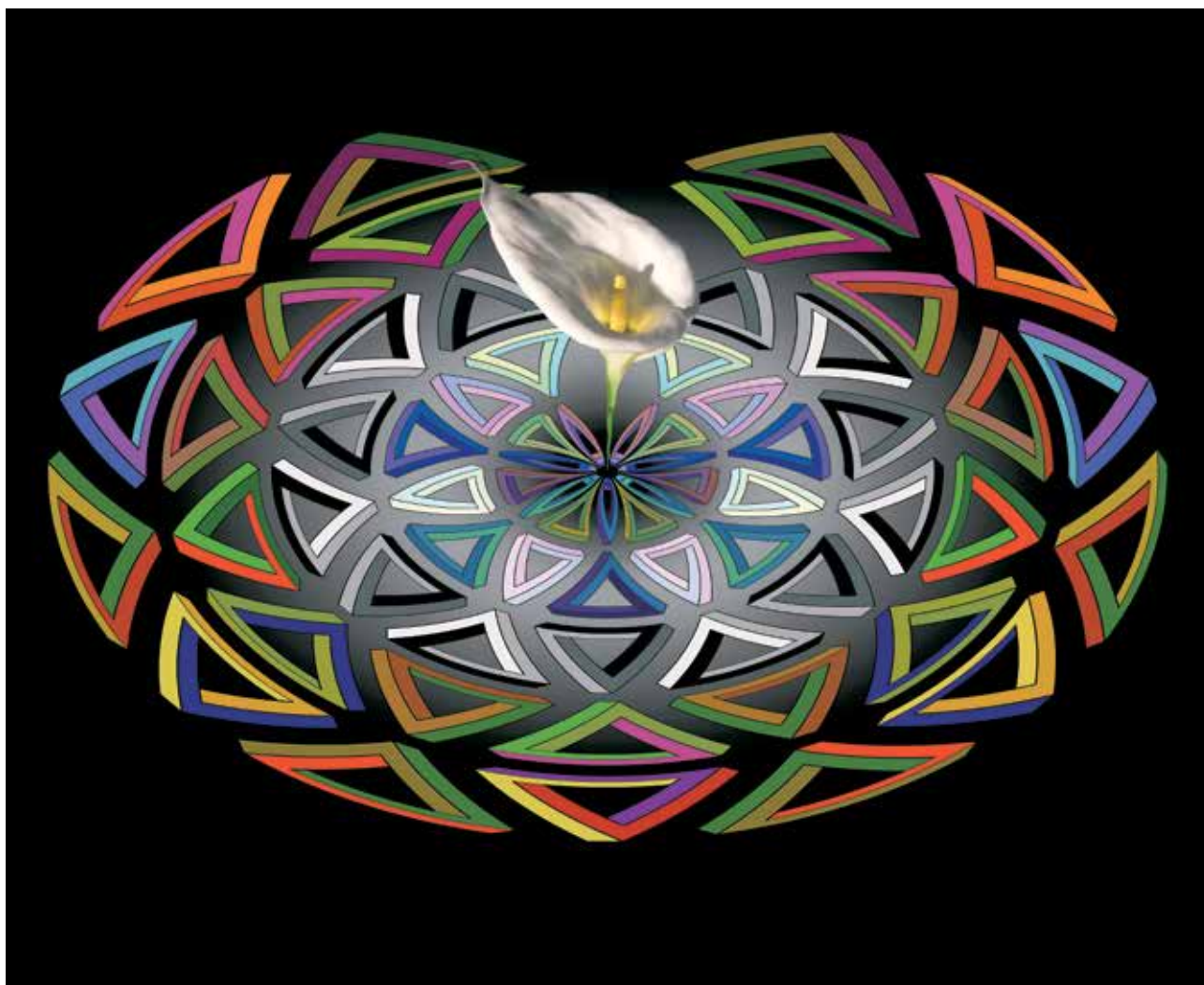
1 Cabe mencionar de paso que este es uno de los errores más frecuentes de los malos profesores de literatura, que, por desgracia, son los más numerosos: creen que el comentario de una obra consiste en poner en claro lo que el autor 'quiso decir'. ¡*Mein Gott!* Si el autor quiso decir *x* y dijo *z*, peor para él: lo que cuenta es *z*. Deberían ya aprender que el lector es un intérprete: al leer, interpreta lo que el autor dice. Y tiene todo el derecho de hacerlo.

PEDRO HERRERA ORDÓÑEZ

El eterno retorno

Y LA ESPERA

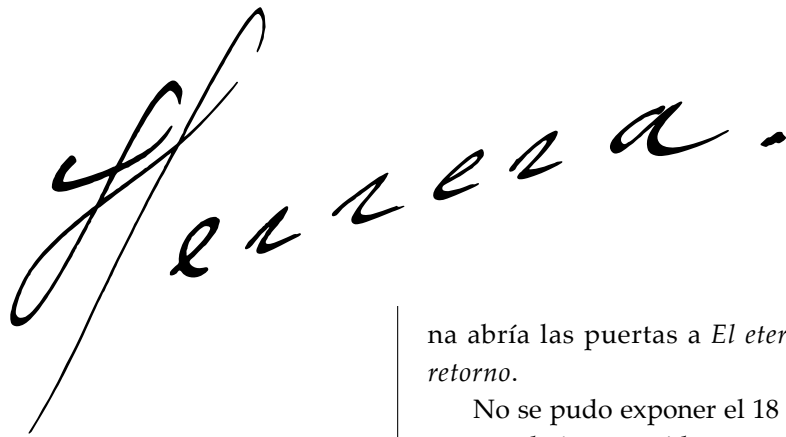
■ Patricio Herrera Crespo



Rotación al siguiente andarivel, infimedios ■

Estamos en espera. Un virus tuvo la capacidad de paralizar al mundo. Todos quietos. Los proyectos, la curiosidad, la expectativa en suspenso. Todo estaba preparado con esmero y profesionalismo, Pedro Herrera Ordóñez volvía a la Casa de la Cultura a los diez años con su arte, con su propuesta construida en su largo caminar, pues, como él dice: «Soy un artista que andando hace camino».

La sala estaba prevista, la mejor, la Joaquín Pinto, con 80 cuadros en mediano y gran formato. La Casa de la Cultura Ecuatoria-

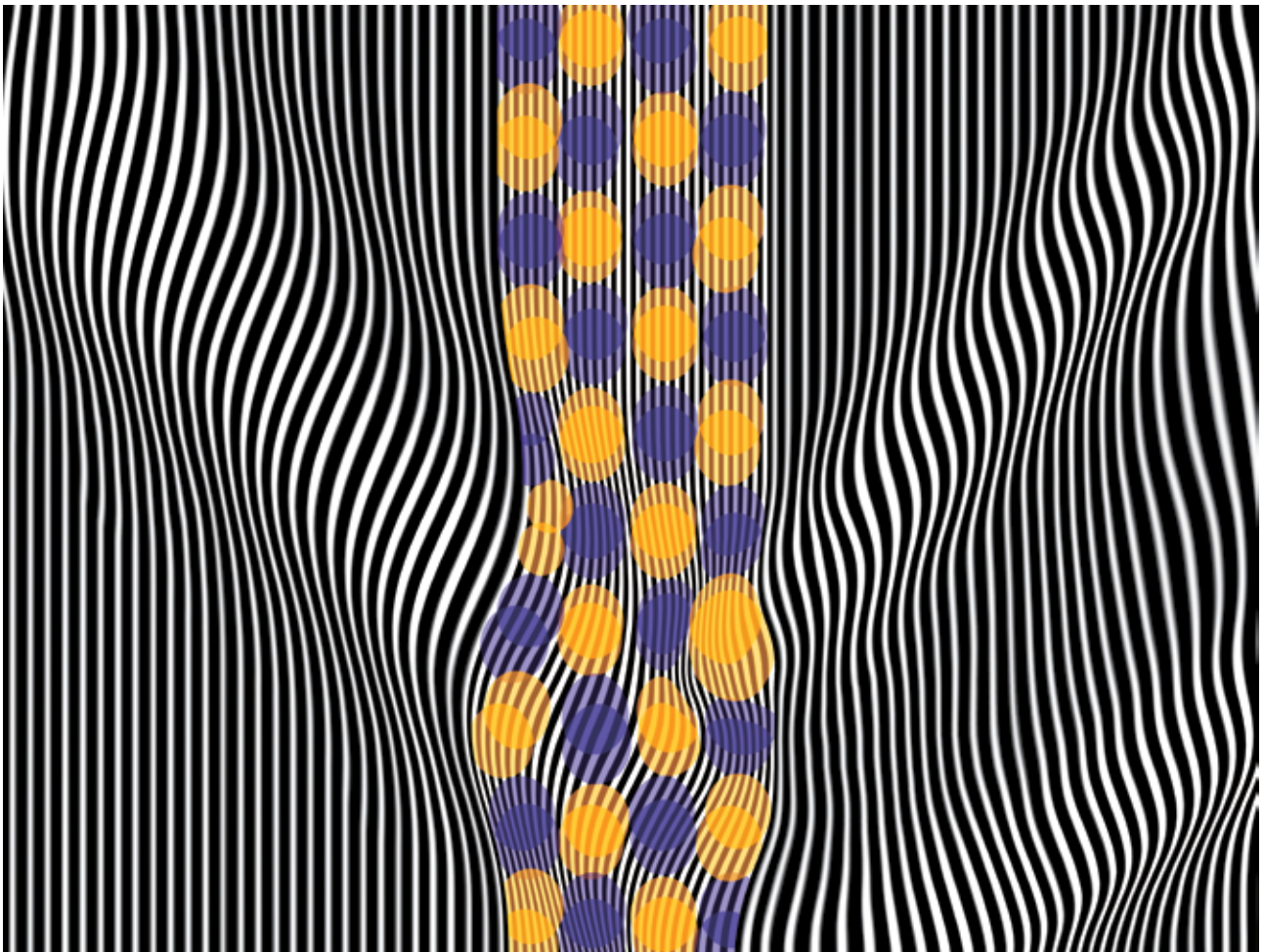


na abría las puertas a *El eterno retorno*.

No se pudo exponer el 18 de marzo, el virus cerró las puertas. Sin embargo, el catálogo estaba listo y vamos de la mano de él a recorrer la muestra de este destacado pintor.

Pedro Herrera Ordóñez (La Paz-Carchi 1956), pintor, fotógrafo, escultor, ilustrador, autodidacta, según Hernán Rodríguez

Castelo, pintó desde pequeño; precisamente guarda en una de las paredes de su estudio un cuadro que pintó en la escuela. Sus ansias de conocimiento le llevaron a las facultades de Comunicación y de Artes; estuvo también en el Conservatorio. Todos sus conocimientos cimentaron su obra, sus sueños puestos al captar una fotografía, al mezclar la pintura en un lienzo, o las dos, o moldear una escultura; en ese día a día ha ido construyendo su arte sin desvíos por cerca de 40 años. Él lo dice: «Mi género es el surrealismo, es decir, otra forma de ver el mundo. Ahí está trabajando el inconsciente. Todos los hacedores del género refuerzan o se fundamentan en los sueños».



Ondulaciones, infirmos

Soy Pedro Herrera

Queremos rescatar esta exposición por lo que vamos a caminar junto a ella, destacando varias obras y extractos de textos de destacados conocedores de arte, que constan en el catálogo. Comienza con sus palabras: «Los reconocimientos a la trayectoria de los artistas son eslabones que se adhieren a la cadena de nuestro destino de 'magos y milagrosos'. Mis pasos fueron galardonados en la Casa Blanca, el Senado, la Asamblea de los Estados Unidos. Me declararon huésped de honor en Los Ángeles. Recibí el Eugenio Espejo (premio UNP) en mi país. Soy artista y eso es conclusión y consecuencia.

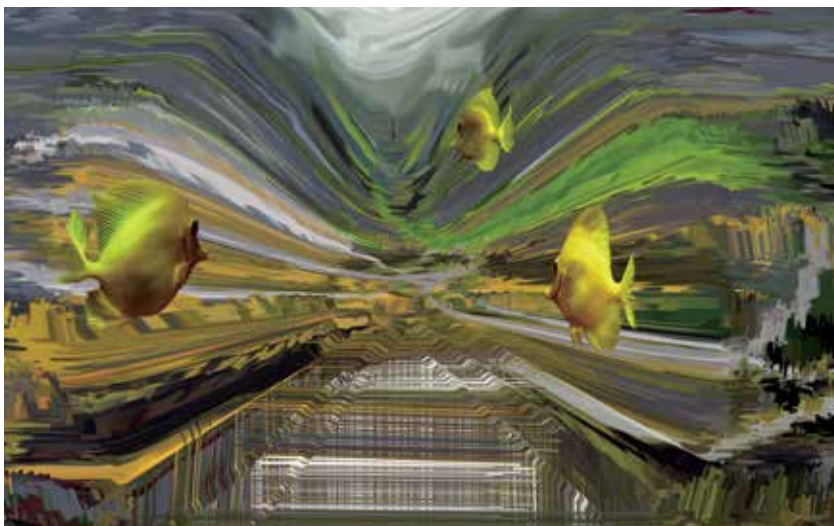
»Camino descalzo sobre las tierras fértiles de La Paz, cantón Montúfar, de la provincia del Carchi. Ahí me nutro de la intensidad y pureza de los colores, las formas, los aromas. Soy el rojo de las frutillas silvestres, el azul de las violetas sembradas por mi padre, el blanco místico de los cartuchos de mi madre.

»Soy la resistencia de las piedras del río Apaquí que, apaciblemente, guardaron el secreto de mis primeros bocetos, relacionados todos con la magia del Tanguy, que colgaba de la casa donde fui inquietud, vértigo y anarquía. Soy la energía espiritual que recorre y vibra en mis fotografías, pinturas, esculturas y poemas.

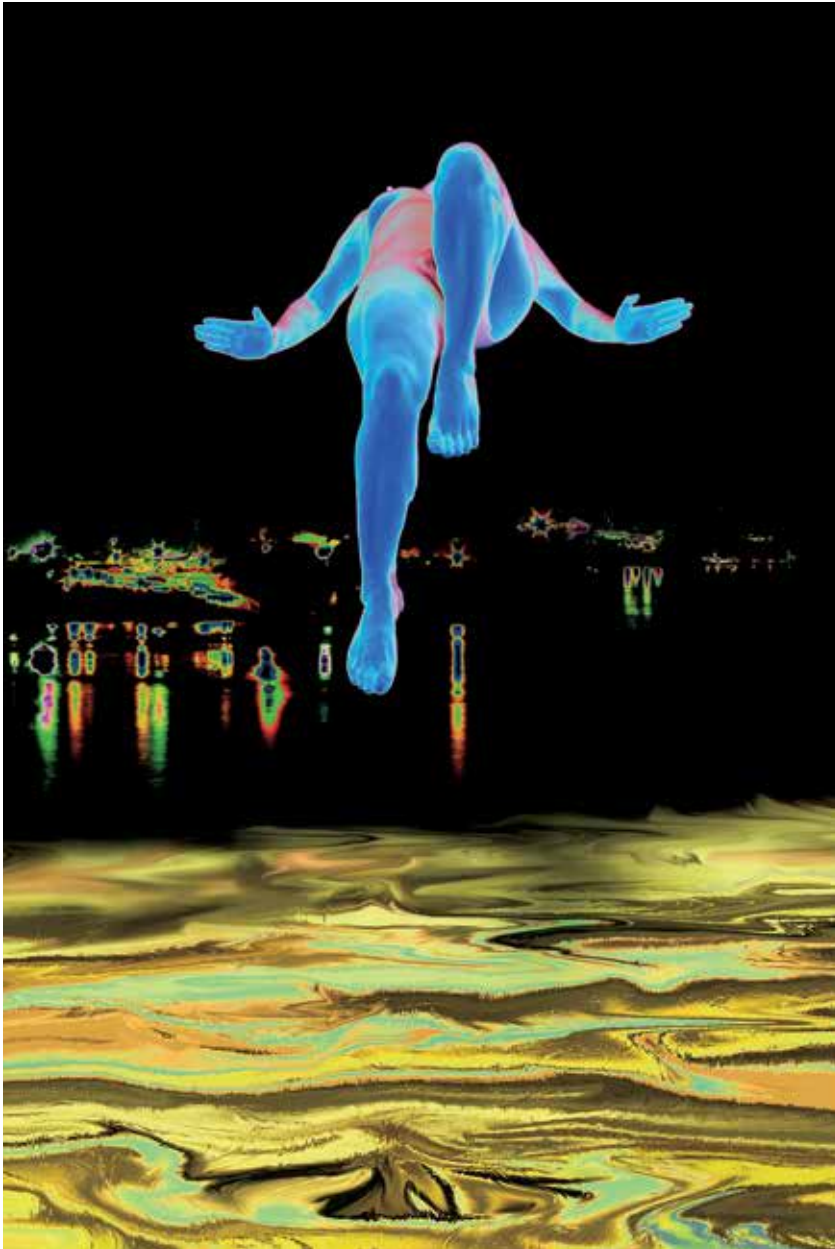
»Ahí gesté el horizonte de mi ser artista. Desde ahí caminé por el mundo con mi mochila repleta de pinceles, lentes, hojas blancas de papel y sueños. He sido libros, poemas, portadas, diálogos de la memoria, ninfas delirantes de los sueños, la imagen perdida, ojos



Las flores de mi madre X, infimediós



Vigeros del blues, infimediós



Escape nocturno, infirmedios

de luz al filo del delirio, manos modelando mi destino. Soy la geometría sagrada, los códigos, la alquimia con la que los magos fabrican la trascendencia de la vida. Soy un artista que 'andando hace camino'.

»El eterno retorno es mi utopía personal».

Entre sueños

Marco Antonio Rodríguez hace un ensayo sobre el pintor y

su obra bajo el título *Entre sueños, su geometría sagrada y su eterno retorno* y dice: «La cabeza y la barba negras y alborotadas, los ojos vivaces —los del cazador capaz de escudriñar en la oscuridad—, lúcido y sensible, cordial y sonriente, habla sobre sus recientes logros, como ese muchacho que iba para grande en los tramos finales de los setenta del siglo anterior, que es cuando lo conocí».

Comienza con la fotografía y dice que «el arte de Pedro se le-

«Soy la resistencia de las piedras del río Apaquí que, apaciblemente, guardaron el secreto de mis primeros bocetos, relacionados todos con la magia del Tanguy, que colgaba de la casa donde fui inquietud, vértigo y anarquía. Soy la energía espiritual que recorre y vibra en mis fotografías, pinturas, esculturas y poemas».

vantó desde la fotografía. En ella desató su imaginación del modo más intenso para apelar al subconsciente del espectador, recurso surrealista asumido por todo artista que se pretende libertario. Imágenes oníricas las suyas —un elemento sugería otro con el cual aparentalmente no guardaba ninguna relación—, idéntico a lo que ocurre en el elusivo mundo de los sueños».

Luego se enfoca en el surrealismo afirmando que «la creación visual de Pedro Herrera sigue los cánones surrealistas, ahora enriquecidos gracias al digitalismo al cual accedió con un acervo excepcional de conocimientos (Pedro es un lector voraz y un buscador de oficio). El comportamiento surrealista es intemporal. André Breton lo dijo: 'Heráclito es surrealista en la dialéctica..., Baudelaire en la moral..., Rimbaud en la práctica de la vida, y en otras cosas...'. ¡Fuera los silogismos, los corolarios, las causas y los efectos, las demostraciones matemáticas! Pedro nos abre las puertas de los sueños para llegar, junto a su obra, al automatismo, y para ver con él al mundo tal cual es, para hacernos sentir hombres y mujeres liberados, atreviéndonos a tomar conciencia de nuestros deseos y, sobre todo, a realizarlos. ¡Basta de oscuridad!, proclama el ojo de Pedro Herrera —mago milagrero—».

Al final de su escrito dice Marco Antonio Rodríguez: «El eterno retorno: caminamos cíclicamente y en espiral ascendente hacia aquello que nombramos destino. A lomo del viento dejamos huellas de nuestros latidos y sueños, flores fosforescentes o incendiadas. Pedro es un tras-



humante del color, de los trazos y las formas que erigen ideas. Sueños sin finales. Historias variopintas. Jirones de existencia. Ojos de días o de noches luminiscentes. Imágenes perdidas y recuperadas y nuevamente desvanecidas (el polvo que deja una mariposa en los pulpejos de los dedos de un niño que por curiosidad la ha capturado). Zonas oscuras de la mente que se abren

a manotazos a la sobrevida. Retratos. Esculturas. Viaje incesante hacia la verdad del arte».

Las alucinadas y alucinantes búsquedas

Nuestro recordado amigo Hernán Rodríguez Castelo continúa con un texto sobre *Las alucinadas y alucinantes búsquedas de Pedro Herrera*, al que lo sitúa



Plegaria después del fin, infimediós

«entre la fotografía y la pintura, es un inquieto experimentador de lo que de esa relación fronteriza puede surgir como nuevas realizaciones de arte visual. Ha logrado obras de altas calidades plásticas y penetrantes incursiones en oscuros recovecos de lo humano con sus grandes trabajos diversamente intervenidos.

»En series como 'Al norte del delirio' o 'El imperio de los sue-

ños' construyó un universo de símbolos obsesivos, enraizados en el subconsciente y en lo esotérico o mágico».

Su texto corresponde a una muestra donde el artista presenta unos bodegones florales. Hernán se pregunta: «¿Un paso atrás desde sus posiciones vanguardistas? Pensarlo así sería caer en la trampa de lo aparentemente decorativo: esas composiciones florales, a

más de su extrañeza de criaturas nacidas de una imaginación libre y fantástica, son campo de la experimentación que caracteriza la obra de Herrera. Experimentación con los contrastes del objeto con sus fondos —esos cielos profundos de horizontes sabiamente iluminados—, experimentación en la técnica y experimentación cromática.

»La técnica es compleja. El artista ha pintado cuadros de manchas de un gestualismo libre. Las ha fotografiado y las ha impreso sobre la tela. Y ha comenzado la intervención digital.

»Y en esa intervención se ha jugado libremente con el color. Con todos los colores propios del trabajo digital, que combina solamente azul, rojo y verde. El resultado es un mundo cromático original, fuerte, con marcado dejo de novedad y actualidad».

Más adelante se refiere a los bodegones: «...al parecer sencillos —aunque de sencillos no tienen nada: son sofisticados, encaprichadamente originales—, se pasa a toda una serie en que el motivo floral no ha sido sino el territorio de alguna solidez realista desde el que se ha dado el salto a mundos extraños que conjugan nueva naturaleza con alucinantes espacios: 'Flores cósmicas'.

»Un nuevo salto: a cuadros en que ya sin asidero sólido alguno, sumergen al espectador en un mundo catastrófico, convulso».

El espacio herreriano

Bajo este título, complementado con *Preámbulo de imaginación y conocimiento*, el escritor y poeta Galo Rodríguez Arcos dice que



«Herrera Ordóñez concentra su imagen modelada desde su conocimiento de síntesis y sabiduría. La antítesis figurativa cumple con esta función de finalidad y búsqueda y trata de encontrar entre la multitud el caudal del porqué.

»Sus figuras abstractas proponen la intuición de infinitos significantes visuales. La concentración de imágenes es propiedad del cosmos.

»El artista encuentra su verdad y la confirma. Toda fi-

gura es átomo del cuerpo universal. En el arte se aprecia no en lo individual, sino en los fragmentos del color del Universo.

»Pedro Herrera Ordóñez, en su arte, fija colores en el callejón de las alas de las mariposas, nos lleva al encuentro entre el tránsito y la unión de la mente concreta o de los sentidos y la mente abstracta o del espíritu, aunque su verdad radica en su mente artística basada en múltiples investigacio-

nes y estudios del mundo que le rodea.

»La abstracción, unidad cultural (unión de partes integrales que se unen para dar forma a la composición pictórica) divisible en partículas de color siguen el continuo que se amolda hacia la cromática en movimiento y en acción».

La imagen perdida

En la exposición que bajo el título *La imagen perdida* realizó Pedro en las principales salas de



Cromática fractal, infirmédios

la Casa de la Cultura en 1993, Rodrigo Villacís Molina destacó el registro de sus muestras desde 1993 en diversas ciudades de este país, de los Estados Unidos, del Canadá, de Australia y de España, así como los títulos de los libros que ha publicado, relacionados con la naturaleza, y las distinciones que ha obtenido por su obra artística.

»Pero lo más importante es, por supuesto, su obra, creativa y diversa: una combinación de fotografía y de pintura digital,

procesadas con la técnica conocida como *giclée* (palabra que viene del verbo francés *gicler* y significa 'pulverizar', emitir un chorro a presión, de algún líquido).

»El efecto visual es muy fuerte, incluso impactante, por la intensidad cromática de los lienzos, con la diversidad de tonos, inclusive artificiales (porque, en muchos casos, no se hallan en la naturaleza), que ahora nos ofrece la computadora, en gamas ilimitadas.

»Por supuesto, para que estos procedimientos, digamos electrónicos, adquieran una categoría artística, se necesita, por un lado, el dominio de los programas que se manejan y, por otro, una gran dosis de creatividad y un especial sentido de la estética. Porque si no se dan estas condiciones en la medida adecuada, los resultados nada tienen que ver con el arte.

»Pedro Herrera es sin duda un artista que se vale legítimamente de los medios que le ofrece la moderna tecnología para producir una obra valiosa. Le habíamos conocido en el campo de la fotografía: audaz, irreverente, imaginativo; pero ahora, ha combinado esta técnica y arte con la técnica y el arte del *giclée*, para producir una obra muy apreciable a la que en esta muestra también ha añadido la escultura con algunas piezas en material acrílico.

»En el abanico temático de Herrera, hay flores, bodegones, abstractos y un surrealismo que nos recuerda a Dalí. Entonces, yo diría que no son 'imágenes perdidas', sino más bien encontradas en el hontanar de la fantasía: caprichosas explosio-

nes de color, una no figuración aparentemente arbitraria pero sabiamente controlada; imágenes oníricas, desnudos realistas, junto a seres imaginarios o en extraños injertos».

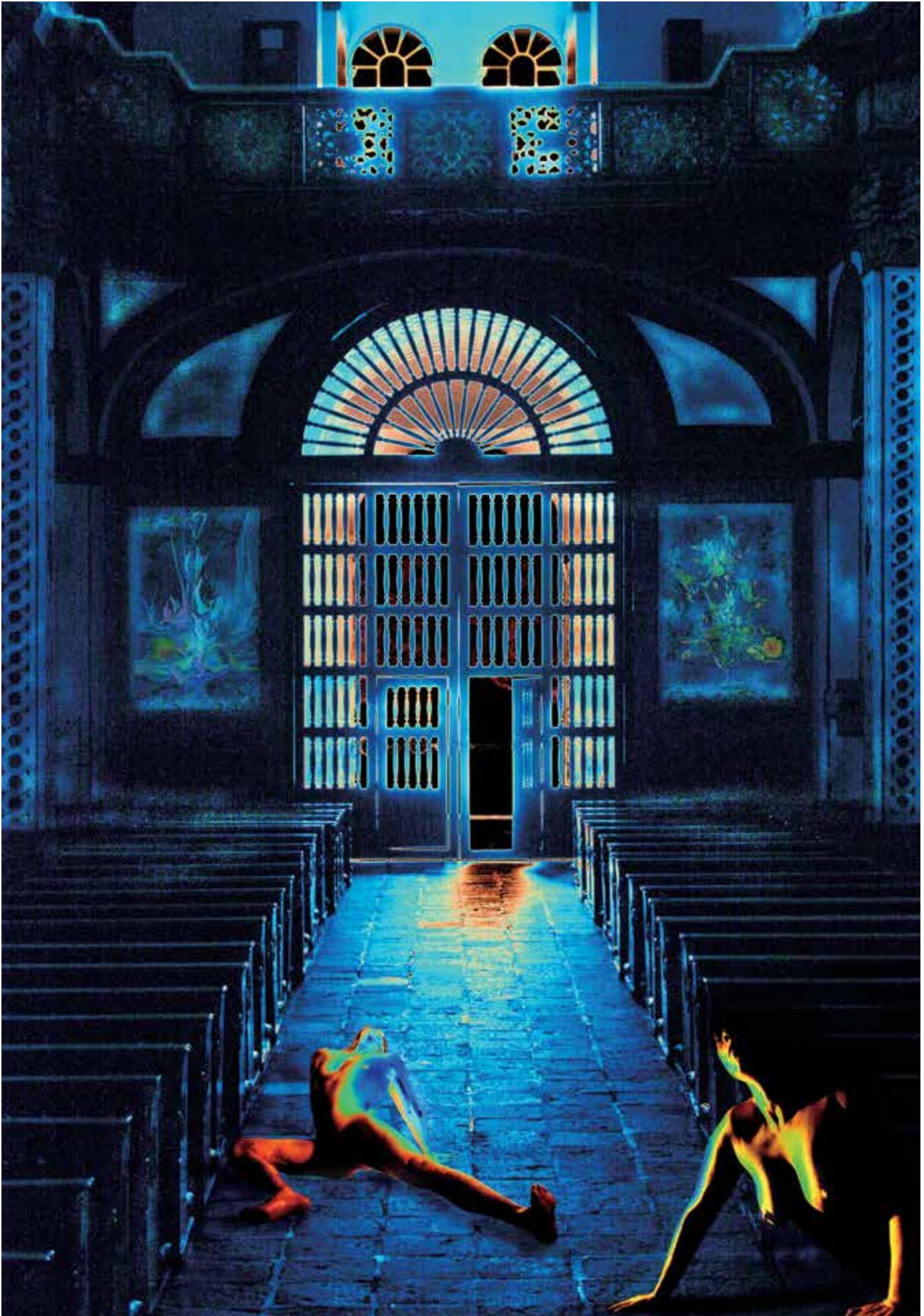
El baile del color

Hace algunos años en Armenia, Colombia, a raíz de una muestra de Pedro Herrera Ordóñez, el escritor, bloguero y cronista Daniel Ferreira mantuvo una larga entrevista con el pintor de la cual vamos a ensayar unos extractos:

Dice: «Me mostró un plano onírico de la ciudad de Los Ángeles convertida en su cuadro, en un gran ojo de araña.

»Con solo detenerse un poco, en el iris de ese ojo había un efecto que causaba un verdadero problema óptico: ¿era una ciudad a blanco o era una ciudad negra? En el cuadro, lo blanco se convertía en negro y esta vacilación del ojo (como en el defecto que hizo posible el cine) adquiría también movimiento, solo que a partir de una única imagen estática. El globo de ese ojo era un juego cromático que iba haciendo gradaciones y haciendo entrar a la mirada en un territorio enigmático: el baile del color.

»Le pregunté cómo lograba armar ese movimiento en un plano cartesiano y Herrera Ordóñez explicó lo que me estaba pasando al poner mi mirada en una de sus técnicas cinéticas: 'Si te quedas viendo fijamente, notarás que los puntos blancos empiezan a cambiarse a negros y se genera un movimiento. Una vez que identificas los puntos negros ya no hay posibilidad de detenerse. Todo adquiere movimiento y los blancos desaparecen. El cuadro



El lado anverso de la puerta, infimediós

transmite el vértigo y permite ver cómo la ciudad está estructurada. Trabajo mucho en la parte cromática porque pienso en la forma de trastocar los sentidos. El predominante de esta obra es el rojo, trabajado en la escala do, que es grave, una suerte de musicalización que tú, si mantienes la mirada y quieres escucharlo, pues lo vas a hacer. Hay un equilibrio dentro de la función y utilización del color’.

»El aspecto más sobresaliente en la obra de Herrera Ordóñez es la presencia —en su pintura— del lenguaje de los sueños. No aquel surrealismo bretoniano reformado por Dalí y los europeos de los años veinte del siglo pasado, sino una mirada arquetípica en línea con las teorías de Jung: pintura onírica poblada de mitos, shuar y chamánicos, de patrones arquetípicos y transfiguraciones y ensueños como los que provoca la ayahuasca del alto Amazonas o el peyote en los desiertos del trópico de Cáncer y que parecen confirmar las conclusiones del psicoanálisis sobre los sueños: que la actividad general del espíritu y la productividad de la psiquis, cuando dormimos, es consecuencia de lo inconsciente y de lo consciente.

»El ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas, dice Ítalo Calvino en *Las ciudades invisibles*. La pintura de Pedro Herrera Ordóñez apunta hacia las cosas que están detrás de lo que el ojo ve, y a los significados que podemos hacernos de esos hallazgos».

Arqueología del futuro

Con este título del poeta Iván Oñate, finalizamos nuestro reco-

rrido del catálogo de Pedro Herrera Ordóñez: «Desde los albores de la humanidad, la pintura ha desempeñado un importante papel en la conformación del mundo. El ojo humano aprendió a ver con perspectiva en las pinturas de Leonardo. Cobró con-

«El ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas, dice Ítalo Calvino en *Las ciudades invisibles*. La pintura de Pedro Herrera Ordóñez apunta hacia las cosas que están detrás de lo que el ojo ve, y a los significados que podemos hacernos de esos hallazgos».

ciencia de ser un metalenguaje en el pincel de Velásquez. Nunca volvería a ser igual después de las pesadillas de Bruegel, la alu-

cinación de Van Gogh o el blanco y negro de Picasso.

»Mucho menos desde que el pintor primitivo intentara atrapar la realidad en las paredes de Lascaux o de Altamira. Fiel a esta convicción, Pedro Herrera Ordóñez logró penetrar en los túneles o pasadizos del arcoíris y ha conseguido atrapar en sus telas, las fantasías y los colores que habitan en la mitad de los sueños.

»Esto de algún modo convierte a Herrera Ordóñez en un pintor primitivo. Un pintor primitivo del futuro. Un pintor que ha sabido ponerse a tono con la tecnología de nuestro tiempo.

»Trataré de explicarme. Es lógico que uno sienta añoranza por un pasado, por algo que se vivió. Pero Ordóñez, como un pintor primitivo que cincelara en las paredes del arcoíris, ha logrado atrapar en sus telas recuerdos y nostalgias del futuro. De un futuro remoto que ya se vivió en alguna parte de nuestras células. En alguna parte de nuestros tiempos. Ese el milagro. La maravillosa sorpresa de su arte».

Así hemos caminado con las palabras de críticos y poetas, no todas, pero las más significativas para conocer a Pedro Herrera Ordóñez y su obra. Paralelamente vamos admirando su arte en 80 cuadros y esculturas de las series ‘Geometría sagrada’, ‘Bodegones’, ‘Alquimia’, ‘Esculturas’, ‘Ninfas delirantes’, ‘Al filo del delirio’ y ‘Códigos’, que acompañan a los textos que se diseminan en 100 páginas que comprende el catálogo. 📍

Idea Vilariño, escribir en carne viva

■ Jorge Basilago



Con dolorosa frecuencia, el cuerpo infantil de Idea Vilariño se transforma en una enorme llaga que se inflama, supura y estalla dejándola en carne viva. Los baños medicinales alivian sin curar el raro eczema que la carcome y su nueva piel, delgada y quebradiza, le impone un absoluto reposo para evitar heridas. Durante los días de encierro forzoso, lee como poseída y escribe cosas terribles, desoladoras: «Sola / sola bajo el agua que cae y que cae. / (...) / Sola, / sola y triste, lejos de todas las almas, / de todo lo tierno, / de todo lo suave. / Silencio, tristeza, la muerte más cerca / en el marco triste y sin luz de la tarde».

Sola; a menudo enferma y confinada; por turnos desamante o desamada; reservada y escéptica, Idea crecerá mujer y poeta de aquello que le duele, de todo cuanto atraviesa su alma y su carne, porque no halla piel que las proteja. «Mi poesía soy yo», dirá al respecto. «Todo lo demás de mi vida son accidentes», añadirá en otras oportunidades. Al fin y al cabo, para quien lleva la marca existencialista en el costado, la vida no puede ser más que una cadena de hechos fortuitos —a menudo inevitables, siempre insensatos—, a los que solo la muerte estructura y da sentido con su trazo fatal.

Accidentes existenciales

Nacer en Montevideo, en el frío invierno austral de 1920, como la tercera de los cinco hi-

jos de un obrero anarquista con inquietudes literarias, fueron los primeros accidentes en la historia personal de Idea. Aunque hubo también imponderables más oportunos o deterministas, como los estudios de violín desde la temprana infancia y el hecho de que su padre, cada noche, leyese en voz alta poemas del Siglo de Oro español y del Modernismo latinoamericano a la familia reunida. El ritmo, la melodía y la palabra se filtraron así en los oídos de la niña, enseñándole a versificar aun antes de aprender a escribir.

De sus lecturas iniciales, la fascinación por los poemas de Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, José Asunción Silva y los uruguayos Vicente Basso Maglio y Juan Cunha fue apenas eso: el resplandor que muestra un camino, pero no la manera de andarlo. «A decir verdad, nunca sentí influencias de nadie», confesaría mucho después. «Escribir era un acto privado y ni se me ocurría decir lo de otros o mejorar las cosas acordándome de lo que hacían. Si no, tal vez lo hubiera hecho mejor», agregó en otra ocasión.

Su rebelde condición enfermiza —además del eczema sufría de asma y, con el tiempo, desarrollaría afecciones en los huesos y la vista— la volvió

Su rebelde condición
enfermiza —además
del eczema sufría
de asma y, con el
tiempo, desarrollaría
afecciones en los
huesos y la vista— la
volvió parca, distante
y sin duda por ello
con una precoz
noción de su propia
muerte.

parca, distante y sin duda por ello con una precoz noción de su propia muerte. Desde sus primeros textos prefirió la densidad al volumen y la crudeza a la erudición. No tenía tiempo ni interés en los versos decorativos y huecos, porque la desbordaba la certeza de que «las cosas son a término», que «la fugacidad es algo con lo que contar siempre» y que «todo se acaba: el amor, la vida, el mundo...». Del mismo modo en que la muerte y la soledad no eran para ella obsesiones sino *certezas*, el suicidio se le antojó como una alternativa aceptable aunque jamás consumada.

Escribir, en tales condiciones, sería dar testimonio de esa angustia existencial, con la sensualidad como único paliativo.

Una forma de cerrar la herida sin perder noción de que la cicatriz volvería a abrirse, una y otra vez: «No hay ninguna esperanza / de que todo se arregle / de que ceda el dolor / y el mundo se organice / (...) / Más bien todo el dolor invadirá de nuevo / y no habrá cosa libre de su maculadura. / Habrá que continuar / que seguir respirando / que soportar la luz y maldecir el sueño. / Que cocinar sin fe / fornicar sin pasión / masticar con desgano / para siempre sin lágrimas».

Accidentes amorosos

Ya en su *Diario de Juventud* — que reúne anotaciones personales y poemas sueltos, desde 1937 hasta 1945, aunque se publicó recién después de su muerte—, Idea daba cuenta de otros ‘accidentes’ que necesariamente atravesaron su modo de enfrentar el hecho poético y la vida misma. Allí describe, por ejemplo, a la poesía rioplatense de entonces como «miserablemente estanca- da en un pantano, pobre poesía de provincia, sin originalidad,

sin fuerza, sin ningún poeta verdadero,

ningún intenso, ningún

nuevo,

ningún deses-

perado,

ningún

revo-

lucionario», todos

rasgos que la *Generación del 45*, la suya, se

ocuparía de modificar.

En otro pasaje, cuestiona «las infinitas frases, argumentos, circunloquios, razonamientos que debe emplear (...) un hombre para decir lo que se puede ver en una mirada». Ella, está claro, optó por lo que la crítica podría llamar «poesía despojada»; no solo por su voluntaria economía de recursos lingüísticos, que la alejaba de la presuntuosidad masculina e incrementaba su autenticidad, sino porque escribía convencida de que la vida, la esperanza, los sueños y el amor eran apenas despojos. De he-

«No sé cómo

decirte que no me gustó»,

le escribió alguna vez a su

amigo Mario Benedetti, en

referencia al libro *La vida, ese*

paréntesis, escrito por

este último.

cho, en sus poemas, el amor y la muerte son casi siempre una sola y misma cosa: para Idea, amar es morir un poco, y morir es haber amado.

Y aunque muchos hombres pasaron por su vida, solo por uno de ellos experimentó sensaciones dignas de sus poesías más desoladas: el escritor Juan Carlos Onetti. «Era el último hombre de quien yo debía enamorarme, era todo lo que yo no debía amar», admitió ella en distintas ocasiones. Él la acusó de crear en torno suyo un mito amoroso, solo para escribir al respecto. Se conocieron a comienzo de los años cincuenta, cuando ella acababa de iniciarse en la docencia y poco antes de que Onetti se casara con Dolly, la mujer que lo acompañaría hasta el final y que toleró sus encuentros (no tan) clandestinos con Idea sin un reproche.

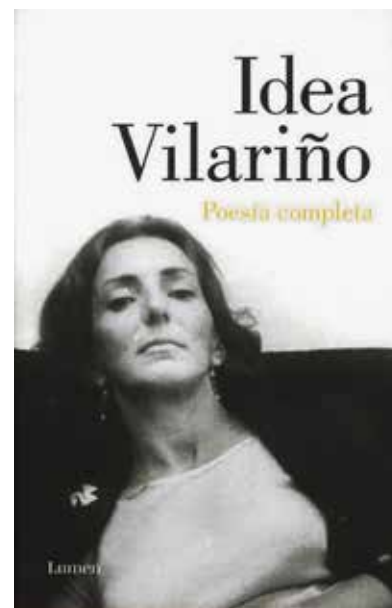
Para la poeta, esa historia con el autor de *Los adioses* —quien llegó a afirmar que Montevideo «tiene la cara de Idea»— fue un «amor inválido» al que le faltó «la honda mentira / el siempre». Apenas un puñado de momentos compartidos, gozados, sufridos y odiados a lo largo de cuarenta años de relación, en medio de los cuales ella también se casó... con alguien que no era Onetti. «Tal vez tuvimos solo siete noches / no sé / no las conté / cómo hubiera podido. / Tal vez no más que seis / o fueron nueve. / (...) / Tal vez, de cuatro o cinco noches como esas / (...) / pueda vivirse / como de un largo amor / toda una vida», arriesgaría Vilariño, en verso, sin demasiada convicción.

Accidentes políticos

Según el crítico literario mexicano Christopher Domínguez Michael, en la poesía comprometida y las canciones políticas de Idea puede hallarse «la épica ausente en sus poemas de amor y en el resto de sus versos existenciales». Pero esto tampoco es del todo cierto: la mayor parte de sus textos comprometidos denotan más su repudio al orden social-político-económico vigente, antes que su esperanza en un futuro superador. «Lo van a deshacer / va a volar en pedazos / al fin reventará como una pompa / o estallará glorioso / como una santabárbara», confirma Vilariño, en el cenit de su pesimismo, desde las páginas de su libro *Pobre mundo*.

«Una cosa es la eficacia política de un poema, y otra es si el poema es bueno o no (...). Estoy más conforme con las canciones políticas que con algunos de los poemas. Es decir, las estimo más», sostenía la poeta. Otra serie de accidentes —la difusión masiva de la canción popular en los años setenta; su contacto con artistas como Los Olimareños, Alfredo Zitarrosa y Daniel Viglietti; su ideología de izquierda anarquista y el respaldo a la Revolución Cubana, entre otros— la motivó a acercarse a ese universo creativo en el que dejó un puñado de composiciones notables.

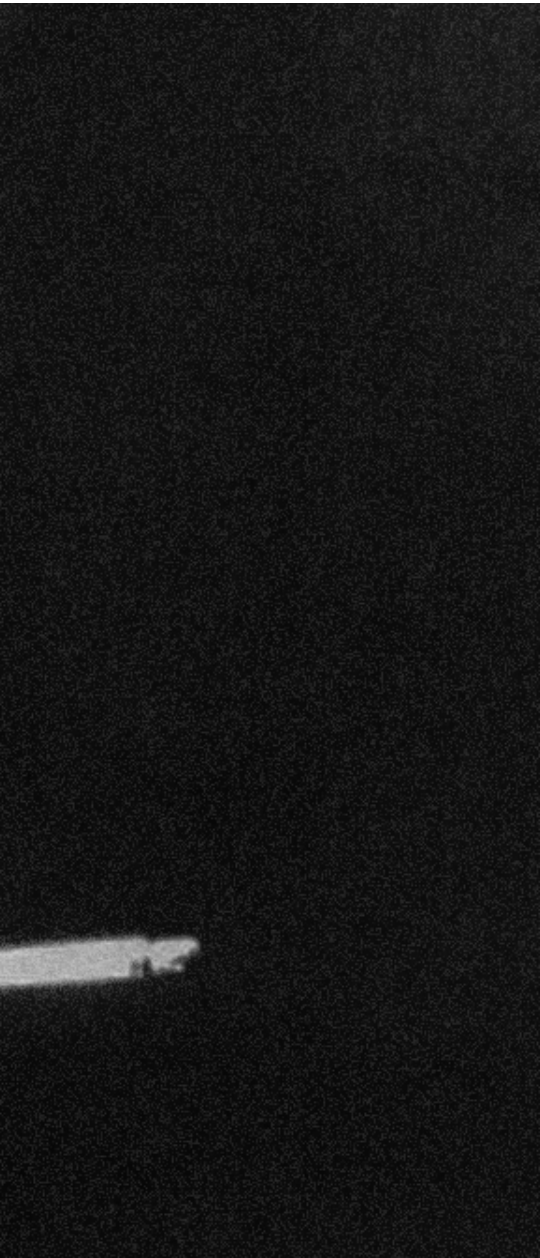
Ella, que jamás prestó atención a cuanto la crítica escribía acerca de su obra, y que durante muchos años se negó a recibir premios o reconocimientos, logró sentirse realizada a partir de su canción *Los orientales*. Fue en el Estadio Centenario, el día en que Los Olimareños regresaban





al Uruguay tras un largo exilio y todo el público coreó entre lágrimas aquella letra: «De todas partes vienen / sangre y coraje / para salvar su suelo / los orientales / (...). / Porque dejaron sus vidas / sus amigos y sus bienes / porque les es más querida / la libertad que no tienen». «No importaba que fuera o no fuera mía: la emoción que tuve esa noche no la he tenido con ningún poema», remarcaba Vilariño conmovida.

La aparente contradicción entre su radical escepticismo y la militancia por causas sociales y políticas, desde su perspectiva, no era tal. Admiradora de la figura romántica y rebelde del *Che* Guevara —a quien dedicó su poema ‘Digo que no murió’ —, Idea explicaba que «uno es más que su yo profundo, que su posición metafísica; hay otras cosas que cuentan: el dolor por la tremenda miseria del hombre, el imperativo moral de hacer lo posible por



que se derrumbe la estructura clasista para dar paso a una sociedad justa».

Poco tiempo antes había dado un ejemplo duro y concreto de sus convicciones. En 1982, con la dictadura uruguaya todavía en el poder, Idea padecía una situación económica delicada, producto del recorte intencional de sus horas docentes en la Universidad de la República. Algunas amistades intentaron proponerla para una Beca Guggen-

Apenas un puñado de momentos compartidos, gozados, sufridos y odiados a lo largo de cuarenta años de relación, en medio de los cuales ella también se casó... con alguien que no era Onetti.

heim, pero ella rechazó la idea: «Siempre pensé que dentro de lo poco que pueden hacer los artistas está dar ejemplo de conducta. Pensaba que por ahí podían andar los dineros que mataban en Vietnam o en Granada», argumentó con firmeza.

Accidentes divinos

«Es difícil entrevistar a Idea, tal parece que no cree en las preguntas, no cree en las respuestas, no cree en nada», escribió la narradora y ensayista mexicana Elena Poniatowska. Y ninguna de ambas mentía: cierta vez, cuando le preguntaron a Vilariño cómo imaginaba a dios, hizo un enorme esfuerzo antes de aventurar que le veía ojos «malévolos, mezquinos», quizás como el ser mortal y miserable que lo inventó, para anestesiar la angustia existencial de estar solo en el mundo. «No existe para mí el problema de dios», enfatizaba.

Por otro lado, le disgustaba la exigencia periodística de definiciones sobre cualquier tema, a las que se sentía incapaz o desinteresada de responder. «Me gusta mucho escuchar las entrevistas que les hacen a los demás, pero yo no tengo el don: recién al otro

día se me ocurren las cosas inteligentes que podría haber dicho», se excusaba. Y no hay duda de ello: en las contadas entrevistas que concedió durante su vida —su memoria registraba apenas tres, fueron no más de siete—, los latiguillos que repite con mayor frecuencia son «no sé cómo explicarte» o «no sé cómo decirte».

«No sé cómo decirte que no me gustó», le escribió alguna vez a su amigo Mario Benedetti, en referencia al libro *La vida, ese parentesis*, escrito por este último. Y un accidente del destino —¿eso que algunos llaman dios?— quiso que los días finales de ambos, en 2009, fuesen casi simultáneos pero en todo diferentes. Mientras al autor de *La tregua* lo despidieron cerca de diez mil personas, al funeral de Idea Vilariño asistió apenas una docena; mientras el testamento de Benedetti ocupó las portadas de incontables diarios en todo el mundo, el de Idea apenas abarcaba un trozo de papel manuscrito: «Nada de cruces. No morí en la paz de ningún señor. Cremar».

«No abusar de las palabras / no prestarle / demasiada atención. / Fue simplemente que / la cosa se acabó». ❀

¿Qué pasará con los Museos luego de la cuarentena?

(CONVERSATORIO)

■ Juan Luis Sigüenza Pardo*

El brote del COVID-19 en Wuhan, China, pone en riesgo la vida de los seres humanos y por ende el desarrollo económico, social, político y cultural del planeta. Por ello, al igual que otras instituciones, los museos se cerraron y se inventaron metodologías emergentes para hacer teletrabajo desde los domicilios, utilizando recursos tecnológicos básicos, porque nadie estuvo preparado para ello.

Ante este gigantesco giro universal y al celebrarse un año más de la conmemoración del Día Internacional de los Museos, constituido en mayo de 1977, en la XII Asamblea del ICOM celebrada en Moscú, el Museo de Arte Moderno de la CCE, con el apoyo de la dirección de Comunicación Social, realizó el conversatorio denominado '¿Qué pasará con los Museos luego de la cuarentena?', el martes 19 de mayo, a las 17h00, mediante la herramienta digital de Zoom y Facebook Live. El objetivo principal fue conocer cómo las instituciones museísticas han enfrentado y enfrentan el cierre de sus espacios y cuáles son las estrategias o de qué manera se están organizando para la reapertura, una vez que se normalicen las actividades o se reabran al público.

El conversatorio contó con la presencia de más de diez mil espectadores y los invitados para este evento fueron profesionales de alto nivel, que se encuentran involucrados y comprometidos con el cuidado y difusión de gran parte del Patrimonio y Paisaje Cultural, entre los que se encuentran directores, historiadores, investigadores, educadores, comunicadores y curadores del patrimonio material e inmaterial del país: Msc. Patricia Noriega, directora de Museos Casa de la Cultura Ecuatoriana y docente universitaria; Msc. Juan Carlos Fernández, presidente de ICOM – Ecuador; Lcda. Patricia Von Buchwal, directora del Museo

* Curador del Museo de Arte Moderno, Coordinador del Conversatorio.



Nacional del Ministerio de Cultura; Lcda. Ximena Moscoso, coordinadora del área de Investigación, Museología y Museografía del Museo y Parque Ancestral Pumapungo; Msc. Lucía Durán, directora ejecutiva del Museo Casa del Alabado; Dr. Patricio Guerra, historiador, investigador, docente universitario; Msc. Guadalupe Álvarez, profesora, curadora, y crítica de arte; Lcdo. Luis Andrés Palma López, coordinador del Yaku Parque Museo del Agua.

La situación sanitaria ha sido un reto para la creatividad y para cumplir con la misión de salvaguardar y difundir el patrimonio cultural, natural y mixto. Los museos deben mantenerse como símbolos de la sociedad, al generar productos de acercamiento a

la comunidad, utilizando herramientas digitales y las plataformas virtuales, para llegar con el arte a sus residencias mediante actividades lúdicas y creativas, investigando sus contenidos sonoros, arqueológicos, coloniales, republicanos, de ciencias, de naturaleza, etnográficos, entre otros. Es así que, de la mano de la tecnología, se puede mostrar las colecciones, con exposiciones virtuales, lanzamientos de libros, galerías virtuales de apoyo a los artistas, conversatorios y encuentros con temáticas diversas.

El personal de museos, al igual que todas las instituciones, continúa con el teletrabajo y a la expectativa de la semaforización por la emergencia sanitaria. En caso de abrir los espacios de manera física, personal responsable

Debemos direccionar a la sociedad hacia la búsqueda de su identidad, por medio de los museos. Es momento de que los museos se conviertan en generadores de conocimiento social.

y capacitado está trabajando en planes estratégicos que se conformarán con personas libres de cualquier vulnerabilidad, que contarán con el equipamiento adecuado y así cumplir con todas las recomendaciones de la OMS.

Las propuestas prácticas son importantes, pero es tiempo de reflexionar por la situación que se vive. La pandemia ha alterado la cotidianidad y hay una crisis general de la gestión cul-

tural, hay museos que corren el riesgo de cerrarse por la falta de recursos económicos, su función social tiene que ser revisada con reflexiones radicales para poder llegar a una sociedad que atraviesa un trauma social profundo.

Todos los museos han tenido un impacto fuerte porque no estaban preparados para esta emergencia. La crisis ha conducido a presentar propuestas superficiales e inmediatas utilizando recursos digitales que estaban a la mano, buscando así llegar a diferentes tipos de públicos. La

reflexión debe conducir al análisis de las políticas de gobierno que afectan claramente al ámbito social y cultural. Los museos seguiremos optimizando recursos mediante el reciclaje del material museográfico, por ejemplo, para enfrentar la falta de recursos.

Debemos direccionar a la sociedad hacia la búsqueda de su identidad, por medio de los museos. Es momento de que los museos se conviertan en gene-

radores de conocimiento social, con marcos teóricos contemporáneos. Es necesario que posibiliten accesos a las colecciones para investigaciones a niveles de maestrías y doctorados, con el fin de alimentar los contenidos museales y así generar diálogos con otro tipo de iniciativas teóricas y técnicas.

Los museos se adaptan a las medidas sanitarias comunes, para cumplir con lo planificado, no se detienen y continúan con el trabajo edu-comunicacional de manera virtual. El confinamiento lleva a hacerse varias preguntas: cuánto se ha sembrado en años anteriores a través de los servicios educativos y cómo queda este rol y la temática con las ciencias sociales para contribuir de manera real y encontrar resultados positivos; cuánto se ha contribuido con la activación de pensamiento crítico para desarrollar habilidades y tomas de posturas informadas sobre hechos que se está viviendo; cuáles son las medidas de retorno seguro de interacción con los objetos para evitar los fracasos museográficos; cómo van a ser las historias luego de la cuarentena, qué discursos se manejarán y cómo va a ser el relato o papel del museo en la comunidad; cuál es la capacidad de resiliencia para continuar al considerar esta drástica disminución de ingresos, pérdidas y riesgos de puestos de trabajo que deben ser afrontados.

El internet, las plataformas virtuales, el mundo telemático son las herramientas que se han consolidado y que deben tener más peso en este tiempo. La cuarentena se levantará, pero no será posible retomar una normalidad en la cotidianidad de los mu-

seos. Debemos valernos de estas herramientas para llegar a los hogares de todo el mundo. La experiencia única de estar frente a una obra de arte es irremplazable, pero se convierte en un proceso complejo, por el bienestar de todos.

Se debe trabajar mediante convenios con académicos e instituciones universitarias para continuar con el proceso de investigación, además hacer autogestión, buscar el mecenazgo empresarial creando redes con mesas de diálogo y debate, para patrocinar la cultura que es un derecho universal y fundamental como bien público para todos los ciudadanos.

La situación que atravesamos es compleja, si desaparecen los museos, con ellos se perdería la identidad y la memoria histórica. Es momento de que el museo marque un hito para el antes y el después, debe ser una herramienta que facilite las políticas culturales y el escenario de cómo regresar nos habla de tres componentes importantes: el público, el personal que labora y las colecciones.


Los recursos en una visita real en que el visitante tiene un encuentro con la obra son insustituibles. La sociedad en este momento está abocada a la precarización de la vida, de la política, del trabajo cultural, los artistas están buscando la manera de sostener la vida.

Se deben crear ordenanzas y políticas culturales para la existencia de fondos comunes que lleven a la redistribución mediante un sistema colaborativo entre diferentes rostros: el museo, la academia, investigadores, comunidad de artistas y gestores

La situación que atravesamos es compleja, si desaparecen los museos, con ellos desaparecería la identidad y la memoria histórica.

culturales. Es momento de utilizar metodologías para generar canales importantes y presentar lecturas solidarias de cuidado y reciprocidad con la comunidad.

Según la presidenta de ICOM, Suay Aksoy, los museos cerrados nunca han sido tan innovadores y accesibles con el uso de las redes sociales, las reuniones y conferencias se incrementan cada día. Miles de museos de todo el mundo están cerrados sin saber cuándo volverán a abrir sus puertas, la mayoría de los trabajadores se encuentran confinados, aparte de los trabajadores de seguridad y mantenimiento, muchos de los cuales se mantienen *in situ* protegiendo las instituciones y arriesgando sus vidas.

No sabemos cuándo se abrirán los museos, pero nos acoplamos creativamente, para atender desde el lugar donde nos encontramos. Es momento de cooperación interinstitucional entre museos, con la academia, las universidades, la comunidad de gestores culturales y artistas, al igual que historiadores, investigadores, entre otros, para generar convenios, redes y plataformas virtuales como estrategias para el intercambio y la socialización de planes, programas y proyectos mediante una infraestructura cultural sólida a largo plazo que promueva las experiencias de la omnipotencia virtual y la vivencia física en los museos. 

Yela, estrella de Guayaquil

■ Sonia Manzano Vela

Resulta inconcebible aceptar la idea de que Yela Loffredo de Klein se ha ido hacia la dimensión del 'nunca jamás', donde todo lo que ha sido, termina por ya no ser: la Vida, en primerísimo término.

¡No!, admitir que ella se fue, sería como aceptar que Guayaquil se ha quedado sin su ría, sin su Torre Morisca, sin su parque Centenario, sin su Barrio Las Peñas, sin su matriarca legendaria del arte y la cultura: esa misma a la que abordaban múltiples artistas, de cualquier rama y condición, en busca de un apoyo que la solidaria Yela nunca dejó de otorgarles.

Ella no se ha ido, su cuna natal sigue meciéndola en sus brazos maternos al vaivén de la música que canta el manso Guayas bajo los balcones de casas olorosas a perfumes ya idos.

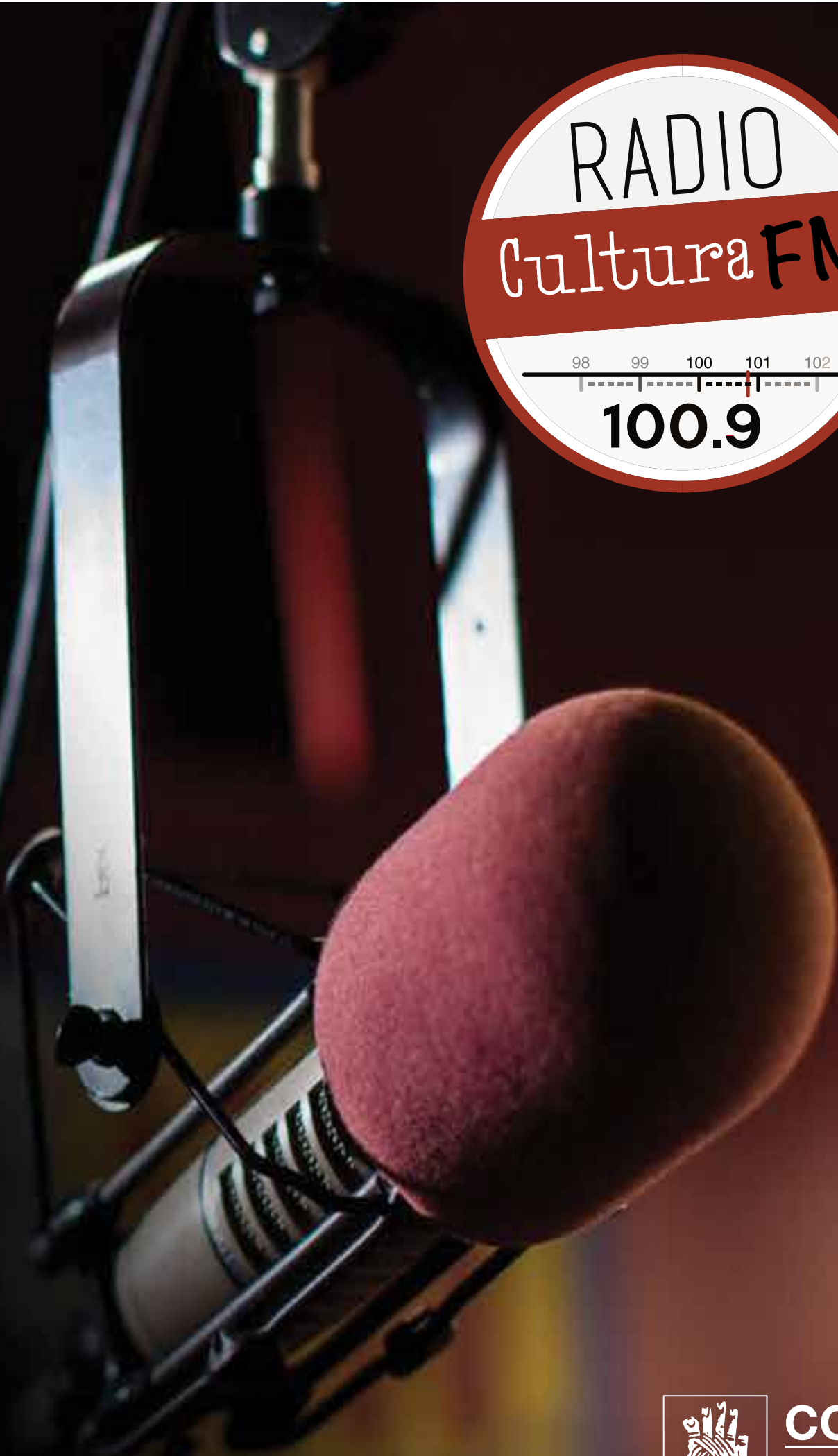
Hermosa, de porte aristocrático, aunque sencilla hasta la misma médula del alma, sus manos supieron esculpir el barro, el mármol, la piedra, el bronce, la plata, para conferirles esa belleza sensual que fue la marca de estilo de sus obras, como muestra de lo cual cabe mencionar la serie escultórica 'Los Amantes de Sumpa', cuya calidad estética es de un nivel insuperable.



Esa mujer de la sonrisa perenne y de la palabra afable, no se ha ido hacia parte alguna: su presencia etérea seguirá paseando su condición de heroica promotora cultural por el viejo auditorio de la Espol, institución tecnológica a la que supo agregarle el valor del arte humanísimo, a través de esos 'Lunes Culturales' que por años brindó a un público numeroso y receptivo, el que tuvo el privilegio de recibir de manos de la propia artista, el

'pan nuestro' de la cultura al que todo ciudadano ecuatoriano tiene irrenunciable derecho.

¡No!, Yela no se ha ido ni se irá: ella se quedará en su ciudad querida como una estrella de su bandera albiceleste; una cuyo fulgor esplendente no conocerá desmayo alguno, porque está escrito que «la luz de las estrellas, cuando estas son en verdad legítimas, no se apaga, ya que es luz destinada a perdurar eternamente». ☉



CCE
BENJAMÍN
CURIÓN



Casa palabras

REVISTA CULTURAL DE LA CCE



8 años
nueva imagen

¡síguenos!



@casapalabras.cce
#casapalabras



@casapalabras_cce
#casapalabras



www.issuu.com
casapalabras